

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

Año CLXXIV

Nº7

JULIO Y AGOSTO 2011



NUESTRA PORTADA:

RETABLOS DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Retablo de la conversión de San Pablo o del Deán Armada. Siglo XVII. Bernardo Cabrera y Mateo de Prado. Uno de los primeros retablos en los que se utiliza la columna salomónica.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIV

Julio y agosto 2011

Nº 7

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos 673

Vicaría de Pastoral

Homenaje a D. Francisco Tesouro Rejo, por sus 50 años de párroco en San Martín de Betán..... 674

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones..... 683

Benedicto XVI anuncia que san Juan de Ávila será Doctor de la Iglesia..... 685

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Angelus 691

Cartas..... 697

Discursos..... 700

Homilias 720

Viajes - Viaje Apostólico a Madrid (18-21 de agosto de 2011) Jornada Mundial de la Juventud 723

Santa Sede

Homilía del Card. Tarcisio Bertone, con ocasión del 150 Aniversario de fundación de

«L'OSSERVATORE ROMANO»..... 760

Carta del cardenal Levada, prefecto para Doctrina de la Fe "Hacia el encuentro del 27 de octubre en Asís" 762

Mensaje para la Jornada Mundial del Turismo 2011 765

CRÓNICA DIOCESANA

Julio-Agosto 771



IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **01 de julio de 2011**, el Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos, que tomarán posesión de sus cargos con fecha 1 de septiembre de 2011, de **D. Jorge Juan Pérez Gallego**, actual párroco de San Pedro de Bande, como Administrador parroquial de Santiago de Calvos de Bande, Santa María de Corbelle, Santiago de Nigueiroá y San Juan de Garabelos; de **D. Segundo Fernández Movilla** como Administrador parroquial de Santiago de Cadós, San Juan de Baños de Bande, San Torcuato de Santa Comba de Bande, San Pedro de Parada de Ventosa, Santa Cruz de Grou y San Martín de Grou; de **D. Florentino Cortés Domínguez** como Administrador parroquial de San Pedro de Muiños, San Salvador de Prado de Limia, Santa Marina de Cados, San Miguel de Xermeade, San Paio de Araúxo, Santa María de Cela y San Andrés de Porqueirós; de **D. Jacobo Curto Polo** como Administrador parroquial de Santa María la Real de Entrimo, San Facundo de Pereira, San Lorenzo de Illa, San Fiz de Galéz, Santo Tomé de Venceás y Santa María de Olelas; y de **D. Miguel Alonso Pérez** como Vicario parroquial de La Asunción de Nuestra Señora - Trashospital y Administrador parroquial de San Salvador de Camba, Santa María de Cerdedelo, San Lorenzo de Toro, y Santiago de Trez.

Con fecha **07 de julio de 2011**, el Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha nombrado a **D. José Ramón Villar Méndez** como Párroco de San Benito de O Rabiño y Administrador parroquial de San Juan de Louredo y de San Cibrao de Meréns, tomará posesión de sus cargos a partir del día 1 de septiembre de 2011.

VICARÍA DE PASTORAL**Homenaje a D. Francisco Tesouro Rejo, por sus 50 años de párroco en San Martín de Betán (San Martín de Betán. 10 de Julio de 2011)**

Introducción:

Dignísimas autoridades, amigos y compañeros sacerdotes, familiares de D. Francisco, aquí presentes, estimados hermanos y hermanas: hoy es domingo, día en el que los cristianos sentimos, de una forma especial, la presencia entre nosotros de Cristo resucitado. En este día de gozo y alegría, las comunidades parroquiales regentadas por D. Francisco, unidas a todos sus amigos y compañeros, quieren hacerle un homenaje a su querido pastor. Bien sabemos los sacerdotes que este estilo de homenajes no son para nosotros, son en verdad para el Sacerdote con mayúscula, que es Cristo, el único y eterno sacerdote, que nos ha llamado a seguirle, a conocerle, a hacer sus veces en la porción del Pueblo de Dios que nos ha sido encomendado. También sabemos que este estilo de homenajes no son para nosotros, sino para las comunidades parroquiales, que han sentido en influjo santificador de Cristo por medio del sacerdote que se le ha encomendado. Es bueno traer a colación aquí aquel refrán que reza “el buen sacerdote hace una mejor parroquia; y la buena parroquia hace un mejor sacerdote”. D. Francisco, en estos momentos, tendría que tomar palabras del torero “metido en suertes”: va por Cristo, sumo y eterno sacerdote, va por sus comunidades

parroquiales y va, como no, por Usted, sacerdote de la Iglesia en sus 50 años al frente de San Martín de Betán.

1. Hoy es domingo:

Los sacerdotes siempre hemos sabido que la principal tarea sacerdotal en la que teníamos que implicarnos con toda nuestra ilusión era conseguir que nuestras gentes valoraran el domingo, participaran en la Eucaristía en el Día del Señor y vivieran el compromiso de la escucha atenta de la Palabra de Dios con el compromiso de la sagrada comunión.

En estos momentos, quisiera recordarles una hermosa historia del siglo IV. Sucedió en el pueblo de Bitinia, en el Norte de África. Los cristianos de este pueblo son acusados de practicar la religión cristiana frente a la prohibición del emperador Diocleciano. Era el año 304. Los funcionarios romanos sorprenden a unos cincuenta cristianos celebrando la eucaristía dominical y los arrestan. El procónsul acusa al presbítero Saturnino: «Has actuado contra la orden de los emperadores y césares al congregar aquí a toda esta gente». Éste le responde: «Hemos celebrado con toda seguridad (securi) lo que es del Señor». ¿A qué se refiere? “Dominicus” es el sacramento del Señor, su resurrec-

ción y su presencia en la Eucaristía. Pero el procónsul insiste. El sacerdote le da una respuesta muy serena, pero magnífica: «Lo hemos hecho porque no podemos omitir lo que es del Señor». Porque el Señor está por encima del señor.

Pero son más impresionantes aún las respuestas que dio el dueño de la casa, Emérito, en cuyas dependencias tuvo lugar la celebración dominical de la eucaristía. A la pregunta de por qué permitió la reunión prohibida en su casa, contestó que los reunidos eran hermanos y a los hermanos no se le cierran las puertas. El procónsul le recuerda que «debía haberles negado la entrada». Entonces el dueño de la casa, Emérito, le responde: «No podía hacerlo, quoniam sine dominico non possumus: porque no podemos estar sin el día del Señor».

A la voluntad de los césares se contraponen el claro y decidido «no podemos» de la conciencia cristiana», que enlaza con el «no podemos callar» de Pedro y Juan para no cumplir la orden de silencio impuesta por el sanedrín (Hch. 4, 20). «No podemos estar sin el día del Señor». No es una obediencia penosa a una orden externa de la Iglesia; es expresión de un deber y querer íntimo. Es un indicador de lo que se ha convertido en centro de la propia existencia, del ser entero.

Esta historia podemos contrastarla con la situación actual de nuestras

comunidades cristianas: ¿Cómo viven los cristianos del siglo XXI el sentido cristiano del domingo? Podemos responder diciendo que impera el hastío dominical en los cristianos de Europa.

- Pero la crisis del domingo no comienza en nuestros días. Asoma desde el momento en que no se vive el deber interno del domingo -«no podemos estar sin el domingo»- y el deber dominical aparece como precepto eclesiástico impuesto, como una necesidad externa que se va estrechando hasta que sólo queda la carga de tener que asistir media hora a un ritual extraño.

- Indagar cuándo y por qué se puede dispensar de él resulta, con el tiempo, más importante que indagar por qué es preciso asistir normalmente. Y, al final, no queda otra salida que alejarse sin dispensa.

- El significado del domingo se ha degradado tanto en lo positivista y exterior, que nosotros mismos nos preguntamos si el día del Señor es realmente hoy un tema importante, si en nuestro mundo desgarrado por el peligro de guerras y los problemas sociales no hay para los cristianos, sobre todo para ellos, temas mucho más importantes.

A veces, nosotros mismos, en la intimidad, nos preguntamos si no buscamos simplemente con el precepto dominical la supervivencia de nuestra

«asociación», el pretexto para nuestra profesión (Cfr. J. Ratzinger, *Un Canto Nuevo para el Señor, Sígueme, Salamanca*, 1999. Reeditado en el 2011, ps. 73 – 76).

La misión de la Iglesia en nuestros días consiste en recuperar el sentido cristiano del domingo, parte esencial de la nueva evangelización que la Iglesias nos reclama (Hhc. 2, 42 - 47).

- Vida en común: ninguno pasaba necesidad.

- Enseñanza de los Apóstoles: Palabra de Dios. “Como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven allá sin empapar la tierra, sin fecundarla y hacerla germinar para que dé sementera al sembrador y pan para comer, así la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí sin resultado, sin haber hecho lo que yo quería y haber llevado a cabo su misión” (Is. 55, 10 – 11)

- Fracción del pan: celebración de la Eucaristía.

- Oración en común: orar por las necesidades de toda la Iglesia y de todo el mundo.

D. Francisco, intentando responder a la invitación de la Iglesia a empeñarse en la nueva evangelización del mundo, siempre procuró despertar en el corazón de sus gentes el amor por la Eucaristía del domingo,

el amor por la lectura y escucha atenta de la Palabra de Dios, la devoción por la oración en común y por la oración litúrgica y la solidaridad con las más pobres, vivida y expresada a través de la colecta de cada domingo.

La labor pastoral de un sacerdote es muy intensa. Pero, si me lo permiten, quisiera describir la actividad ministerial, desarrollada a lo largo de los años por D. Francisco, a la luz de tres parábolas de Jesús:

2. La parábola del sembrador: Mateo: 13,1-23

Jesús enseñaba en parábolas, es decir, por medio de relatos, reflejo de la vida ordinaria de su pueblo, de los que iba sacando consecuencias prácticas para la vida de los que le seguían. Por ejemplo: el tesoro escondido, la oveja perdida, la red barreada, el remiendo nuevo en tela vieja, el vino nuevo y los odres nuevos...

La parábola del sembrador refleja también la vida de los labradores en tiempos de Jesús, que se fija en lo que hacen y saca unas consecuencias.

- Acudió a él tanta gente, que Jesús subió a sentarse en una barca, y toda la gente quedó en la playa. Les enseñaba:

- «Salió el sembrador a sembrar y, al sembrar,

- parte de la semilla cayó junto al camino; vinieron las aves y se la comieron.

- Otra parte cayó en un pedregal, donde no había mucha tierra, y brotó en seguida porque la semilla no tenía profundidad en la tierra; pero al salir el sol la abrasó y, por no tener raíz, se secó.

- Otra cayó entre zarzas; las zarzas crecieron y la ahogaron.

- Otra parte cayó en tierra buena, y dio frutos; una ciento, otra sesenta, otra treinta...».

* Y les explica la parábola:

- «Si uno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno y le arrebató lo sembrado en el corazón. Éste es lo sembrado junto al camino.

- El pedregal es el que oye la palabra de momento y la acepta con alegría; pero no tiene raíz, es inconstante y, cuando llega la prueba o la persecución a causa de la palabra, inmediatamente se viene abajo.

- Lo sembrado entre zarzas es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de esta vida y la seducción de la riqueza ahogan la palabra y queda sin fruto.

- Lo sembrado en tierra buena es el que oye la palabra y la entiende y

da fruto, ciento, sesenta y treinta por ciento».

D. Francisco, viviendo su ministerio sacerdotal, ha intentado siempre sembrar la palabra de Dios en el corazón de sus feligreses. Por medio de la catequesis en el corazón de los niños; por medio del catecumenado de confirmación, en el corazón de los adolescentes y jóvenes; por medio de los encuentros con los novios en el corazón de los esposos y de las futuras familias. En sus charlas y diálogos con las personas adultas intentó sembrar la palabra de Dios en todos los hogares de sus comunidades parroquiales. Y, cada domingo, explicando en la Eucaristía la Palabra de Dios litúrgicamente proclamada. Los resultados son muy parecidos a los de la parábola del sembrador: los que no han entendido, los que entendieron pero no pusieron voluntad, los que estaban demasiado atados a otras realidades y le hicieron poco caso. Y aquéllos en los que prendió la palabra en sus corazones y la viven con orgullo y valentía. Se trata del ejercicio del ministerio sacerdotal en su misión profética y evangelizadora. Lo que sí podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, es que D. Francisco se preparó adecuadamente para el ejercicio de este ministerio. En sus tiempos libres hizo la carrera de Magisterio en la Escuela Universitaria de Ourense.

3.- Parábola del Fariseo y el Publicano: Lucas, 18, 9 – 14.

A unos que se tenían por justos y despreciaban a los demás les dijo esta parábola:

- «Dos hombres fueron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano.

- El fariseo, de pie, hacía en su interior esta oración: Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano; yo ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo.

- El publicano, por el contrario, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar sus ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: Dios mío, ten compasión de mí, que soy un pecador.

- Os digo que éste volvió a su casa justificado, y el otro no. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado».

D. Francisco, en las catequesis preparatorias para cada uno de los sacramentos (bautismo, primera confesión y primera comunión, confirmación), ¡cuántas veces se preocupó por crear una religiosidad como la del publicano, humilde, sencilla, sin apariencias ni hipocresías. Una religión de corazón, capaz de descubrir en cada uno de los sacramentos el encuentro personal con Cristo, Nuestro Señor Jesucristo.

Él mismo iniciaba las oraciones y las iba rezando con los más pequeños y con los mayores allí presentes. En esto consiste el ejercicio del ministerio sacerdotal en su misión santificadora.

4.- Parábola del buen Samaritano: Lucas 10, 30 - 37:

Se levantó entonces un doctor de la ley y le dijo para tentarlo ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? Jesús le contesta: “¿qué dice la ley?”. El doctor se lo sabe y contesta atinadamente. Jesús, entonces le dice: “anda y haz tú lo mismo”. Pero él, queriendo justificarse por la pregunta, dijo a Jesús: «¿Quién es mi prójimo?». Jesús respondió:

- «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó entre ladrones, que le robaron todo lo que llevaba, le hirieron gravemente y se fueron dejándolo medio muerto.

- Un sacerdote bajaba por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo.

- Igualmente un levita, que pasaba por allí, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo.

- Pero llegó un samaritano, que iba de viaje, y, al verlo, se compadeció de él; se acercó, le vendó las heridas, echando en ellas aceite y vino; lo montó en su cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacó unos dineros y se los

dio al posadero, diciendo: Cuida de él, y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta.

• ¿Quién de los tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?». Y él contestó: «El que se compadeció de él». Jesús le dijo: «Anda y haz tú lo mismo».

Por medio de esta parábola, estamos metidos de lleno en el compromiso socio-caritativo de la Iglesia, que los sacerdotes tienen que vivir, siendo fieles a su misión pastoral, en cada una de las comunidades a las que son enviados. Pero D. Francisco, en esto, fue mucho más allá. Se preparó concienzudamente, se especializó, sacando el título de Asistente Técnico Sanitario (diplomado en enfermería) y, a la vez que se ganaba el sustento, dedicó parte de su vida a la atención y cuidado de los enfermos. ¡Que bien trataba a los enfermos D. Francisco! Acudían a consultarle cualquier cosa de medicinas recetadas y en cualquier lugar, de síntomas que tenían, de preocupaciones de salud... Y él, con toda la calma y paciencia del mundo, iba respondiendo a cada cual y siempre esbozando una sonrisa. Como

buen samaritano, se paraba, observaba, atendía, sanaba, daba un buen consejo para la salud corporal y también para la salud del alma, muchas veces causante de tantas enfermedades.

Para concluir:

D. Francisco, “ad multos annos”, como decíamos en aquellos años en los que conocíamos y hablábamos la lengua de los clásicos latinos, la lengua del Lacio de la Roma de los Césares y la lengua de la ciudad eterna de los Papas. ¡Que Dios le permita gozar de largos años, en compañía de su querida hermana y demás miembros de la familia! ¡Que sus feligreses, aunque no sea con tanta intensidad, le vean disfrutar en el ejercicio de su ministerio sacerdotal! ¡Que el testimonio de su vida entusiasme a muchos niños y jóvenes para escuchar la llamada de Dios, tanto a la vida consagrada como a la vida sacerdotal! ¡Que la Virgen de los Milagros le bendiga por tantos años de servicio a su hijo, Cristo, el Redentor del mundo!

*José Pérez Domínguez,
Vicario de Pastoral*



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones

10 de julio de 2011. San Cristóbal. Jornada de Responsabilidad en el Tráfico.

Con motivo de la Jornada de Responsabilidad en el Tráfico, que promueve cada año la Iglesia en España alrededor de la fiesta de San Cristóbal, os enviamos con nuestro saludo cordial un mensaje fraterno de cercanía y esperanza. La Jornada se celebrará este año el domingo 10 de julio.

La movilidad es un signo característico de nuestro tiempo. Lo constatamos con especial intensidad en estos meses en que, con motivo de las vacaciones veraniegas, se multiplican los desplazamientos hacia los lugares de descanso. Los vehículos son un medio indudable de progreso para acortar distancias, promover intercambios de todo tipo y facilitar encuentros. Pero el progreso es siempre ambiguo. Cuando está desprovisto de los valores que orientan sus fines o cuando se utiliza inadecuadamente, puede volverse contra el hombre. “Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia ha de ser su responsabilidad”, nos recordaba el Concilio Vaticano II (*GS. 35*).

“Caminos de encuentro” es el eslogan que hemos escogido para la Jornada de este año 2011. Lo hemos elegido pensando en los miles de profesionales del volante –transportistas, taxistas, viajantes, repartidores..., que habéis hecho de las calles y carreteras vuestro lugar de trabajo– y, en general, en todos aquellos que, sin ser conductores profesionales, utilizáis de manera habitual el vehículo. Somos conscientes del estrés al que algunos os veis sometidos, de la máxima atención que reclama hoy la circulación, de los peligros que conlleva. Pero queremos invitaros a ver el vehículo y la carretera como instrumentos providenciales a nuestro alcance para acercarnos a los que amamos y nos aman, para aproximar a los hombres y los pueblos, para encontrarnos con el Dios que en su Hijo Jesucristo se ha hecho compañero de camino, como les sucedió a los discípulos que iban a Emaús (*Lc 24,13-35*), con el Dios que puede hacer de nuestros caminos lugares de encuentro con Él, como le sucedió al Eunuco etíope (*Hch 8, 26-39*).

En este tiempo en que todos andamos con prisas, nos viene bien la

recomendación de Jesús a los suyos, dicha en un contexto de desasosiego y despedida: “No perdáis la calma” (Jn 14,1) El tiempo nos lo da Dios, y nos lo da, en general, con abundancia y para nuestro bien y nuestro desarrollo. ¡Qué bella la leyenda que encontramos en algunos llaveros!: “Yo conduzco y Tú me guías”.

El Pontificio Consejo para los Emigrantes e Itinerantes ha advertido reiteradamente en sucesivos congresos sobre Pastoral de la Carretera que las muertes por accidentes son un fenómeno global muy preocupante; tanto, que se lleva la vida de 3.000 personas al día, de las que una sexta parte son niños. Por eso, el papa Benedicto XVI nos ha recordado que “la defensa de la vida exige prudencia en la carretera”, y el *Catecismo de la Iglesia Católica* advierte que “quienes, en estado de embriaguez, o por afición inmoderada de velocidad, ponen en peligro la seguridad de los demás y la suya propia en las carreteras... se hacen gravemente culpables” (n. 2.290). Hay que felicitarse porque en nuestro país en los últimos años, y muy significativamente en el año pasado, han descendido los accidentes mortales en una proporción muy importante. El pasado 11 de mayo, se ha abierto por las Naciones Unidas “*El Decenio de Acción para la Seguridad Vial 2011-2020*”. Esperemos que los resultados sean muy positivos. A ello, queremos contribuir desde nuestra propia misión eclesial y desde este departamento de la Conferencia Episcopal Española.

Nuestro eslogan «Caminos de encuentro» quiere tener presentes a los miles de jóvenes que este verano, se van a poner en camino para peregrinar hasta Madrid desde los cinco continentes, por medios de transporte y por caminos diferentes, convocados por el papa Benedicto XVI para la Jornada Mundial de la Juventud. Ellos nos van recordar de manera alegre y clamorosa que todos somos peregrinos, que Jesucristo es el camino que conduce al Padre (cf. Jn 14,6)

Soñemos despiertos y en traje de faena, que es el vestido de la esperanza, en el día venidero en que toda la humanidad se convierta en pregonera, servidora y celebrante del Evangelio de la Vida. Entonces, nuestras carreteras serán en el organismo social, como lo son las arterias en el cuerpo humano, canales por donde discurre la vida llevando solo salud y gozo a todo el tejido de la sociedad.

Nos unimos, por eso, al esfuerzo de los organismos nacionales y provinciales de tráfico y al de todos los que están empeñados en lograr una reducción drástica de los accidentes de tráfico. Es una labor que vale la pena. Implica, en primer lugar, a la conciencia misma de los conductores, pero también a los poderes públicos, a las escuelas de conductores, a las familias, a los medios de comunicación social, a los educadores. Y nos implica, de manera particular, a quienes creemos en el Dios de la Vida.

Que Él os dé a todos los conductores mano firme y mirada vigilante para llegar a vuestros destinos sin causar daño a nadie y sin que os lo causen, como

dice la oración del conductor.

¡Feliz fiesta de San Cristóbal, feliz viaje y feliz verano a todos!

Madrid, 10 de julio de 2011

Los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones

+ Monseñor Ciriaco Benavente Mateos

+ Monseñor Luis Quinteiro Fiuza

+ Monseñor Xavier Novell Gomà

+ Monseñor Antonio Dorado Soto

Benedicto XVI anuncia que san Juan de Ávila será Doctor de la Iglesia

El Papa lo ha anunciado en la JMJ Madrid 2011, al finalizar la Eucaristía con los seminaristas en la Catedral de la Almudena

con seminaristas de todo el mundo que el Santo Padre ha presidido en la Catedral de Santa María la Real de la Almudena.

El Cardenal Rouco ha agradecido la decisión del Santo Padre, en nombre de todos los obispos españoles, de los seminaristas y de todos los fieles

El Cardenal Rouco, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española (CEE), ha agradecido al Santo Padre el “haber acogido nuestra súplica y la de muchos otros obispos y fieles de todo el mundo”. La CEE ha promovido la Causa del Doctorado. Fue la XII Asamblea Plenaria (5-11 de julio de 1970) la que acordó que se solicitara a la Santa Sede la declaración de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal y encargó preparar los trabajos y tramitar la solicitud a la entonces “Junta de Canonización” que comenzó a trabajar

La Conferencia Episcopal Española ha promovido la Causa del Doctorado

El Papa Benedicto XVI ha anunciado que san Juan de Ávila, patrono del clero español, será proclamado Doctor de la Iglesia. El anuncio ha tenido lugar en la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011, al finalizar la Eucaristía

en 1971, ya con el nombre de “Junta pro Doctorado de san Juan de Ávila”. Durante estos años la CEE ha realizado numerosas acciones difusoras de la figura y doctrina del Santo Maestro.

Los postuladores de la Causa, sucesivamente nombrados por la CEE, han sido el Rvdo. Sr. D. Lope Rubio Parrado (2002-2007) y Dña. M^a Encarnación González Rodríguez (desde 2008 hasta la actualidad).

El 10 de abril de 2010, la Postuladora entregó la Positio en la Congregación de las Causas de los Santos. El 18 de diciembre de 2010, tuvo lugar el Congreso Peculiar de los Consultores Teólogos de la Congregación de las Causas de los Santos en orden al Doctorado del Maestro Ávila. Todos los votos fueron afirmativos. Posteriormente, la Congregación Ordinaria de Cardenales y Obispos miembros de la Congregación para las Causas de los Santos propuso unánimemente al Santo Padre la declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia.

El Cardenal Rouco, en sus palabras de respuesta tras el anuncio del Papa, ha señalado que “esperamos con alegría que Vuestra Santidad determine la fecha de la solemne declaración del santo Patrono del clero español como Doctor de la Iglesia universal para acudir a Roma a dar gracias a Dios por ese don tan grande que la Providencia divina otorga toda la Iglesia”.

Requisitos para que un santo sea proclamado Doctor de la Iglesia

Doctor de la Iglesia es el título que el Papa otorga oficialmente a algunos santos para proponerlos a los fieles de todos los tiempos como eminentes maestros de la fe.

El punto decisivo para que un santo sea proclamado Doctor de la Iglesia es que su doctrina haya sido declarada eminente, que haya gozado de un particular carisma de sabiduría, dado por el Espíritu Santo para el bien de la Iglesia, comprobado y ratificado por la influencia benéfica en el pueblo de Dios. Un Maestro, un Doctor de la Iglesia es, pues, quien ha estudiado y contemplado con singular clarividencia los misterios más profundos de la fe y es capaz de exponerlos a los fieles de modo que les sirvan de guía en su formación y en su vida espiritual.

Hasta el momento, los Doctores de la Iglesia son 33. El primero, San Atanasio de Alejandría (c.296-373) y la última Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897), carmelita descalza, que Juan Pablo II proclamó Doctora en el año 1997. Curiosamente, el Papa polaco también anunció el Doctorado de Santa Teresita en el transcurso de una Jornada Mundial de la Juventud (París). Se adjunta una relación completa de todos los Doctores de la Iglesia.

Biografía de San Juan de Ávila

San Juan de Ávila nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) el día la

Epifanía, 6 de enero de 1499 ó 1500 y murió en Montilla (Córdoba), el 10 de mayo de 1569.

Comenzó los estudios de Leyes en la Universidad de Salamanca, pero los abandonó al concluir el cuarto curso debido a una profunda experiencia de conversión. Con el propósito de hacerse sacerdote y marchar después como misionero a las Indias, en 1520, fue a estudiar Artes y Teología a la Universidad de Alcalá, recién fundada por el Cardenal Cisneros y abierta a las diversas corrientes del humanismo renacentista. En 1526, recibió la ordenación de presbítero y celebró la primera Misa solemne en la parroquia de su pueblo. Para festejar su sacerdocio, invitó a su mesa a 12 pobres y decidió vender su cuantiosa fortuna procedente de las minas de plata que poseía la familia y darlo todo a los más necesitados.

Fue amigo y consejero de grandes santos como santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Borja, santo Tomás de Villanueva, san Juan de Ribera o san Pedro de Alcántara, entre otros.

Llevó una vida intensa, dedicada particularmente a la oración, a la predicación y a la formación específica de quienes se preparaban para el sacerdocio.

Tras conocerle, y seguir sus predicaciones, fueron muy sonadas algunas conversiones como la del Marqués de Lombay, que llegó a ser san Francisco

de Borja, o la de Juan Ciudad –san Juan de Dios– y, sobre todo, su dedicación a la gente sencilla junto con la fundación varios colegios para la formación de los niños y jóvenes. El Maestro Ávila fundó incluso una Universidad, la de Baeza (Jaén), que durante siglos fue un destacado referente para la cualificada formación de los sacerdotes.

Entre su abundante obra, destaca el *Audi, filia*; *Memoriales*; *Tratado del amor de Dios*; *Tratado sobre el sacerdocio*; *Pláticas*; *Sermones*; así como un abundante epistolario, un catecismo y una peculiar obra en verso: *Doctrina cristiana*, concebida para que la cantaran los niños.

San Juan de Ávila fue declarado patrono del clero secular español en 1946 por Pío XII y canonizado en 1970 por Pablo VI.

El Papa Benedicto XVI se ha dirigido a los seminaristas, en la homilía pronunciada en la Eucaristía de hoy, pidiéndoles que, con su comportamiento, edifiquen a sus hermanos, “como hizo el santo patrono del clero secular español”. Durante la celebración, la Catedral de Madrid ha acogido las reliquias del corazón de san Juan de Ávila, traídas desde la localidad de Montilla.

La Conferencia Episcopal Española ha puesto en marcha un monográfico web (sanjuandeavila.conferenciaepiscopal.es) donde se puede encontrar amplia información sobre la vida y la obra del santo.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE, BENEDICTO XVI

ANGELUS

Plaza de San Pedro. Domingo, 26 de junio de 2011.

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en Italia y en otros países, se celebra el Corpus Christi, la fiesta de la Eucaristía, el Sacramento del Cuerpo y la Sangre del Señor, que él instituyó en la Última Cena y que constituye el tesoro más precioso de la Iglesia. La Eucaristía es como el corazón palpitante que da vida a todo el cuerpo místico de la Iglesia: un organismo social basado en el vínculo espiritual pero concreto con Cristo. Como afirma el apóstol san Pablo: «Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan» (1 Co 10, 17). Sin la Eucaristía, la Iglesia sencillamente no existiría. La Eucaristía es, de hecho, la que hace de una comunidad humana un misterio de comunión, capaz de llevar a Dios al mundo y el mundo a Dios. El Espíritu Santo, que convierte el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, transforma también en miembros del cuerpo de Cristo a cuantos lo reciben con fe, de forma que la Iglesia es realmente sacramento de unidad de los hombres con Dios y entre sí.

En una cultura cada vez más individualista, como lo es la cultura en la que estamos inmersos en las sociedades occidentales, y que tiende a difundirse en todo el mundo, la Eucaristía constituye una especie de «antídoto», que actúa en la mente y en el corazón de los creyentes y que siembra continuamente en ellos la lógica de la comunión, del servicio, del compartir, es decir, la lógica del Evangelio. Los primeros cristianos, en Jerusalén, eran un signo evidente de este nuevo estilo de vida, porque vivían en fraternidad y ponían en común sus bienes, para que nadie fuese indigente (cf. Hch 2, 42-47). ¿De qué derivaba todo esto? De la Eucaristía, es decir, de Cristo resucitado, realmente presente en medio de sus discípulos y operante con la fuerza del Espíritu Santo. Y también en las generaciones siguientes, a través de los siglos, la Iglesia, a pesar de los límites y los errores humanos, ha seguido siendo en el mundo una fuerza de comunión. Pensemos especialmente en los periodos más difíciles, de prueba: en lo que significó, por ejemplo, para los países sometidos a regímenes totalitarios, la posibilidad de congregarse en la misa dominical. Como decían los antiguos mártires de Abitinia: «Sine Dominico non possumus», sin el «Dominicum», es decir, sin la Eucaristía dominical no podemos vivir. Pero el va-

cío producido por la falsa libertad puede ser también muy peligroso, y entonces la comunión con el Cuerpo de Cristo es medicina de la inteligencia y de la voluntad, para volver a encontrar el gusto de la verdad y del bien común.

Queridos amigos, invoquemos a la Virgen María, a quien mi predecesor, el beato Juan Pablo II, definió «Mujer eucarística» (*Ecclesia de Eucharistia*, 53-58). Que en su escuela también nuestra vida llegue a ser plenamente «eucarística», abierta a Dios y a los demás, capaz de transformar el mal en bien con la fuerza del amor, orientada a favorecer la unidad, la comunión y la fraternidad.

Solemnidad de San Pedro y San Pablo. Miércoles, 29 de junio de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Perdonad el largo retraso. La misa en honor de los santos Pedro y Pablo ha sido larga y hermosa. Y hemos meditado también en ese hermoso himno de la Iglesia de Roma que comienza con las palabras: «O Roma felix!». Hoy en la solemnidad de los santos Pedro y Pablo, patronos de esta ciudad, cantamos así: «Dichosa Roma, porque fuiste empurpurada por la preciosa sangre de estos grandes príncipes. No para tu alabanza, sino por sus méritos ¡superas toda belleza!». Como cantan los himnos de la tradición oriental, los dos grandes Apóstoles son las «alas» del conocimiento de Dios, que han recorrido la

tierra hasta sus confines y han subido al cielo; son también las «manos» del Evangelio de la gracia, los «pies» de la verdad del anuncio, los «ríos» de la sabiduría, los «brazos» de la cruz (cf. *MHN* t. 5, 1899, p. 385). El testimonio de amor y de fidelidad de los santos Pedro y Pablo ilumina a los pastores de la Iglesia, para llevar a los hombres a la verdad, formándolos en la fe en Cristo. San Pedro, en particular, representa la unidad del colegio apostólico. Por este motivo, durante la liturgia celebrada esta mañana en la basílica vaticana, impuse a 41 arzobispos metropolitanos el palio, que manifiesta la comunión con el Obispo de Roma en la misión de guiar al pueblo de Dios a la salvación. Escribe san Ireneo, obispo de Lyon, en el siglo II, que en la Iglesia de Roma, «propter potentiorum principalem» [por su peculiar principalidad], deben converger todas las demás Iglesias, es decir, los fieles que están en todas partes, porque en ella se ha custodiado siempre la tradición que viene de los Apóstoles (*Adversus haereses*, III, 3, 2).

Es la fe profesada por Pedro la que constituye el fundamento de la Iglesia: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo», dice el *Evangelio de san Mateo* (16, 16). El primado de Pedro es una predilección divina, como lo es también la vocación sacerdotal: «porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, -dice Jesús- sino mi Padre que está en los cielos» (*Mt* 16, 17). Así sucede a quien decide responder a la llamada de Dios con la totalidad de la propia vida. Lo recuerdo de buen grado en este día, en el que se cumple el sexagésimo aniversario de mi ordenación

sacerdotal. Gracias por vuestra presencia, por vuestras oraciones. Os doy las gracias a todos vosotros, pero sobre todo doy gracias al Señor por su llamada y por el ministerio que me ha confiado, y expreso mi agradecimiento a todos los que, en esta circunstancia, me han manifestado su cercanía y sostienen mi misión con la oración, que de todas las comunidades eclesiales sube incesantemente hacia Dios (cf. *Hch* 12, 5), traducándose en adoración a Cristo Eucaristía para acrecentar la fuerza y la libertad de anunciar el Evangelio. En este clima, me alegra saludar cordialmente a la delegación del Patriarcado ecuménico de Constantinopla, presente hoy en Roma, siguiendo la significativa tradición, para venerar a los santos Pedro y Pablo y compartir conmigo el anhelo de la unidad de los cristianos querida por el Señor. Invoquemos con confianza a la Virgen María, Reina de los Apóstoles, para que todo bautizado se convierta cada vez más en una «piedra viva» que construya el reino de Dios.

Plaza de San Pedro. Domingo, 3 de julio de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en el Evangelio, el Señor Jesús nos repite unas palabras que conocemos muy bien, pero que siempre nos conmueven: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de co-

razón; y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera» (*Mt* 11, 28-30). Cuando Jesús recorría los caminos de Galilea anunciando el reino de Dios y curando a muchos enfermos, sentía compasión de las muchedumbres, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor (cf. *Mt* 9, 35-36). Esa mirada de Jesús parece extenderse hasta hoy, hasta nuestro mundo. También hoy se posa sobre tanta gente oprimida por condiciones de vida difíciles y también desprovista de válidos puntos de referencia para encontrar un sentido y una meta a la existencia. Multitudes extenuadas se encuentran en los países más pobres, probadas por la indigencia; y también, en los países más ricos son numerosos los hombres y las mujeres insatisfechos, incluso enfermos de depresión. Pensemos en los innumerables desplazados y refugiados, en cuantos emigran arriesgando su propia vida. La mirada de Cristo se posa sobre toda esta gente, más aún, sobre cada uno de estos hijos del Padre que está en los cielos, y repite: «Venid a mí todos...».

Jesús promete que dará a todos «descanso», pero pone una condición: «Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». ¿En qué consiste este «yugo», que en lugar de pesar aligera, y en lugar de aplastar alivia? El «yugo» de Cristo es la ley del amor, es su mandamiento, que ha dejado a sus discípulos (cf. *Jn* 13, 34; 15, 12). El verdadero remedio para las heridas de la humanidad -sea las materiales, como el hambre y las injusticias, sea las psico-

lógicas y morales, causadas por un falso bienestar- es una regla de vida basada en el amor fraterno, que tiene su manantial en el amor de Dios. Por esto es necesario abandonar el camino de la arrogancia, de la violencia utilizada para ganar posiciones de poder cada vez mayor, para asegurarse el éxito a toda costa. También por respeto al medio ambiente es necesario renunciar al estilo agresivo que ha dominado en los últimos siglos y adoptar una razonable «mansedumbre». Pero, sobre todo, en las relaciones humanas, interpersonales, sociales, la norma del respeto y de la no violencia, es decir, la fuerza de la verdad contra todo abuso, es la que puede asegurar un futuro digno del hombre.

Queridos amigos, ayer celebramos una particular memoria litúrgica de María santísima, alabando a Dios por su Corazón Inmaculado. Que la Virgen nos ayude a «aprender» de Jesús la humildad verdadera, a tomar con decisión su yugo ligero, para experimentar la paz interior y ser, a nuestra vez, capaces de consolar a otros hermanos y hermanas que recorren con fatiga el camino de la vida.

Palacio apostólico de Castelgandolfo. Domingo, 10 de julio de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Os agradezco que hayáis venido para la cita del Ángelus aquí a Castelgandolfo, a donde llegué hace pocos días. Aprovecho de buen grado la ocasión para dirigir mi

saludo cordial también a todos los habitantes de esta querida localidad, con el deseo de una feliz estación estival. Saludo en particular a nuestro obispo de Albano.

En el Evangelio de este domingo (*Mt* 13, 1-23), Jesús se dirige a la multitud con la célebre parábola del sembrador. Es una página de algún modo «autobiográfica», porque refleja la experiencia misma de Jesús, de su predicación: él se identifica con el sembrador, que esparce la buena semilla de la Palabra de Dios, y percibe los diversos efectos que obtiene, según el tipo de acogida reservada al anuncio. Hay quien escucha superficialmente la Palabra pero no la acoge; hay quien la acoge en un primer momento pero no tiene constancia y lo pierde todo; hay quien queda abrumado por las preocupaciones y seducciones del mundo; y hay quien escucha de manera receptiva como la tierra buena: aquí la Palabra da fruto en abundancia.

Pero este Evangelio insiste también en el «método» de la predicación de Jesús, es decir, precisamente, en el uso de las parábolas. «¿Por qué les hablas en parábolas?», preguntan los discípulos (*Mt* 13, 10). Y Jesús responde poniendo una distinción entre ellos y la multitud: a los discípulos, es decir, a los que ya se han decidido por él, les puede hablar del reino de Dios abiertamente; en cambio, a los demás debe anunciarlo en parábolas, para estimular precisamente la decisión, la conversión del corazón; de hecho, las parábolas, por su naturaleza, requieren un esfuerzo de interpretación, interpelan la inteligencia pero también la libertad.

Explica san Juan Crisóstomo: «Jesús pronunció estas palabras con la intención de atraer a sí a sus oyentes y solicitarlos asegurando que, si se dirigen a él, los sanará» (*Com. al Evang. de Mat.*, 45, 1-2). En el fondo, la verdadera «Parábola» de Dios es Jesús mismo, su Persona, que, en el signo de la humanidad, oculta y, al mismo tiempo, revela la divinidad. De esta manera Dios no nos obliga a creer en él, sino que nos atrae hacia sí con la verdad y la bondad de su Hijo encarnado: de hecho, el amor respeta siempre la libertad.

Queridos amigos, mañana celebraremos la fiesta de san Benito, abad y patrono de Europa. A la luz de este Evangelio, contemplémoslo como maestro de la escucha de la Palabra de Dios, una escucha profunda y perseverante. Debemos aprender siempre del gran patriarca del monaquismo occidental a dar a Dios el lugar que le corresponde, el primer lugar, ofreciéndole, con la oración de la mañana y de la tarde, las actividades de cada día. Que la Virgen María nos ayude a ser, según su modelo, «tierra buena» donde la semilla de la Palabra pueda dar mucho fruto.

Palacio apostólico de Castelgandolfo. Domingo, 17 de julio de 2001

Queridos hermanos y hermanas:

Las parábolas evangélicas son breves narraciones que Jesús utiliza para anunciar los misterios del reino de los cielos. Al utilizar imágenes y situaciones de la

vida cotidiana, el Señor «quiere indicarnos el verdadero fundamento de todas las cosas... Nos muestra... al Dios que actúa, que entra en nuestras vidas y nos quiere tomar de la mano» (*Jesús de Nazaret I*, Benedicto XVI-Joseph Ratzinger, *La esfera de los libros*, 2007, p. 233). Con este tipo de discursos, el divino Maestro invita a reconocer ante todo la primacía de Dios Padre: donde no está él, nada puede ser bueno. Es una prioridad decisiva para todo. Reino de los cielos significa, precisamente, señorío de Dios, y esto quiere decir que su voluntad se debe asumir como el criterio-guía de nuestra existencia.

El tema contenido en el Evangelio de este domingo es precisamente el reino de los cielos. El «cielo» no se debe entender sólo en el sentido de la altura que está encima de nosotros, pues ese espacio infinito posee también la forma de la interioridad del hombre. Jesús compara el reino de los cielos con un campo de trigo para darnos a entender que dentro de nosotros se ha sembrado algo pequeño y escondido, que sin embargo tiene una fuerza vital que no puede suprimirse. A pesar de todos los obstáculos, la semilla se desarrollará y el fruto madurará. Este fruto sólo será bueno si se cultiva el terreno de la vida según la voluntad divina. Por eso, en la parábola del trigo y la cizaña (*Mt* 13, 24-30), Jesús nos advierte que, después de la siembra del dueño, «mientras todos dormían», intervinó «su enemigo», que sembró la cizaña. Esto significa que tenemos que estar preparados para custodiar la gracia recibida desde el día del Bautismo, alimentando la fe en el Señor, que impide que el mal eche

raíces. San Agustín, comentando esta parábola, observa que «muchos primero son cizaña y luego se convierten en trigo». Y añade: «Si éstos, cuando son malos, no fueran tolerados con paciencia, no llegarían al laudable cambio» (*Quaest. septend. in Ev. sec. Matth.*, 12, 4: pl 35, 1371).

Queridos amigos, el *libro de la Sabiduría*, del que está tomada la primera lectura de hoy, subraya esta dimensión del Ser divino. Dice: «pues fuera de ti no hay otro Dios que cuide de todo... porque tu fuerza es el principio de la justicia y tu señorío sobre todo te hace ser indulgente con todos» (*Sb* 12, 13.16). Y el Salmo 85 lo confirma: «Tú, Señor, eres bueno y clemente, rico en misericordia con los que te invocan» (v. 5). Por tanto, si somos hijos de un Padre tan grande y bueno, ¡tratemus de parecernos a él! Éste era el objetivo que Jesús se proponía con su predicación. En efecto, decía a quienes lo escuchaban: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (*Mt* 5, 48). Dirijámonos con confianza a María, a quien ayer invocamos con la advocación de Nuestra Señora del Carmen, para que nos ayude a seguir fielmente a Jesús, y de este modo a vivir como verdaderos hijos de Dios.

Palacio apostólico de Castelgandolfo. Domingo, 24 de julio de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, en la liturgia, la lectura del Antiguo Testamento nos presenta la figura

del rey Salomón, hijo y sucesor de David. Nos lo presenta al principio de su reinado, cuando era aún jovencísimo. Salomón heredó una tarea muy ardua, y la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros era grande para un joven soberano. Lo primero que hizo fue ofrecer a Dios un solemne sacrificio -«mil holocaustos», dice la Biblia-. Entonces el Señor se le apareció en una visión nocturna y prometió concederle lo que pidiera en la oración. Y aquí se ve la grandeza de alma de Salomón: no pide larga vida, ni riquezas, ni la eliminación de sus enemigos; dice, en cambio, al Señor: «Concede, pues, a tu siervo un corazón atento para juzgar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal» (*1 R* 3, 9). Y el Señor lo escuchó, de modo que Salomón llegó a ser célebre en todo el mundo por su sabiduría y sus rectos juicios.

Por tanto, pidió a Dios que le concediera «un corazón atento» ¿Qué significa esta expresión? Sabemos que el «corazón» en la Biblia no indica sólo una parte del cuerpo, sino el centro de la persona, la sede de sus intenciones y de sus juicios. Podríamos decir: la conciencia. «Corazón atento» significa entonces una conciencia que sabe escuchar, que es sensible a la voz de la verdad y, por eso, es capaz de discernir el bien del mal. En el caso de Salomón, la petición está motivada por la responsabilidad de guiar una nación, Israel, el pueblo que Dios eligió para manifestar al mundo su designio de salvación. El rey de Israel, por consiguiente, debe tratar de estar siempre en sintonía con Dios, a la escucha de su Palabra, para guiar al pue-

blo por los caminos del Señor, el camino de la justicia y de la paz. Pero el ejemplo de Salomón vale para todo hombre. Cada uno de nosotros tiene una conciencia para ser en cierto sentido «rey», es decir, para ejercitar la gran dignidad humana de actuar según la recta conciencia, obrando el bien y evitando el mal. La conciencia moral presupone la capacidad de escuchar la voz de la verdad, de ser dóciles a sus indicaciones. Las personas llamadas a tareas de gobierno tienen, naturalmente, una responsabilidad ulterior, y por lo tanto -como enseña Salomón- necesitan aún más necesidad de la ayuda de Dios. Pero cada uno debe hacer su propia parte, en la situación concreta en que se encuentra. Una mentalidad equivocada nos sugiere pedir a Dios cosas o condiciones favorables; en realidad, la

verdadera calidad de nuestra vida y de la vida social depende de la recta conciencia de cada uno, de la capacidad de todos y de cada uno de reconocer el bien, separándolo del mal, y de tratar de llevarlo a cabo con paciencia, contribuyendo así a la justicia y a la paz.

Pidamos, por eso, la ayuda de la Virgen María, Sede de la Sabiduría. Su «corazón» está perfectamente «atento» a la voluntad del Señor. Aun siendo una persona humilde y sencilla, María es una reina a los ojos de Dios, y como tal nosotros la veneramos. Que la Virgen santísima nos ayude también a nosotros a formarnos, con la gracia de Dios, una conciencia siempre abierta a la verdad y sensible a la justicia, para servir al reino de Dios.

CARTAS

Carta del Papa, Benedicto XVI, en el 150º Aniversario de fundación de L'OSSERVATORE ROMANO

Al ilustrísimo señor Profesor Giovanni Maria Vian Director de «*L'Osservatore Romano*»

Para un periódico diario, ciento cincuenta años de vida son un período realmente considerable, un largo y significativo camino lleno de alegrías, de dificultades, de compromiso, de satisfacciones y de gracia. Por

tanto, este importante aniversario de «*L'Osservatore Romano*» -cuyo primer número salió con fecha de 1 de julio de 1861- es, ante todo, motivo de acción de gracias a Dios pro universis beneficiis suis; es decir, por todo lo que su Providencia ha dispuesto en este siglo y medio, durante el cual el mundo ha cambiado profundamente, y por lo que dispone hoy, cuando los cambios son continuos y cada vez más rápidos, sobre todo en el campo de la comunicación y de la información.

Al mismo tiempo, este feliz aniversario brinda también la ocasión para algunas reflexiones sobre la historia y el papel de ese periódico, llamado habitualmente «el diario del Papa». Así pues -como dijo Pío XI, de venerada memoria, en 1936, hace exactamente setenta y cinco años-, se nos invita a «analizar, por una parte, el camino recorrido y, por otra, el que queda por recorrer», subrayando sobre todo la singularidad y la responsabilidad de un diario que desde hace un siglo y medio da a conocer el Magisterio de los Papas y es uno de los instrumentos privilegiados al servicio de la Santa Sede y de la Iglesia.

«*L'Osservatore Romano*» surgió en un contexto difícil y decisivo para el Papado, con la conciencia y la voluntad de defender y sostener las razones de la Sede Apostólica, que parecía amenazada por fuerzas hostiles. Fundado por iniciativa privada con el apoyo del Gobierno pontificio, este folio vespertino se definió «político-religioso», proponiéndose como objetivo la defensa del principio de justicia, con la convicción, fundada en la palabra de Cristo, de que el mal no tendrá la última palabra. Ese objetivo y esa convicción se expresaron con los dos célebres lemas latinos -el primero, tomado del derecho romano; y el segundo, del texto evangélico- que, desde el primer número de 1862, se leen bajo su cabecera: *Unicuique suum* y, sobre todo, *Non praevalent* (*Mt* 16, 18).

En 1870, el fin del poder temporal -percibido luego como providencial a

pesar de atropellos y actos injustos sufridos por el Papado- no arrastró consigo a «*L'Osservatore Romano*», ni hizo inútiles su presencia y su función. Más aún, quince años más tarde, la Santa Sede decidió adquirir su propiedad. El control directo del diario por parte de la autoridad pontificia aumentó con el tiempo su prestigio y autoridad, que crecieron ulteriormente a continuación, sobre todo por la línea de imparcialidad y valentía mantenida frente a las tragedias y los horrores que marcaron la primera mitad del siglo XX, eco «fiel de una institución internacional y supranacional», como escribió el cardenal Gasparri en 1922.

Se sucedieron entonces acontecimientos trágicos: la primera guerra mundial, que devastó Europa cambiando su rostro; la consolidación de los totalitarismos, con ideologías nefastas que negaban la verdad y oprimían al hombre; y, por último, los horrores del Holocausto y de la segunda guerra mundial. En esos años tremendos, y luego durante el período de la guerra fría y de la persecución anticristiana llevada a cabo por los regímenes comunistas en muchos países, a pesar de la escasez de medios y de fuerzas, el diario de la Santa Sede supo informar con honradez y libertad, sosteniendo la obra valiente de Benedicto XV, de Pío XI y de Pío XII en defensa de la verdad y de la justicia, único fundamento de la paz.

De la segunda guerra mundial, «*L'Osservatore Romano*» pudo así salir

con la cabeza alta, como enseguida reconocieron voces laicas autorizadas y como en 1961, con ocasión del centenario del diario, escribió el cardenal Montini, que dos años después llegaría a ser Papa con el nombre de Pablo VI: «Sucedió como cuando en una sala se apagan todas las luces, y sólo queda encendida una: todas las miradas se dirigen hacia la que quedó encendida; y por suerte esa era la luz vaticana, la luz serena y flameante, alimentada por la luz apostólica de Pedro. “*L’Osservatore*” se presentó entonces como lo que, en esencia, es siempre: un faro orientador».

En la segunda mitad del siglo XX, el diario comenzó a circular en todo el mundo a través de una serie de ediciones periódicas en distintas lenguas, que ya no se imprimen sólo en el Vaticano: actualmente son ocho, entre las cuales, desde 2008, también la versión en malayalam publicada en la India, la primera enteramente en caracteres no latinos. A partir de ese mismo año, en una época difícil para los medios de comunicación tradicionales, la difusión está sostenida por la unión con otras cabeceras en España, en Italia y en Portugal, y ahora también por una presencia en internet cada vez más eficaz.

Diario «singularísimo» por sus características únicas, «*L’Osservatore Romano*», en este siglo y medio, ante todo ha dado cuenta del servicio prestado a la verdad y a la comunión católica por parte de la Sede del Sucesor de Pedro. Así, el periódico ha recogido puntual-

mente las intervenciones pontificias, ha seguido los dos Concilios celebrados en el Vaticano y las numerosas Asambleas sinodales, expresión de la vitalidad y de la riqueza de dones de la Iglesia, pero no se ha olvidado nunca de evidenciar también la presencia, la obra y la situación de las comunidades católicas en el mundo, que a veces viven en condiciones dramáticas.

En este tiempo -marcado a menudo por la falta de puntos de referencia y por la exclusión de Dios del horizonte de muchas sociedades, incluso de antigua tradición cristiana- el periódico de la Santa Sede se presenta como un «diario de ideas», como un órgano de formación y no sólo de información. Por eso debe saber mantener fielmente la tarea llevada a cabo en este siglo y medio, con atención también al Oriente cristiano, al irreversible compromiso ecuménico de las diversas Iglesias y comunidades eclesiales, a la búsqueda constante de amistad y colaboración con el judaísmo y con las demás religiones, al debate y a la confrontación cultural, a la voz de las mujeres y a los temas bioéticos que plantean cuestiones decisivas para todos. Continuando la apertura a nuevas firmas -entre ellas las de un número cada vez mayor de colaboradoras- y acentuando la dimensión y el alcance internacionales presentes desde los orígenes del periódico, después de ciento cincuenta años de una historia de la que puede sentirse orgulloso, «*L’Osservatore Romano*» sabe expresar así la cordial amistad de

la Santa Sede hacia la humanidad de nuestro tiempo, en defensa de la persona humana creada a imagen y semejanza de Dios y redimida por Cristo.

Por todo esto, deseo expresar mi gratitud a todos los que, desde 1861 hasta hoy, han trabajado en el diario de la Santa Sede: a los directores, a los redactores y a todo el personal. A usted,

señor director, y todos los que colaboran actualmente en este entusiasmante, comprometedor y benemérito servicio a la verdad y a la justicia, así como a los bienhechores y a los que lo sostienen, aseguro mi constante cercanía espiritual y les envío de corazón una especial bendición apostólica.

Vaticano, 24 de junio de 2011

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los participantes en la Asamblea de la Reunión de las obras para la ayuda a las Iglesias Orientales (RO-ACO)

Sala Clementina. Viernes, 24 de junio de 2011

Señor cardenal, beatitud, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos miembros y amigos de la ROACO:

Deseo expresar a cada uno de vosotros la más cordial bienvenida y correspondo con mis mejores deseos a las amables palabras de saludo que me ha dirigido el cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias orientales y presidente de la Reunión de las Obras para la ayuda a las Iglesias orientales, acompañado por el arzobispo secretario, por el subsecretario

rio y por los colaboradores eclesiásticos y laicos del dicasterio. Dirijo un saludo fraterno al nuevo patriarca maronita, Su Beatitud Béchara Boutros Raï, y extendiendo mi saludo a los demás preladados, a los representantes de las agencias internacionales y de la Universidad de Belén, así como a los bienhechores aquí presentes. Doy las gracias a todos por cooperar con generosidad al mandato de caridad universal que el Señor Jesús confía incesantemente al Obispo de Roma como Sucesor de Apóstol san Pedro.

Ayer celebramos la solemnidad del Cuerpo y la Sangre del Señor. La procesión eucarística, que presidí desde la catedral de San Juan de Letrán hasta la basílica de Santa María la Mayor, constituye siempre una invitación a la amada ciudad de Roma y a toda la comunidad católica a permanecer y caminar por las sendas no fáciles de

la historia, entre las grandes pobreza espirituales y materiales del mundo, para ofrecer la caridad de Cristo y de la Iglesia, que brota del Misterio Pascual, misterio de amor, de entrega total que engendra la vida. La caridad «no pasa nunca» (1 Co 13, 8), dice el apóstol san Pablo, y es capaz de cambiar los corazones y el mundo con la fuerza de Dios, sembrando y despertando en todas partes la solidaridad, la comunión y la paz. Son dones confiados a nuestras frágiles manos, pero su desarrollo es seguro, porque el poder de Dios actúa precisamente en la debilidad, si sabemos abrirnos a su acción, si somos verdaderos discípulos y nos esforzamos por serle fieles (cf. 2 Co 12, 10).

Queridos amigos de la ROACO, no olvidéis jamás la dimensión eucarística de vuestro objetivo para manteneros constantemente en la dinámica de la caridad eclesial. Deseo que esta caridad llegue de forma muy especial a Tierra Santa y también a todo Oriente Medio, para sostener allí la presencia cristiana. Os pido que hagáis todo lo posible, incluso implicando a las instancias públicas con las que entráis en contacto a nivel internacional, para que en Oriente, donde nacieron, los pastores y los fieles de Cristo puedan permanecer «no como extranjeros» sino como «conciudadanos» (Ef 2, 19), dando testimonio de Jesús, como los santos del pasado, hijos también ellos de las Iglesias orientales. Oriente es, con pleno derecho, su patria terrena. Allí precisamente están llamados también hoy a construir el

bien de todos, indistintamente, gracias a su fe. Se debe reconocer una igual dignidad y una libertad real a todos aquellos que profesan esta fe, permitiendo así una colaboración ecuménica e interreligiosa más fructífera.

Os agradezco que hayáis reflexionado sobre los cambios que se están produciendo en los países del norte de África y de Oriente Próximo, que mantienen aún al mundo preocupado. Gracias también a la aportación que dieron en estos días el cardenal patriarca copto-católico y el patriarca maronita, así como el representante pontificio en Jerusalén y el custodio franciscano de Tierra Santa, la Congregación y las agencias podrán darse cuenta de las condiciones concretas en las que viven la Iglesia y las poblaciones en una región de suma importancia para el equilibrio y la paz mundiales. A través de vosotros, el Papa quiere estar cerca de quienes están sufriendo y de quienes intentan desesperadamente huir incrementando flujos migratorios a veces sin esperanza. Al respecto, pido la asistencia inmediata necesaria, pero sobre todo cualquier mediación posible, para que cesen las violencias y, en el respeto de los derechos de las personas y de las comunidades, se restablezcan en todas partes la concordia social y la convivencia pacífica. La ferviente oración y la reflexión nos ayudarán, mientras tanto, a leer las perspectivas emergentes en la actual época de prueba y de lágrimas: que el Señor de la historia las dirija siempre al bien común.

La Asamblea especial para Oriente Medio del Sínodo de los obispos celebrada el pasado mes de octubre en el Vaticano y en la que participasteis algunos de vosotros, ha acercado a los hermanos y hermanas de Oriente de modo aún más decidido al corazón de la Iglesia y nos ha preparado para descubrir los signos de novedad del tiempo actual. Pero inmediatamente después de aquella asamblea, la violencia absurda golpeó ferozmente a personas inermes (cf. *Ángelus del 1 de noviembre de 2010*) en la catedral siro-católica de Bagdad y, en los meses sucesivos, en muchos otros lugares. Este dolor sufrido por Cristo puede servir de ayuda para el crecimiento de la buena semilla y para dar frutos aún más fecundos, si Dios quiere. Confío, por tanto, a la buena voluntad de los miembros de la ROACO cuanto surgió en el Sínodo y también el valioso patrimonio espiritual constituido por el cáliz de la pasión de muchos cristianos como referencia para un servicio inteligente y generoso, que parta desde los últimos y que no excluya a nadie, y que siempre mida su autenticidad según el Misterio Eucarístico.

Queridos amigos, las Iglesias orientales católicas, bajo la guía de sus generosos pastores y también con vuestro apoyo insustituible, sabrán confirmar siempre la comunión con la Sede apostólica, celosamente custodiada a lo largo de los siglos, y dar una contribución original a la nueva evangelización tanto en la madre patria, como en la crecien-

te diáspora. Pongo estos auspicios bajo la protección de la santísima Madre de Dios y del precursor de Cristo, san Juan Bautista, en la solemnidad litúrgica de su nacimiento. Se acerca también la solemnidad de los apóstoles san Pedro y san Pablo: ese día daré gracias al buen Pastor, como ha recordado el cardenal Sandri, en el 60º aniversario de mi ordenación sacerdotal. Os agradezco vivamente vuestra oración y vuestra felicitación, con las que me habéis hecho un grato don. Os pido que compartáis mi súplica al «Dueño de la mies» (*Mt* 9, 38) para que conceda a la Iglesia y al mundo numerosos y ardientes obreros del Evangelio. Y como signo de mi afecto, me alegra impartir a cada uno de vosotros, a vuestros seres queridos y a las comunidades confiadas a vosotros la confortadora bendición apostólica.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Asociación Santos Pedro y Pablo***

Sábado, 25 de junio de 2011

Queridos amigos de la Asociación Santos Pedro y Pablo:

Os saludo con alegría y con afecto. Me alegra encontrarme con vosotros mientras estáis reunidos con ocasión del 40º aniversario de la Asociación: una conmemoración feliz, que invita al agradecimiento, al Señor ante todo, y al amado siervo de Dios, Pablo VI, que tanto hizo para renovar también el

ambiente Vaticano según las exigencias contemporáneas. Saludo en particular al presidente, doctor Calvino Gasparini, y le agradezco sus amables palabras; saludo al consiliario, monseñor Joseph Murphy, a los demás responsables y a todos los socios, como también a los ex-consiliarios -entre los cuales el cardenal Coppa, que nos honra con su presencia- y el cardenal Bertone, que cuando era joven sacerdote fue formador ayudante de la entonces Guardia Palatina. Junto al altar del Señor y la tumba de san Pedro, elevamos en este momento un recuerdo especial por todos los que, en estos 40 años, se han sucedido en la dirección de la Asociación y que con entrega han formado parte de ella. Y a cuantos han dejado este mundo, que el Señor conceda la paz y la bienaventuranza de su reino.

También en mi espíritu, al encontrarme con vosotros, prevalece el sentimiento de gratitud, y está dirigido a vosotros, por el servicio que prestáis, sobre todo, por el amor y el espíritu de fe con que lo realizáis. Vosotros dedicáis parte de vuestro tiempo, armonizándolo con los compromisos de familia y sustrayéndolo a menudo de vuestro descanso, para venir al Vaticano y colaborar en el buen orden de las celebraciones. Además, dais vida a numerosas iniciativas caritativas, en colaboración con las religiosas Hijas de la Caridad y con las Misioneras de la Caridad. Estos compromisos exigen una motivación profunda, que siempre es preciso renovar, gracias a una intensa vida espiri-

tual. Para ayudar a los demás a orar, es necesario tener el corazón dirigido a Dios; para pedir respeto hacia los lugares sagrados y las cosas santas, es necesario que vosotros mismos tengáis el sentido cristiano de la sacralidad; para ayudar al prójimo con verdadero amor cristiano, debemos tener un espíritu humilde y una visión de fe. Vuestra actitud, a menudo sin palabras, constituye una indicación, un ejemplo, una llamada y, como tal, también tiene un valor educativo.

Naturalmente, presupuesto de todo esto es vuestra formación personal; y deseo decir que precisamente por ella, como por todo lo que hacéis, os estoy particularmente agradecido. La Asociación Santos Pedro y Pablo, como toda auténtica asociación eclesial, se propone ante todo la formación de sus miembros, nunca como sustitución o alternativa a las parroquias, sino siempre de forma complementaria respecto a ellas. Por esto, me alegra que forméis parte de vuestras comunidades parroquiales y eduquéis a vuestros hijos en el sentido de la parroquia. Al mismo tiempo, me complace el hecho de que la Asociación sea, en su justa medida, exigente en prever periodos formativos específicos para los que desean hacerse socios efectivos, y ofrezca regularmente momentos oportunos para apoyar la perseverancia.

Un pensamiento especial dirijo a quienes, esta mañana, han pronunciado la solemne promesa de fidelidad;

espero que tengan siempre la alegría de sentirse discípulos de Cristo en la Iglesia, y los exhorto a que den un buen testimonio del Evangelio en todos los ámbitos de su vida. También desde esta perspectiva, he apoyado desde el principio el proyecto de dar vida a un grupo juvenil. Saludo con especial afecto a los jóvenes y los animo a seguir el ejemplo del beato Pier Giorgio Frassati, amando a Dios con todo su corazón, gustando la belleza de la amistad cristiana y sirviendo a Cristo con gran discreción en los hermanos más pobres.

Queridos amigos, os agradezco también vuestra felicitación y, sobre todo, las oraciones con ocasión de mi 60º aniversario de sacerdocio. El regalo que habéis querido hacerme, una bella casulla, me recuerda que soy, antes que nada, sacerdote de Cristo, y me invita a acordarme de vosotros cuando celebro el Sacrificio redentor. ¡Gracias de corazón! Por último, quiero confiaros a todos a la Virgen María. Sé que en vuestra Asociación la veneráis con el título de Virgo fidelis. ¡Hoy más que nunca se necesita la fidelidad! Vivimos en una sociedad que ha perdido este valor. Se exalta mucho la capacidad de cambiar, la «movilidad», la «flexibilidad», por motivos económicos y organizativos incluso legítimos. Pero la calidad de una relación humana se ve en la fidelidad. La Sagrada Escritura nos muestra que Dios es fiel. Con su gracia y la ayuda de María, sed, por tanto, fieles a Cristo y a la Iglesia, dispuestos

a soportar con humildad y paciencia el precio que eso conlleva. Que la Virgo fidelis os obtenga la paz en vuestras familias y que de ellas nazcan auténticas vocaciones cristianas, al matrimonio, al sacerdocio y a la vida consagrada. Por esto os aseguro un especial recuerdo en mi oración, a la vez que de corazón os bendigo a todos vosotros y a vuestros seres queridos.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a la delegación del Patriarcado
Ecuménico de Constantinopla en la
fiesta de San Pedro y Pablo***

Jueves, 28 de junio de 2011

Queridos hermanos en Cristo:

Sed bienvenidos a Roma con ocasión de la fiesta de los patronos de esta Iglesia, los apóstoles san Pedro y san Pablo. Me complace particularmente saludaros con las palabras que san Pablo dirigió a los cristianos de esta ciudad: «Que el Dios de la paz esté con todos vosotros» (*Rm* 15, 33). Agradezco de todo corazón al venerado hermano, el patriarca ecuménico Su Santidad Bartolomé I y al Santo Sínodo del Patriarcado ecuménico que os han enviado a vosotros, queridos hermanos, como sus representantes para participar aquí con nosotros en esta solemne celebración.

El Señor Jesucristo, que se apareció a sus discípulos después de su resurrección

ción, les encomendó la misión de ser testigos del Evangelio de salvación. Los Apóstoles llevaron a cabo fielmente esta misión, dando testimonio, hasta llegar al sacrificio cruento de la vida, de la fe en Cristo Salvador y del amor a Dios Padre. En esta ciudad de Roma, los apóstoles san Pedro y san Pablo afrontaron el martirio y desde entonces sus tumbas son objeto de veneración. Vuestra participación en esta fiesta nuestra, como la presencia de nuestros representantes en Constantinopla para la fiesta del apóstol san Andrés, expresa la amistad y la auténtica fraternidad que une a la Iglesia de Roma y al Patriarcado ecuménico, vínculos que se fundan sólidamente en la fe recibida por el testimonio de los Apóstoles. La íntima cercanía espiritual que experimentamos cada vez que nos reunimos, es para mí motivo de profunda alegría y de gratitud a Dios. Al mismo tiempo, sin embargo, la comunión incompleta que ya nos une debe crecer hasta alcanzar la plena unidad visible.

Seguimos con gran atención el trabajo de la Comisión mixta para el diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa en su conjunto. Desde una perspectiva puramente humana, se podría tener la impresión de que el diálogo teológico sufre dificultades para avanzar. En realidad, el ritmo del diálogo está vinculado a la complejidad de los temas en discusión, que exigen un extraordinario esfuerzo de estudio, de reflexión y de apertura recíproca. Estamos llamados a proseguir juntos, en

la caridad, este camino, invocando del Espíritu Santo luz e inspiración, con la certeza de que él nos quiere llevar al pleno cumplimiento de la voluntad de Cristo: que todos sean uno (cf. *Jn* 17, 21). Estoy particularmente agradecido con todos los miembros de la Comisión mixta y, en especial, con los copresidentes, el metropolitano de Pérgamo Ioannis y el cardenal Kurt Koch, por su infatigable dedicación, su paciencia y su competencia.

En un contexto histórico de violencia, indiferencia y egoísmo, muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo se sienten desorientados. Y precisamente con el testimonio común de la verdad del Evangelio podremos ayudar al hombre de nuestro tiempo a encontrar de nuevo el camino que conduce a la verdad. La búsqueda de la verdad, de hecho, es siempre también búsqueda de la justicia y de la paz; y con gran alegría constato el gran compromiso con que Su Santidad Bartolomé se prodiga en estos temas. En unión de propósitos y recordando el bello ejemplo de mi predecesor, el beato Juan Pablo II, he querido invitar a los hermanos cristianos, a los exponentes de las demás tradiciones religiosas del mundo y a personalidades del mundo de la cultura y de la ciencia, a participar el próximo 27 de octubre, en la ciudad de Asís, en una Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo, que tendrá como tema «Peregrinos en la verdad, peregrinos en la paz». Caminar juntos por las calles de la ciudad de San Fran-

cisco será el signo de la voluntad de seguir recorriendo la senda del diálogo y de la fraternidad.

Eminencia, queridos miembros de la delegación, dándoos las gracias de nuevo por vuestra presencia en Roma en esta solemne circunstancia, os pido que llevéis mi fraternal saludo al venerado hermano el patriarca Bartolomé I, al Santo Sínodo, al clero y a todos los fieles del Patriarcado ecuménico, asegurándoles el afecto y la solidaridad de la Iglesia de Roma, que hoy está de fiesta por sus santos fundadores.

Vaticano, 28 de junio de 2011

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la entrega del “Premio Ratzinger” en su primera edición

Sala Clementina. Jueves, 30 de junio de 2011

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado, distinguidos señores y señoras:

Ante todo, quiero expresar mi alegría y gratitud por el hecho de que, con la entrega de su premio teológico, la Fundación que lleva mi nombre reconoce públicamente la obra realizada a lo largo de toda una vida por dos grandes teólogos, y a un teólogo de la generación más joven le da un signo de estímulo para progresar en el cami-

no emprendido. Con el profesor González de Cardedal me une un camino común de muchos decenios. Ambos comenzamos con san Buenaventura y dejamos que él nos indicara la dirección. En una larga vida de estudioso, el profesor González ha tratado todos los grandes temas de la teología, y eso no simplemente reflexionando y hablando de ella desde un escritorio, sino también confrontándose siempre con el drama de nuestro tiempo, viviendo y también sufriendo de una forma muy personal las grandes cuestiones de la fe y así las cuestiones del hombre de hoy. De este modo, la palabra de la fe no es algo del pasado; en sus obras, se hace verdaderamente contemporánea a nosotros. El profesor Simonetti nos ha abierto de un modo nuevo el mundo de los Padres. Precisamente mostrándonos desde el punto de vista histórico con precisión y atención lo que dicen los Padres, ellos se vuelven personas contemporáneas a nosotros, que hablan con nosotros. El padre Maximilian Heim recientemente ha sido elegido abad del monasterio de Heiligenkreuz en Viena -un monasterio rico en tradición- asumiendo así la tarea de hacer actual una gran historia y llevarla hacia el futuro. En esto, espero que el trabajo sobre mi teología, que él nos ha ofrecido, pueda ser útil y que la abadía de Heiligenkreuz pueda desarrollar ulteriormente, en nuestro tiempo, la teología monástica, que siempre ha acompañado a la universitaria, formando con ella el conjunto de la teología occidental.

Con todo, no me corresponde a mí hacer aquí una laudatio de los premiados, pues ya la ha hecho el cardenal Ruini de manera competente. Ahora bien, la entrega del premio puede brindar la ocasión para reflexionar por un momento en la cuestión fundamental de qué es de verdad la «teología». La teología es ciencia de la fe, nos dice la tradición. Pero aquí surge inmediatamente la pregunta: realmente, ¿es posible esto?, o ¿no es en sí una contradicción? ¿Acaso ciencia no es lo contrario de fe? ¿No cesa la fe de ser fe cuando se convierte en ciencia? Y ¿no cesa la ciencia de ser ciencia cuando se ordena o incluso se subordina a la fe? Estas cuestiones, que constituían un serio problema ya para la teología medieval, con el concepto moderno de ciencia se han vuelto aún más apremiantes, a primera vista incluso sin solución. Así se comprende por qué, en la edad moderna, la teología en amplios sectores se ha retirado primariamente al campo de la historia, con el fin de demostrar aquí su seria científicidad. Es preciso reconocer, con gratitud, que de ese modo se han realizado obras grandiosas, y el mensaje cristiano ha recibido nueva luz, capaz de hacer visible su íntima riqueza. Sin embargo, si la teología se retira totalmente al pasado, deja hoy a la fe en la oscuridad. En una segunda fase se ha concentrado en la praxis, para mostrar cómo la teología, en unión con la psicología y la sociología, es una ciencia útil que da indicaciones concretas para la vida. También esto es importante, pero si el fundamento de la teología, la

fe, no se transforma simultáneamente en objeto del pensamiento, si la praxis se refiere sólo a sí misma, o vive únicamente de los préstamos de las ciencias humanas, entonces la praxis queda vacía y privada de fundamento.

Estos caminos, por tanto, no bastan. Por más útiles e importantes que sean, se convierten en subterfugios, si queda sin respuesta la verdadera pregunta: ¿es verdad aquello en lo que creemos, o no? En la teología, está en juego la cuestión sobre la verdad, la cual es su fundamento último y esencial. Una expresión de Tertuliano puede ayudarnos a dar un paso adelante; él escribe: «Cristo no dijo: “Yo soy la costumbre”, sino “Yo soy la verdad”» - non consuetudo sed veritas (*Virg.* 1, 1). Christian Gnilka ha mostrado que el concepto consuetudo puede significar las religiones paganas que, según su naturaleza, no eran fe, sino que eran «costumbre»: se hace lo que se ha hecho siempre; se observan las formas culturales tradicionales y así se espera estar en la justa relación con el ámbito misterioso de lo divino. El aspecto revolucionario del cristianismo en la antigüedad fue precisamente la ruptura con la «costumbre» por amor a la verdad. Tertuliano habla aquí sobre todo apoyándose en el Evangelio de san Juan, en el que se encuentra también la otra interpretación fundamental de la fe cristiana, que se expresa en la designación de Cristo como Logos. Si Cristo es el Logos, la verdad, el hombre debe corresponder a él con su propio logos, con su razón.

Para llegar hasta Cristo, debe estar en el camino de la verdad. Debe abrirse al Logos, a la Razón creadora, de la que deriva su misma razón y a la que esta lo remite. De aquí se comprende que la fe cristiana, por su misma naturaleza, debe suscitar la teología; debía interrogarse sobre la racionalidad de la fe, aunque naturalmente el concepto de razón y el de ciencia abarcan muchas dimensiones, y así la naturaleza concreta del nexo entre fe y razón debía y debe ser sondeada siempre de nuevo.

Así pues, aunque el nexo fundamental entre Logos, verdad y fe, se presente claro en el cristianismo, la forma concreta de ese nexo ha suscitado y suscita siempre nuevas preguntas. Es evidente que, en este momento, esa pregunta, que ha interesado e interesará a todas las generaciones, no puede tratarse detalladamente, ni siquiera en grandes líneas. Yo sólo quiero proponer una pequeñísima nota. San Buenaventura, en el prólogo a su *Comentario a las Sentencias* habla de un doble uso de la razón, de un uso que es inconciliable con la naturaleza de la fe y de otro que, en cambio, pertenece propiamente a la naturaleza de la fe. Existe -así se dice- la *violentia rationis*, el despotismo de la razón, que se constituye en juez supremo y último de todo. Este tipo de uso de la razón ciertamente es imposible en el ámbito de la fe. ¿Qué entiende con ello san Buenaventura? Una expresión del *Salmo 95, 9* puede mostrarnos de qué se trata. Aquí dice Dios a su pueblo: «En el desierto...

vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron aunque habían visto mis obras». Aquí se alude a un doble encuentro con Dios: ellos «habían visto». Pero esto a ellos no les basta. Ponen «a prueba» a Dios. Quieren someterlo al experimento. Por decirlo así, Dios es sometido a un interrogatorio y debe someterse a un procedimiento de prueba experimental. Esta modalidad de uso de la razón, en la edad moderna, alcanzó el culmen de su desarrollo en el ámbito de las ciencias naturales. La razón experimental se presenta hoy ampliamente como la única forma de racionalidad declarada científica. Lo que no se puede verificar o falsificar científicamente cae fuera del ámbito científico. Con este planteamiento, como sabemos, se han realizado obras grandiosas. Que ese planteamiento es justo y necesario en el ámbito del conocimiento de la naturaleza y de sus leyes, nadie querrá seriamente ponerlo en duda. Pero existe un límite a ese uso de la razón: Dios no es un objeto de la experimentación humana. Él es Sujeto y se manifiesta sólo en la relación de persona a persona: eso forma parte de la esencia de la persona.

En esta perspectiva, san Buenaventura alude a un segundo uso de la razón, que vale para el ámbito de lo «personal», para las grandes cuestiones del hecho mismo de ser hombres. El amor quiere conocer mejor a aquél a quien ama. El amor, el amor verdadero, no hace ciegos, sino videntes. De él forma parte precisamente la sed de conoci-

miento, de un verdadero conocimiento del otro. Por eso, los Padres de la Iglesia encontraron los precursores y predecesores del cristianismo -fuera del mundo de la revelación de Israel- no en el ámbito de la religión consuetudinaria, sino en los hombres que buscaban a Dios, que buscaban la verdad, en los «filósofos»: en personas que estaban sedientas de la verdad y por tanto se encontraban en camino hacia Dios. Cuando no hay este uso de la razón, entonces las grandes cuestiones de la humanidad caen fuera del ámbito de la razón y desembocan en la irracionalidad. Por eso es tan importante una auténtica teología. La fe recta orienta a la razón a abrirse a lo divino, para que, guiada por el amor a la verdad, pueda conocer a Dios más de cerca. La iniciativa para este camino pertenece a Dios, que ha puesto en el corazón del hombre la búsqueda de su Rostro. Por consiguiente, forman parte de la teología, por un lado, la humildad que se deja «tocar» por Dios; y, por otro, la disciplina que va unida al orden de la razón, preserva el amor de la ceguera y ayuda a desarrollar su fuerza visual.

Soy muy consciente de que, con todo esto, no se ha dado una respuesta a la cuestión sobre la posibilidad y la tarea de la recta teología, sino que sólo se ha puesto de relieve la grandeza del desafío ínsito en la naturaleza de la teología. Sin embargo, el hombre necesita precisamente este desafío, porque ella nos impulsa a abrir nuestra razón interrogándonos sobre la verdad misma,

sobre el rostro de Dios. Por ello, damos las gracias a los premiados, que en su obra han mostrado que la razón, caminando por la pista trazada por la fe, no es una razón alienada, sino la razón que responde a su altísima vocación. Gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la XXXVII
Conferencia de la FAO***

Sala Clementina. Viernes, 1 de julio de 2011

Señor presidente, señores ministros, señor director general, ilustres señores, amables señoras:

1. Me alegra particularmente acogeros a todos vosotros, que participáis en la XXXVII Conferencia de la Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación, prosiguiendo una larga y feliz tradición iniciada hace sesenta años con el asentamiento de la FAO en Roma.

A través de usted, señor presidente, deseo dar las gracias a las numerosas delegaciones gubernamentales que han querido estar presentes en este encuentro, testimoniando así la efectiva universalidad de la FAO. También quiero renovar el apoyo de la Santa Sede a la meritoria e irremplazable labor de la Organización y confirmaros que la Iglesia católica se compromete a cola-

borar con vuestros esfuerzos para responder a las necesidades reales de tantos hermanos y hermanas nuestros en humanidad.

Aprovecho esta ocasión para saludar al señor Jacques Diouf, director general, que con competencia y dedicación ha permitido a la FAO afrontar los problemas y las crisis suscitadas por las realidades globales cambiantes que han afectado, incluso de un modo dramático, a su específico campo de acción.

Al director general electo, el señor José Graziano da Silva, expreso mis mejores deseos de éxito en su actividad futura, con la esperanza de que la FAO responda cada vez más y mejor a las expectativas de sus Estados miembros y aporte soluciones concretas a las personas que sufren a causa del hambre y la malnutrición.

2. Vuestros trabajos han indicado políticas y estrategias capaces de contribuir al importante relanzamiento del sector agrícola, de los niveles de producción alimentaria y del desarrollo más general de las zonas rurales. La crisis actual que afecta ya a todos los aspectos de la realidad económica y social requiere, de hecho, todos los esfuerzos para concurrir a eliminar la pobreza, primer paso para liberar del hambre a millones de hombres, mujeres y niños que no disponen del pan de cada día. Una reflexión completa, sin embargo, exige buscar las causas de esta situación sin limitarse a los niveles

de producción, a la creciente demanda de alimentos o a la volatilidad de los precios: factores que, aunque sean importantes, pueden hacer que el drama del hambre se lea en términos exclusivamente técnicos.

La pobreza, el subdesarrollo y, por tanto, el hambre a menudo son el resultado de comportamientos egoístas que, partiendo del corazón del hombre, se manifiestan en su actividad social, en los intercambios económicos, en las condiciones de mercado, en la falta de acceso a la comida, y se traducen en la negación del derecho primario de toda persona a alimentarse y, por tanto, a no pasar hambre. ¿Cómo podemos callar el hecho de que incluso el alimento se ha convertido en objeto de especulaciones o está vinculado a los cambios de un mercado financiero que, privado de leyes seguras y pobre en principios morales, parece anclado sólo al objetivo del lucro? La alimentación es una condición que concierne al derecho fundamental a la vida. Garantizarla significa también actuar directamente y sin demora sobre los factores que, en el sector agrícola, pesan de manera negativa sobre la capacidad de fabricación, sobre los mecanismos de la distribución y sobre el mercado internacional. Y esto, a pesar de una producción alimentaria global que, según la FAO y expertos autorizados, es capaz de alimentar a la población mundial.

3. El marco internacional y los frecuentes temores causados por la ines-

tabilidad y el aumento de los precios exigen respuestas concretas y necesariamente unitarias para conseguir resultados que los Estados, individualmente, no pueden garantizar. Esto significa hacer de la solidaridad un criterio esencial para toda acción política y toda estrategia, a fin de que la actividad internacional y sus reglas sean instrumentos de servicio efectivo a toda la familia humana y de modo especial a los más necesitados. Es, por tanto, urgente un modelo de desarrollo que considere no sólo la amplitud económica de las necesidades o la fiabilidad técnica de las estrategias a seguir, sino también la dimensión humana de todas las iniciativas, y que sea capaz de llevar a cabo una auténtica fraternidad (cf. *Caritas in veritate*, 20), apelando a la recomendación ética de «dar de comer al hambriento», que pertenece al sentimiento de compasión y de humanidad inscrito en el corazón de toda persona y que la Iglesia cuenta entre las obras de misericordia. Desde esta perspectiva, las instituciones de la comunidad internacional están llamadas a trabajar de manera coherente siguiendo su mandato para apoyar los valores propios de la dignidad humana, eliminando las actitudes cerradas y sin dejar espacio a instancias particulares que se presentan como intereses generales.

4. La FAO también está llamada a relanzar su estructura liberándola de obstáculos que la alejan del objetivo indicado por su Constitución: garanti-

zar el crecimiento nutricional, la disponibilidad de la producción alimentaria, el desarrollo de las zonas rurales, a fin de asegurar a la humanidad la liberación del hambre (cf. *FAO, Constitución, Preámbulo*). Con este objetivo, resulta esencial una plena sintonía de la Organización con los Gobiernos para orientar y apoyar las iniciativas, especialmente en la coyuntura actual, en la que disminuyen los recursos económico-financieros, mientras que el número de personas que pasan hambre en el mundo no disminuye según los objetivos esperados.

5. Mi pensamiento se dirige a la situación de millones de niños que, primeras víctimas de esta tragedia, se ven condenados a una muerte prematura, a un retraso en su desarrollo físico y psíquico, u obligados a formas de explotación para recibir un mínimo de alimento. La atención hacia las generaciones jóvenes puede ser un modo de contrastar el abandono de las zonas rurales y del trabajo agrícola, para permitir a comunidades enteras, cuya supervivencia está amenazada por el hambre, mirar su futuro con mayor confianza. De hecho, debemos constatar que, a pesar de los compromisos asumidos y las consiguientes obligaciones, a menudo la asistencia y las ayudas concretas se limitan a las emergencias, olvidando que una coherente concepción del desarrollo debe ser capaz de diseñar un futuro para toda persona, familia y comunidad, favoreciendo objetivos a largo plazo.

Por tanto, hay que apoyar las iniciativas que se desean llevar a cabo en el ámbito de toda la comunidad internacional para redescubrir el valor de la empresa familiar rural y apoyar su función central para alcanzar una seguridad alimentaria estable. De hecho, en el mundo rural, el núcleo familiar tradicional se esfuerza por favorecer la producción agrícola mediante la sabia transmisión de padres a hijos no sólo de sistemas de cultivo o de conservación y distribución de los alimentos, sino también de modos de vida, de principios educativos, de la cultura, de la religiosidad, de la concepción del carácter sagrado de la persona en todas las fases de su existencia. La familia rural es un modelo no sólo de trabajo, sino de vida y de expresión concreta de la solidaridad, donde se confirma el papel esencial de la mujer.

Señor presidente, señoras, señores:

6. El objetivo de la seguridad alimentaria es una exigencia auténticamente humana; somos conscientes de ello. Garantizarla a las generaciones presentes y a las futuras significa también preservar los recursos naturales de una explotación frenética, porque la carrera al consumo y al despilfarro parece ignorar toda consideración del patrimonio genético y de las diversidades biológicas, tan importantes para las actividades agrícolas. Pero a la idea de una apropiación exclusiva de esos recursos se opone la llamada que Dios dirige a los hombres y las mujeres para que

«labrando y cuidando» la tierra (cf. *Gn* 2, 8-17) promuevan una participación en el uso de los bienes de la creación, objetivo que la actividad multilateral y las reglas internacionales ciertamente pueden ayudar a alcanzar.

En nuestra época, en la que a los numerosos problemas que afectan a la actividad agrícola se añaden nuevas oportunidades para contribuir a aliviar el drama del hambre, podéis esforzaros para que, a través de la garantía de una alimentación que responda a las necesidades, cada persona pueda crecer según su verdadera dimensión de criatura hecha a semejanza de Dios.

Éste es el deseo que quiero expresar, mientras invoco sobre todos vosotros y sobre vuestro trabajo la abundancia de las bendiciones divinas.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en el almuerzo ofrecido por el
Colegio Cardenalicio, con motivo
del 60º Aniversario de su ordenación
sacerdotal***

Sala Ducal del Palacio Apostólico.
Viernes, 1 de julio de 2011

Queridos hermanos:

Ecce quam bonum et quam iucundum habitare fratres in unum (*Sal* 133, 1). Estas palabras del Salmo son para mí, en este momento, una reali-

dad vivida. Vemos cuán hermoso es que los hermanos estén juntos y vivan juntos la alegría del sacerdocio, de estar llamados a la viña del Señor. Quiero darle las gracias de todo corazón a usted, cardenal decano, por sus hermosas, conmovedoras y confortadoras palabras, y, sobre todo, también por el donativo que me ha dado, porque así nuestro «estar juntos» se amplía a los pobres de Roma. No estamos sólo nosotros comiendo aquí; están con nosotros los pobres que necesitan nuestra ayuda y nuestra asistencia, nuestro amor, que se realiza concretamente en la posibilidad de comer, de vivir bien; en la medida de nuestras posibilidades, queremos actuar en este sentido. Y, para mí, es una señal importante que en esta hora solemne no estamos sólo nosotros, sino que están con nosotros los pobres de Roma, que son amados particularmente por el Señor.

Fratres in unum: la experiencia de la fraternidad es una realidad interna al sacerdocio, porque uno no es ordenado nunca por sí mismo sino que es incorporado en un presbiterio o, como obispo, en el colegio episcopal. Así el «nosotros» de la Iglesia se acompaña y se manifiesta en esta hora. Esta hora es un tiempo de gratitud por la guía del Señor, por todo lo que me ha dado y perdonado en estos años, pero también es un momento de memoria. En 1951, el mundo era muy diferente: no había televisión, no había internet, no había ordenadores, no había teléfonos

móviles. El mundo del que venimos parece realmente prehistórico; y sobre todo nuestras ciudades estaban destruidas, la economía arruinada, había una gran pobreza material y espiritual, pero también una fuerte energía y voluntad de reconstruir este país y de renovarlo, especialmente en la Comunidad europea, sobre el fundamento de nuestra fe, e insertarse en la gran Iglesia de Cristo, que es el pueblo de Dios y nos guía hacia el mundo de Dios. Así, comenzamos con gran entusiasmo y con alegría en aquel momento. Vino luego el momento del concilio Vaticano II, donde todas esas esperanzas que habíamos sembrado parecían realizarse; después, el momento de la revolución cultural de 1968, años difíciles en los que la barca del Señor parecía llena de agua, casi a punto de hundirse; y, sin embargo, el Señor, que, en ese momento, parecía dormido, estaba presente y nos guió para salir adelante. Eran los años en que trabajé junto al beato Juan Pablo II: años inolvidables. Y luego, por último, la hora totalmente inesperada del 19 de abril de 2005, cuando el Señor me llamó a un nuevo compromiso y, confiando sólo en su fuerza, abandonándome a él, pude decir el «sí» de ese momento.

En estos sesenta años, ha cambiado casi todo, pero ha permanecido la fidelidad del Señor. Él es el mismo ayer, hoy y siempre, y esta es nuestra certeza, que nos indica el camino hacia el futuro. El momento de la memoria, el momento de la gratitud, es también el momento

de la esperanza: In te Domine speravi, non confundar in aeternum.

Gracias al Señor en este momento por su guía. Gracias a todos vosotros por la compañía fraterna. Que el Señor os bendiga a todos. Y gracias por el donativo y por toda la colaboración. Con la ayuda del Señor, sigamos adelante.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los fieles de la diócesis italiana de Altamura-Gravina-Acquaviva Delle Fonti

Sala Pablo VI. Sábado, 2 de julio

Excelencia, queridos hermanos y hermanas:

Me alegra realmente acogeros a vosotros en tan gran número y tan llenos del entusiasmo de la fe. ¡Gracias a vosotros! Agradezco al obispo, monseñor Mario Paciello, las palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Saludo a las autoridades civiles, a los sacerdotes, a los religiosos y las religiosas, a los seminaristas y a cada uno de vosotros, extendiendo mi pensamiento y afecto a vuestra comunidad diocesana, en particular a los que viven situaciones de sufrimiento y dificultad. Estoy agradecido al Señor porque vuestra visita me ofrece la posibilidad de compartir un momento del camino sinodal de la Iglesia que está en Altamura-Gravina-Acquaviva delle Fonti. El Sínodo es un

acontecimiento que hace vivir concretamente la experiencia de ser «pueblo de Dios» en camino, de ser Iglesia, comunidad peregrina en la historia hacia su cumplimiento escatológico en Dios. Esto significa reconocer que la Iglesia no posee en sí misma el principio vital, sino que depende de Cristo, de quien es signo e instrumento eficaz. En la relación con el Señor Jesús, encuentra su identidad más profunda: ser don de Dios para la humanidad, prolongando la presencia y la obra de salvación del Hijo de Dios por medio del Espíritu Santo. En este horizonte comprendemos que la Iglesia es esencialmente un misterio de amor al servicio de la humanidad con vistas a su santificación. El concilio Vaticano II afirmó sobre este punto: «Quiso Dios santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa» (*Lumen gentium*, 9). Vemos aquí que realmente la Palabra de Dios ha creado un pueblo, una comunidad, ha creado una alegría común, una peregrinación común hacia el Señor. El ser Iglesia, por tanto, no viene sólo de una fuerza organizativa nuestra, humana, sino que encuentra su manantial y su verdadero significado en la comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: este amor eterno es la fuente de la que procede la Iglesia, y la Trinidad santísima es el modelo de unidad en la diversidad y genera y plasma la Iglesia como misterio de comunión.

Es necesario partir siempre y de un modo nuevo de esta verdad para comprender y vivir más intensamente el ser Iglesia, «Pueblo de Dios», «Cuerpo de Cristo», «Comunión». De otra manera, se corre el riesgo de reducirlo todo a una dimensión horizontal, que desvirtúa la identidad de la Iglesia y el anuncio de la fe y haga más pobre nuestra vida y la vida de la Iglesia. Es importante destacar que la Iglesia no es una organización social, filantrópica, como muchas otras: es la comunidad de Dios, es la comunidad que cree, que ama, que adora al Señor Jesús y abre las «velas» al soplo del Espíritu Santo, y, por esto, es una comunidad capaz de evangelizar y de humanizar. La relación profunda con Cristo, vivida y alimentada por la Palabra y por la Eucaristía, hace eficaz el anuncio, motiva el compromiso por la catequesis y anima el testimonio de la caridad. Muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitan encontrarse con Dios, encontrarse con Cristo o redescubrir la belleza del Dios cercano, del Dios que en Jesucristo ha mostrado su rostro de Padre y que llama a reconocer el sentido y el valor de la existencia. Hacer entender que es un bien vivir como hombre. El momento histórico actual, como sabemos, está marcado por luces y sombras. Asistimos a comportamientos complejos: encerramiento en sí mismo, narcisismo, deseo de poseer y de consumir, sentimientos y afectos desligados de la responsabilidad. Muchas son las causas de esta desorientación, que se manifiesta en un profundo malestar existencial, pero en

el fondo de todo se puede entrever la negación de la dimensión trascendente del hombre y de la relación fundamental con Dios. Por esto, es decisivo que las comunidades cristianas promuevan itinerarios de fe válidos y comprometidos.

Queridos amigos, hay que prestar particular atención al modo de considerar la educación a la vida cristiana para que toda persona pueda realizar un auténtico camino de fe, a través de las diversas edades de la vida; un camino en el cual -como la Virgen María- la persona acoge profundamente la Palabra de Dios y la pone en práctica, convirtiéndose en testigo del Evangelio. El concilio Vaticano II en la declaración *Gravissimum educationis*, afirma: «La educación cristiana busca que los bautizados, mientras se inician gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación, sean cada vez más conscientes del don recibido de la fe (...) y se dispongan a vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad» (n. 2). En este compromiso educativo la familia es la primera responsable. Queridos padres, ¡sois los primeros testigos de la fe! No tengáis miedo de las dificultades en las que estáis llamados a realizar vuestra misión. ¡No estáis solos! La comunidad cristiana está cerca de vosotros y os sostiene. La catequesis acompaña a vuestros hijos en su crecimiento humano y espiritual, pero se ha de considerar como una formación permanente, no limitada a la preparación para recibir los sacramentos; en toda nuestra vida,

debemos crecer en el conocimiento de Dios y en el conocimiento de lo que significa ser hombre. Sabed sacar siempre fuerza y luz de la liturgia: la participación en la celebración eucarística en el día del Señor es decisiva para la familia, para toda la comunidad; es la estructura de nuestro tiempo. Recordemos siempre que en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía, el Señor Jesús actúa para la transformación de los hombres haciéndonos semejantes a sí. Gracias al encuentro con Cristo, a la comunión con él, la comunidad cristiana puede testimoniar la comunión, abriéndose al servicio, acogiendo a los pobres y a los últimos, reconociendo el rostro de Dios en los enfermos y en todos los necesitados. Os invito, por tanto, partiendo del contacto con el Señor en la oración cotidiana y sobre todo en la Eucaristía, a valorar de modo adecuado las propuestas educativas y los caminos de voluntariado existentes en la diócesis, para formar personas solidarias, abiertas y atentas a las situaciones de malestar espiritual y material. En definitiva, la acción pastoral debe orientarse a formar personas maduras en la fe, para vivir en contextos en los que a menudo se ignora a Dios; personas coherentes con la fe, para que se lleve a todos los ambientes la luz de Cristo; personas que vivan con alegría la fe, para transmitir la belleza del ser cristianos.

Por último, deseo dirigir un pensamiento especial a vosotros, queridos sacerdotes. Agradeced siempre el don recibido, para que podáis servir, con amor

y entrega, al pueblo de Dios encomendado a vuestros cuidados. Anunciad el Evangelio con valentía y fidelidad, sed testigos de la misericordia de Dios y, guiados por el Espíritu Santo, sabed indicar la verdad, sin temer el diálogo con la cultura y con los que buscan a Dios.

Queridos hermanos y hermanas, encomendamos el camino de vuestra comunidad diocesana a María santísima, Madre del Señor y Madre de la Iglesia, Madre nuestra. En ella, contemplamos lo que la Iglesia está llamada a ser. Con su «sí» dio al mundo a Jesús y ahora participa plenamente de la gloria de Dios. También nosotros estamos llamados a dar al Señor Jesús a la humanidad, sin olvidar ser siempre sus discípulos. Os agradezco de nuevo vuestra bella visita y de todo corazón os agradezco vuestra fe y os acompaño con la oración, impartiendo a todos vosotros y a toda la diócesis la bendición apostólica.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la inauguración de la exposición “El esplendor de la verdad, la belleza de la caridad”, homenaje de los artistas a Benedicto XVI por sus 60 años de sacerdocio”

Atrio del Aula Pablo VI. Lunes, 4 de julio de 2011

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos amigos:

Es para mí una gran alegría encontrarme con vosotros y recibir vuestro creativo y multiforme homenaje con ocasión del 60° aniversario de mi ordenación sacerdotal. Estoy sinceramente agradecido con vosotros por vuestra cercanía en esta circunstancia tan significativa e importante para mí. En la celebración eucarística del pasado 29 de junio, solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, agradecí al Señor el don de la vocación sacerdotal. Hoy os agradezco a vosotros la amistad y la amabilidad que me manifestáis. Saludo cordialmente al cardenal Angelo Sodano, decano del Colegio cardenalicio y al cardenal Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo pontificio para la cultura, que, junto con sus colaboradores, ha organizado esta singular manifestación artística, y le agradezco las amables palabras que me ha dirigido. Saludo también a todos los presentes, de manera especial a vosotros, queridos artistas, que habéis aceptado la invitación a presentar una creación vuestra en esta Muestra.

Nuestro encuentro de hoy, en el que tengo la alegría y la curiosidad de admirar vuestras obras, quiere ser una nueva etapa de aquel recorrido de amistad y de diálogo que emprendimos el 21 de noviembre de 2009, en la capilla Sixtina, un acontecimiento que aún llevo grabado en el alma. La Iglesia y los artistas vuelven a encontrarse, a hablarse, a apoyar la necesidad de un coloquio que quiere y debe hacerse cada vez más intenso y articulado, tam-

bién para ofrecer a la cultura, más aún, a las culturas de nuestro tiempo un ejemplo elocuente de diálogo fecundo y eficaz, orientado a hacer que nuestro mundo sea más humano y más bello. Me presentáis hoy el fruto de vuestra creatividad, de vuestra reflexión, de vuestro talento, expresiones de los varios campos artísticos que aquí representáis: pintura, escultura, arquitectura, orfebrería, fotografía, cine, música, literatura y poesía. Antes de admirarlas junto con vosotros, permitid que me detenga sólo un momento en el sugestivo título de esta Exposición: «El esplendor de la verdad, la belleza de la caridad». Precisamente en la homilía de la misa pro eligendo Pontifice, comentando la bella expresión de san Pablo de la *Carta a los Efesios* «veritatem facientes in caritate» (4, 15), definí el «hacer la verdad en la caridad» como una fórmula fundamental de la existencia cristiana. Y añadí: «En Cristo, coinciden la verdad y la caridad. En la medida en que nos acercamos a Cristo, también en nuestra vida, la verdad y la caridad se funden. La caridad sin la verdad sería ciega; la verdad sin la caridad sería como “címalo que retiene” (1 Co 13, 1)». Y es precisamente de la unión, quiero decir de la sinfonía, de la perfecta armonía de verdad y caridad, de donde mana la auténtica belleza, capaz de suscitar admiración, maravilla y alegría verdadera en el corazón de los hombres. El mundo en que vivimos necesita que la verdad resplandezca y no sea ofuscada por la mentira o por la banalidad; necesita que la caridad in-

flame y no sea derrotada por el orgullo y por el egoísmo. Necesitamos que la belleza de la verdad y de la caridad toque lo más íntimo de nuestro corazón y lo haga más humano.

Queridos amigos, quiero renovaros a vosotros y a todos los artistas un amistoso y apasionado llamamiento: no separéis jamás la creatividad artística de la verdad y de la caridad; no busquéis jamás la belleza lejos de la verdad y de la caridad; al contrario, con la riqueza de vuestra genialidad, de vuestro impulso creativo, sed siempre, con valentía, buscadores de la verdad y testigos de la caridad; haced que la verdad resplandezca en vuestras obras y procurad que su belleza suscite en la mirada y en el corazón de quien las admira el deseo y la necesidad de hacer bella y verdadera la existencia, toda existencia, enriqueciéndola con el tesoro que nunca se acaba, que hace de la vida una obra maestra y de cada hombre un extraordinario artista: la caridad, el amor. Que el Espíritu Santo, artífice de toda la belleza que existe en el mundo, os ilumine siempre y os guíe hacia la Belleza última y definitiva, aquella que enciende nuestra mente y nuestro corazón y que esperamos poder contemplar un día en todo su esplendor.

Una vez más, gracias por vuestra amistad, por vuestra presencia y porque lleváis al mundo un rayo de esta Belleza, que es Dios. De corazón os imparto a todos vosotros, a vuestros seres queridos y a todo el mundo del arte mi bendición apostólica.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la visita a la redacción de «L'OSSERVATORE ROMANO» con motivo del 150º Aniversario de su fundación

Martes, 5 de julio de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Me alegra poderme encontrar con vosotros en la sede del periódico «L'Osservatore Romano», donde cada día realizáis vuestro trabajo, un trabajo valioso y cualificado, al servicio de la Santa Sede. Os saludo a todos con afecto. Saludo al director, profesor Giovanni Maria Vian, al subdirector, a los redactores y a toda la gran familia de este diario. Hace pocos días, el 1 de julio, «L'Osservatore Romano» alcanzó la notable meta de los 150 años de vida. Quiero deciros de todo corazón como se hace en casa: ¡Feliz cumpleaños! Este aniversario suscita sentimientos de gratitud y de legítimo orgullo, pero, junto a las conmemoraciones particulares y solemnes, he querido venir también aquí, en medio de vosotros, para expresar mi agradecimiento a cada uno de los que «hacen» concretamente el diario con pasión humana y cristiana, y con profesionalidad.

Desde hace mucho, tiempo sentía realmente curiosidad por ver cómo se hace hoy un periódico, dónde nace el periódico, y conocer al menos por un momento a las personas que hacen este -nuestro- periódico. He tenido ahora

la alegría de descubrir el modo moderno en que un diario nace, totalmente distinto del de hace cincuenta años. Exige mucha más -digamos- creatividad humana que trabajo técnico. Y así este «taller» está ciertamente dedicado a hacer, pero primero, sobre todo, a conocer, a pensar, a juzgar, a reflexionar. Ni siquiera es sólo un «taller»: es sobre todo un gran observatorio, como lo dice su nombre. Observatorio para ver las realidades de este mundo e informarnos de estas realidades. Me parece que desde este observatorio se ven tanto las cosas lejanas como las cercanas. Lejanas en un doble sentido: ante todo lejanas en todas las partes del mundo, como son Filipinas, Australia, América Latina; para mí ésta es una de las grandes ventajas de «*L'Osservatore Romano*», que ofrece en verdad una información universal, que realmente ve el mundo entero y no sólo una parte. Por esto, me siento agradecido, porque normalmente en los periódicos se dan informaciones, pero con una preponderancia del propio mundo y eso hace que se olviden muchas otras partes de la tierra, que no son menos importantes. Aquí se ve algo de la coincidencia de *Urbs et Orbis* que es característica de la catolicidad y, en cierto sentido, también es una herencia romana: verdaderamente ver el mundo y no sólo verse a sí mismos.

En segundo lugar, desde este observatorio, se ven las cosas lejanas también en otro sentido: «*L'Osservatore*» no se queda en la superficie de los su-

cesos, sino que va a las raíces. Más allá de la superficie nos muestra las raíces culturales y el fondo de las cosas. Para mí, no es solamente un periódico, sino también una revista cultural. Admiro cómo es posible cada día ofrecer grandes contribuciones que nos ayudan a entender mejor al ser humano, las raíces de donde vienen las cosas y cómo se las debe comprender, realizar, transformar. Pero este periódico ve asimismo las cosas cercanas. Algunas veces ciertamente es difícil ver lo cercano, nuestro pequeño mundo, que sin embargo es un mundo grande.

Hay otro fenómeno que me hace pensar y que también agradezco: que nadie puede informar sobre todo. Incluso los medios más universalistas, por así decir, no pueden decir todo; es imposible. Siempre es necesaria una elección, un discernimiento. Y por ello, en la presentación de los hechos es decisivo el criterio de selección: nunca existe el hecho puro, siempre hay una opción que determina qué aparece y qué no aparece. Y sabemos bien que actualmente en muchos órganos de la opinión pública las elecciones de las prioridades a menudo son muy discutibles. Y «*L'Osservatore Romano*», como ha dicho el director, en su cabecera se ha dado desde siempre dos criterios: «*Unicuique suum*» y «*Non praevalent*». Ésta es una síntesis característica para la cultura del mundo occidental. Por una parte, el gran derecho romano, el derecho natural, la cultura natural del hombre concretizada en la

cultura romana, con su derecho y el sentido de justicia; y por otra, el Evangelio. Se podría decir incluso: con estos dos criterios -el del derecho natural y el del Evangelio- tenemos como criterio la justicia y, por otro lado, la esperanza que viene de la fe. Estos dos criterios juntos -la justicia que respeta a cada uno y la esperanza que ve también las cosas negativas a la luz de una bondad divina de la que estamos seguros por

la fe- ayudan a ofrecer en verdad una información humana, humanística, en el sentido de un humanismo que tiene sus raíces en la bondad de Dios. Y así, no es sólo información, sino realmente formación cultural.

Por todo esto, os estoy agradecido. De corazón imparto a todos vosotros, y a vuestros seres queridos, la bendición apostólica.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora.

Parroquia de Santo Tomás de Villanueva. Castelgandolfo. 15 de agosto de 2011.

Queridos hermanos y hermanas,

nos encontramos reunidos una vez más, para celebrar una de las más antiguas y amadas fiestas dedicadas a María Santísima: la fiesta de su ascensión a la gloria del Cielo en alma y cuerpo, es decir, con todo el ser humano, en la integridad de su persona. Se nos ha dado así la gracia de renovar nuestro amor a María, de admirarla y de alabarla por las “grandes cosas” que el Omnipotente ha hecho por Ella y que ha obrado en Ella.

En la contemplación de la Virgen María, se nos ha dado otra gracia: la de poder ver en profundidad también nuestra vida. Sí, porque también nuestra existencia cotidiana, con sus problemas y sus esperanzas, recibe luz de la Madre de Dios, de su recorrido espiritual, de su destino de gloria: un camino y una meta que pueden y deben convertirse, de alguna manera, en nuestro mismo camino y nuestra misma meta. Dejémosnos conducir por las citas de la Sagrada Escritura que la liturgia de hoy nos propone. Querría detenerme, en particular, en una imagen que encontramos en la primera lectura, tomada del *Apocalipsis*, y de la que se hace eco el *Evangelio de San Lucas*: la del arca.

En la primera lectura hemos escuchado: “Se abrió el Templo de Dios que está en el cielo y quedó a la vista el

Arca de la Alianza” (*Ap* 11,19). ¿Cuál es el significado del arca? Para el Antiguo Testamento, ésta es el símbolo de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Pero ahora el símbolo ha cedido su lugar a la realidad. Así el Nuevo Testamento nos dice que la verdadera arca de la Alianza es una persona viva y concreta: es la Virgen María. Dios no habita en un mueble, Dios vive en una persona, en un corazón: María, la que ha llevado en su seno al Hijo eterno de Dios hecho hombre, Jesús nuestro Señor y Salvador.

En el arca, -como sabemos- se conservaban las dos tablas de la ley de Moisés, que manifestaban la voluntad de Dios de mantener la alianza con su pueblo, indicándoles las condiciones para ser fieles al pacto de Dios, para conformarse a la voluntad de Dios y así, también a nuestra verdad profunda. María es el arca de la alianza, porque ha acogido en sí a Jesús; ha acogido en sí a la Palabra viviente, todo el contenido de la voluntad de Dios, de la verdad de Dios; ha acogido en sí al que es la nueva y eterna alianza, culminada con el ofrecimiento de su cuerpo y de su sangre: cuerpo y sangre recibidos por María. Con razón, por tanto, la piedad cristiana, en las letanías en honor a la Virgen, se dirige a Ella invocándola como *Foederis Arca*, es decir “arca de la alianza”, arca de la presencia de Dios, arca de la alianza de amor que Dios ha querido expresar de manera definitiva en Cristo para toda la humanidad.

La cita del *Apocalipsis* quiere indicar otro aspecto importante de la realidad de María. Ella, arca viviente de la alianza, tiene un destino de gloria extraordinaria, porque está estrechamente unida al Hijo que ha acogido en la fe y generado en la carne, que comparte plenamente la gloria del cielo. Es lo que sugieren las palabras escuchadas: “Y apareció en el cielo un gran signo: una Mujer revestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas en su cabeza. Estaba embarazada... La Mujer tuvo un hijo varón que debía regir a todas las naciones...” (12,1-2; 5). La grandeza de María, Madre de Dios, llena de gracia, plenamente dócil a la acción del Espíritu Santo, vive ya en el Cielo de Dios, toda ella, alma y cuerpo. San Juan Damasceno refiriéndose a este misterio en una famosa Homilía afirma: “Hoy la santa y única Virgen es conducida al templo celeste... Hoy el arca sagrada y animada por el Dios Viviente, [el arca] que ha llevado en su seno al mismo Artífice, reposa en el templo del Señor, no construido por mano de hombre” (*Homilía sobre la Dormición*, 2 PG 96, 723) y continúa: “Es necesario que la que había acogido en su seno al Logos divino, se trasladase a las tiendas de su Hijo... Era necesario que la Esposa que el Padre había elegido, viviese en la estancia nupcial del Cielo” (*ibid.*, 14, PG 96, 742). Hoy la Iglesia canta el amor inmenso de Dios por esta criatura suya: la ha elegido como verdadera “arca de la alianza”, como la que continúa generando y dando a Cristo Sal-

vador a la Humanidad, como la que, en el Cielo, comparte la plenitud de la gloria y disfruta de la misma felicidad de Dios y, al mismo tiempo, nos invita también a nosotros a convertirnos, a nuestra modesta manera, en “arca” en la que está presente la Palabra de Dios, que está transformada y vivificada por su presencia, lugar de la presencia de Dios, de manera que los hombres puedan encontrar en el prójimo la cercanía de Dios y así vivir en comunión con Dios y conocer la realidad del Cielo.

El Evangelio de San Lucas que hemos escuchado (cfr *Lc* 1,39-56), nos muestra esta arca viviente, que es María, en movimiento: habiendo dejado su casa de Nazaret, María se pone en viaje hacia la montaña para llegar cuanto antes a una ciudad de Judá y llegar a la casa de Zacarías y de Isabel. Me parece importante destacar la expresión “con prontitud”: las cosas de Dios merecen esta urgencia, incluso podemos decir que las únicas cosas que merecen urgencia son las de Dios, la verdadera urgencia de nuestra vida. Entonces María entra en la casa de Zacarías y de Isabel, pero no entra sola. Entra llevando en su seno al hijo, que es Dios mismo hecho hombre. Ciertamente se la esperaba a ella y a su ayuda en esa casa, pero el evangelista nos ayuda a comprender que esta espera nos conduce a otra, más profunda. Zacarías, Isabel y el pequeño Juan Bautista, son de hecho, el símbolo de todos los justos de Israel, en cuyos corazones, colmados de esperanza, esperan la venida del Mesías

Salvador. Y es el Espíritu Santo el que le abre los ojos a Isabel para hacerle reconocer en María la verdadera arca de la alianza, la Madre de Dios que va a visitarla. Y así, la anciana pariente la acoge “exclamando”: “¡Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme?” (*Lc* 1,42-43). Y es el mismo Espíritu Santo, el que, ante la que lleva a Dios hecho hombre, abre el corazón de Juan Bautista en el seno de Isabel. Ésta exclama: “Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno” (v.44). Aquí el evangelista Lucas usa el término de “skirtan”, es decir “saltar”, el mismo término que encontramos en una de las antiguas traducciones griegas del Antiguo Testamento para describir la danza del Rey David delante del arca santa que volvió finalmente a la patria (*2Sam* 6,16). Juan Bautista, en el seno de su madre danza ante el arca de la Alianza, como David, y reconoce así que: María es la nueva arca de la alianza, delante de la que el corazón exulta de alegría, la Madre de Dios presente en el mundo, que no se queda para sí misma esta divina presencia, sino que la ofrece compartiendo la gracia de Dios. Y así -como dice la oración- María es realmente “causa nostrae laetitiae”, (causa de nuestra alegría), el “arca” en la que realmente el Salvador está presente entre nosotros.

¡Queridos hermanos! Estamos hablando de María, pero, de alguna manera, estamos hablando también de

nosotros, de cada uno de nosotros: también nosotros somos destinatarios de este amor inmenso que Dios ha reservado -de una manera única e irrepetible- para María. En esta Solemnidad de la Asunción miramos a María: Ella, nos conduce a la esperanza, a un futuro lleno de alegría y nos enseña el camino para alcanzarlo: acoger en la fe a su Hijo; no perder nunca la amistad con

Él, sino dejarnos iluminar y guiar por su palabra; seguirlo cada día, incluso en los momentos en los que sentimos que nuestras cruces se hacen pesadas. María, el arca de la alianza que está en el Santuario del Cielo, nos indica con luminosa claridad que estamos en el camino hacia nuestra verdadera Casa, comunión de alegría y de paz con Dios. ¡Amén!

VIAJES APOSTÓLICOS - VIAJE APOSTÓLICO A MADRID DEL 18 AL 21 DE AGOSTO DE 2011. JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

Rueda de Prensa durante el viaje en avión a Madrid

Respuestas de Benedicto XVI a los periodistas en el vuelo a Madrid Para participar en las Jornadas Mundiales de la Juventud

--La de Madrid constituye la vigesimosexta JMJ. Al inicio de su pontificado, nos preguntábamos si usted continuaría en el surco de su predecesor. ¿Cómo ve el significado de estos acontecimientos en la estrategia pastoral de la Iglesia universal?

--Benedicto XVI: Queridos amigos, buenos días. Estoy encantado de viajar con vosotros a España con motivo de este gran acontecimiento. Después de dos JMJ vividas personalmente, puedo decir que era verdaderamente una inspiración que ha sido donada por el

papa Juan Pablo II, cuando creó esta realidad: un gran encuentro de los jóvenes del mundo con el Señor. Diría que estas JMJ son un signo, una cascada de luz, dan visibilidad a la fe, visibilidad a la presencia de Dios en el mundo, y dan así la valentía para ser creyentes. Con frecuencia, los creyentes se sienten aislados en este mundo, casi perdidos. Aquí ven que no están solos, que hay una gran red de fe, una gran comunidad de creyentes del mundo, que es hermoso vivir en esta amistad universal, y de este modo nacen amistades que superan las fronteras de las diferentes culturas, de los diferentes países. El nacimiento de una red universal de amistad que une al mundo con Dios es una importante realidad para el futuro de la humanidad, para la vida de la humanidad de hoy. Naturalmente la JMJ no puede ser un acontecimiento aislado, forma parte de un camino más grande.

Debe ser preparado este camino de la cruz que transmigra a diferentes países e involucra a los jóvenes con el signo de la cruz y el signo de la imagen de la Virgen. De este modo la preparación de la JMJ, mucho más que una preparación técnica, y es un acontecimiento con muchos problemas técnicos, es una preparación interior, un ponerse en camino hacia los demás y, juntos, hacia Dios. Y así se crean grupos de amistad. Este contacto universal abre las fronteras de las culturas y de los contrastes humanos y religiosos, y de este modo se convierte en un camino continuo, que después lleva a una nueva cumbre, una nueva JMJ. Me parece que la JMJ debe considerarse en este sentido como un signo, como una parte de un gran camino, crea amistades, abre fronteras, hace visible que es bello estar con Dios, que Dios está con nosotros. En este sentido, queremos seguir con esta gran idea del beato papa Juan Pablo II.

--Europa y el mundo occidental viven una crisis económica profunda, que manifiesta también señales de una grave crisis social y moral, de gran incertidumbre para el futuro, particularmente dolorosa para los jóvenes. ¿Qué mensajes puede ofrecer la Iglesia para dar esperanza y aliento a los jóvenes del mundo?

--Benedicto XVI: Se confirma en la crisis actual económica lo que ya se ha visto en la gran crisis precedente: la dimensión ética no es algo exterior a los problemas económicos, sino una dimensión interior y fundamental. La

economía no funciona sólo con una auto-reglamentación mercantil, sino que tiene necesidad de una razón ética para funcionar para el hombre. Puede constatarse lo que ya había dicho en su primera encíclica social Juan Pablo II: el hombre debe ponerse en el centro de la economía y que la economía no debe medirse según el máximo beneficio, sino según el bien de todos e incluye la responsabilidad por el otro, y funciona verdaderamente bien sólo si funciona de una manera humana en el respeto del otro, en sus diferentes dimensiones: responsabilidad con la propia nación, y no sólo consigo mismo, responsabilidad con el mundo. La nación no está aislada, ni siquiera Europa está aislada, sino que es responsable de toda la humanidad y debe pensar siempre en afrontar los problemas económicos con esta clave de responsabilidad, en particular con las demás partes del mundo, con las que sufren, tienen sed y hambre, y no tienen futuro. Y, por tanto, tercera dimensión de esta responsabilidad es la responsabilidad con el futuro: sabemos que tenemos que proteger nuestro planeta, pero tenemos que proteger el funcionamiento del servicio del trabajo económico para todos y pensar que el mañana es también el hoy. Si los jóvenes de hoy no encuentran perspectivas en su vida también nuestro hoy está equivocado, está mal. Por tanto, la Iglesia con su doctrina social, con su doctrina sobre la responsabilidad ante Dios, abre la capacidad a renunciar al máximo beneficio y a ver en las realidades la dimensión humanística y religiosa, es decir, estamos hechos el

uno para el otro, y de este modo es posible también abrir caminos, como sucede con el gran número de voluntarios que trabajan en diferentes partes del mundo no para sí, sino para los demás, y encuentran así el sentido de la propia vida. Esto se puede lograr con una educación en los grandes objetivos, como trata de hacer la Iglesia. Esto es fundamental para nuestro futuro.

--Quería preguntarle cuál es la relación entre verdad y multiculturalidad. La insistencia en la única Verdad que es Cristo, ¿puede ser un problema para los jóvenes de hoy?

--Benedicto XVI: La relación entre verdad e intolerancia, monoteísmo e incapacidad de diálogo con los demás, es un argumento que, con frecuencia, vuelve al debate sobre el cristianismo de hoy. Y naturalmente es verdad que, en la historia, se han dado también abusos, tanto del concepto de verdad como del concepto de monoteísmo. Se han dado abusos, pero la realidad es totalmente diferente, pues la verdad sólo es accesible en la libertad. Se pueden imponer con la violencia los comportamientos, las observancias, actividades, pero no la verdad. La verdad se abre sólo al consentimiento libre y, por este motivo, libertad y verdad están íntimamente unidas, una es condición de la otra. Por lo demás, buscamos la verdad, los valores auténticos, que dan vida al futuro. Sin duda, no queremos la mentira, no queremos el positivismo de normas impuestas con una cierta fuerza. Sólo los

auténticos valores llevan al futuro y es necesario por tanto buscar los valores auténticos y no dejarlos al arbitrio de algunos, no dejar que se imponga una razón positivista que nos dice que no hay una verdad racional sobre los problemas éticos y los grandes problemas del hombre. Esto significa exponer el hombre al arbitrio de cuantos tienen el poder. Tenemos que ponernos siempre en búsqueda de la verdad, de los valores, tenemos derechos humanos fundamentales. Los derechos fundamentales son conocidos y reconocidos, y precisamente esto nos pone en diálogo el uno con el otro. La verdad como tal es dialogante, pues busca conocer mejor, comprender mejor, y lo hace en diálogo con los demás. De este modo, buscar la verdad y la dignidad del hombre es la mejor defensa de la libertad.

--¿Qué hay que hacer para que la experiencia positiva de la JMJ continúe en la vida de cada día?

--Benedicto XVI: La siembra de Dios siempre es silenciosa, no aparece inmediatamente en las estadísticas, y esa semilla que el Señor siembra con la JMJ es como la semilla de la que habla el Evangelio: una parte cae en el camino y se pierde; una parte cae en la piedra y se pierde; una parte cae en las espinas y se pierde; pero una parte cae en tierra buena y da mucho fruto. Esto es precisamente lo que sucede con la siembra de la JMJ: mucho se pierde y esto es humano. Con otras palabras del Señor, la semilla de mostaza es pequeña, pero

crece y se convierte en un gran árbol. Ciertamente se pierde mucho, no podemos decir que a partir de mañana recomienza un gran crecimiento de la Iglesia. Dios no actúa así. Crece en silencio. Sé que otras JMJ han suscitado tantas amistades, amistades para la vida; tantas nuevas experiencias de que Dios existe. Y nosotros confiamos en este crecimiento silencioso, y estamos seguros de que, aunque las estadísticas no hablen mucho de ello, realmente crece la semilla del Señor. Y para muchas personas será el inicio de una amistad con Dios y con los demás, de una universalidad de pensamiento, de una responsabilidad común que realmente muestra que estos días dan fruto.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la Ceremonia de Bienvenida***

*Aeropuerto internacional de Madrid
Barajas. Jueves, 18 de agosto de 2011*

Majestades, Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Señores Cardenales, Venerados hermanos en el Episcopado y el Sacerdocio, Distinguidas Autoridades Nacionales, Autonómicas y Locales, Querido pueblo de Madrid y de España entera.

Gracias, Majestad, por su presencia aquí, junto con la Reina, y por las palabras tan deferentes y afables que me ha dirigido al darme la bienvenida. Palabras que me hacen revivir las inolvidables muestras de simpatía recibidas en

mis anteriores visitas apostólicas a España, y muy particularmente en mi reciente viaje a Santiago de Compostela y Barcelona. Saludo muy cordialmente a los que estáis aquí reunidos en Barajas, y a cuantos siguen este acto a través de la radio y la televisión. Y también una mención muy agradecida a los que con tanta entrega y dedicación, desde instancias eclesiales y civiles, han contribuido con su esfuerzo y trabajo para que esta Jornada Mundial de la Juventud en Madrid se desarrolle felizmente y obtenga frutos abundantes.

Deseo también agradecer de todo corazón la hospitalidad de tantas familias, parroquias, colegios y otras instituciones que han acogido a los jóvenes llegados de todo el mundo, primero en diferentes regiones y ciudades de España, y ahora en esta gran Villa de Madrid, cosmopolita y siempre con las puertas abiertas.

Vengo aquí a encontrarme con millares de jóvenes de todo el mundo, católicos, interesados por Cristo o en busca de la verdad que dé sentido genuino a su existencia. Llego como Sucesor de Pedro para confirmar a todos en la fe, viviendo unos días de intensa actividad pastoral para anunciar que Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida. Para impulsar el compromiso de construir el Reino de Dios en el mundo, entre nosotros. Para exhortar a los jóvenes a encontrarse personalmente con Cristo Amigo y así, radicados en su Persona, convertirse en sus fieles seguidores y valerosos testigos.

¿Por qué y para qué ha venido esta multitud de jóvenes a Madrid? Aunque la respuesta deberían darla ellos mismos, bien se puede pensar que desean escuchar la Palabra de Dios, como se les ha propuesto en el lema para esta Jornada Mundial de la Juventud, de manera que, arraigados y edificados en Cristo, manifiesten la firmeza de su fe.

Muchos de ellos han oído la voz de Dios, tal vez sólo como un leve susurro, que los ha impulsado a buscarlo más diligentemente y a compartir con otros la experiencia de la fuerza que tiene en sus vidas. Este descubrimiento del Dios vivo alienta a los jóvenes y abre sus ojos a los desafíos del mundo en que viven, con sus posibilidades y limitaciones. Ven la superficialidad, el consumismo y el hedonismo imperantes, tanta banalidad a la hora de vivir la sexualidad, tanta insolidaridad, tanta corrupción. Y saben que sin Dios sería arduo afrontar esos retos y ser verdaderamente felices, volcando para ello su entusiasmo en la consecución de una vida auténtica. Pero con Él a su lado, tendrán luz para caminar y razones para esperar, no deteniéndose ya ante sus más altos ideales, que motivarán su generoso compromiso por construir una sociedad donde se respete la dignidad humana y la fraternidad real. Aquí, en esta Jornada, tienen una ocasión privilegiada para poner en común sus aspiraciones, intercambiar recíprocamente la riqueza de sus culturas y experiencias, animarse mutuamente en un camino de fe y de vida, en el cual

algunos se creen solos o ignorados en sus ambientes cotidianos. Pero no, no están solos. Muchos coetáneos suyos comparten sus mismos propósitos y, fiándose por entero de Cristo, saben que tienen realmente un futuro por delante y no temen los compromisos decisivos que llenan toda la vida. Por eso me causa inmensa alegría escucharlos, rezar juntos y celebrar la Eucaristía con ellos. La Jornada Mundial de la Juventud nos trae un mensaje de esperanza, como una brisa de aire puro y juvenil, con aromas renovadores que nos llenan de confianza ante el mañana de la Iglesia y del mundo.

Ciertamente, no faltan dificultades. Subsisten tensiones y choques abiertos en tantos lugares del mundo, incluso con derramamiento de sangre. La justicia y el altísimo valor de la persona humana se doblegan fácilmente a intereses egoístas, materiales e ideológicos. No siempre se respeta como es debido el medio ambiente y la naturaleza, que Dios ha creado con tanto amor. Muchos jóvenes, además, miran con preocupación el futuro ante la dificultad de encontrar un empleo digno, o bien por haberlo perdido o tenerlo muy precario e inseguro. Hay otros que precisan de prevención para no caer en la red de la droga, o de ayuda eficaz, si por desgracia ya cayeron en ella. No pocos, por causa de su fe en Cristo, sufren en sí mismos la discriminación, que lleva al desprecio y a la persecución abierta o larvada que padecen en determinadas regiones y países. Se les

acosa queriendo apartarlos de Él, privándolos de los signos de su presencia en la vida pública, y silenciando hasta su santo Nombre. Pero yo vuelvo a decir a los jóvenes, con todas las fuerzas de mi corazón: que nada ni nadie os quite la paz; no os avergoncéis del Señor. Él no ha tenido reparo en hacerse uno como nosotros y experimentar nuestras angustias para llevarlas a Dios, y así nos ha salvado.

En este contexto, es urgente ayudar a los jóvenes discípulos de Jesús a permanecer firmes en la fe y a asumir la bella aventura de anunciarla y testimoniarla abiertamente con su propia vida. Un testimonio valiente y lleno de amor al hombre hermano, decidido y prudente a la vez, sin ocultar su propia identidad cristiana, en un clima de respetuosa convivencia con otras legítimas opciones y exigiendo al mismo tiempo el debido respeto a las propias.

Majestad, al reiterar mi agradecimiento por la deferente bienvenida que me habéis dispensado, deseo expresar también mi aprecio y cercanía a todos los pueblos de España, así como mi admiración por un País tan rico de historia y cultura, por la vitalidad de su fe, que ha fructificado en tantos santos y santas de todas las épocas, en numerosos hombres y mujeres que dejando su tierra han llevado el Evangelio por todos los rincones del orbe, y en personas rectas, solidarias y bondadosas en todo su territorio. Es un gran tesoro que ciertamente vale la pena

cuidar con actitud constructiva, para el bien común de hoy y para ofrecer un horizonte luminoso al porvenir de las nuevas generaciones. Aunque haya actualmente motivos de preocupación, mayor es el afán de superación de los españoles, con ese dinamismo que los caracteriza, y al que tanto contribuyen sus hondas raíces cristianas, muy fecundas a lo largo de los siglos.

Saludo desde aquí muy cordialmente a todos los queridos amigos españoles y madrileños, y a los que han venido de tantas otras tierras. Durante estos días, estaré junto a vosotros, teniendo también muy presentes a todos los jóvenes del mundo, en particular a los que pasan por pruebas de diversa índole. Al confiar este encuentro a la Santísima Virgen María, y a la intercesión de los santos protectores de esta Jornada, pido a Dios que bendiga y proteja siempre a los hijos de España. Muchas gracias.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,
en la fiesta de acogida de los jóvenes***

Plaza de Cibeles, Madrid. Jueves, 18 de agosto de 2011

Queridos jóvenes amigos

Es una inmensa alegría encontrarme aquí con vosotros, en el centro de esta bella ciudad de Madrid, cuyas llaves ha tenido la amabilidad de entregarme el Señor Alcalde. Hoy es también capi-

tal de los jóvenes del mundo y donde toda la Iglesia tiene puestos sus ojos. El Señor nos ha congregado para vivir en estos días la hermosa experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud. Con vuestra presencia y la participación en las celebraciones, el nombre de Cristo resonará por todos los rincones de esta ilustre Villa. Y recemos para que su mensaje de esperanza y amor tenga eco también en el corazón de los que no creen o se han alejado de la Iglesia. Muchas gracias por la espléndida acogida que me habéis dispensado al entrar en la ciudad, signo de vuestro amor y cercanía al Sucesor de Pedro.

Saludo al Señor Cardenal Stanislaw Rylko, Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos, y a sus colaboradores en ese Dicasterio, agradeciendo todo el trabajo realizado. Asimismo, doy las gracias al Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid, por sus amables palabras y el esfuerzo de su archidiócesis, junto con las demás diócesis de España, en preparar esta Jornada Mundial de la Juventud, para la que se ha trabajado con generosidad también en tantas otras Iglesias particulares del mundo entero. Agradezco a las autoridades nacionales, autonómicas y locales su amable presencia y su generosa colaboración para el buen desarrollo de este gran acontecimiento. Gracias a los hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, seminaristas, personas consagradas y fieles que están aquí presentes y han venido acompañando a los jóvenes para vivir

estos días intensos de peregrinación al encuentro con Cristo. A todos, os saludo cordialmente en el Señor y os reitero que es una gran dicha estar aquí con todos vosotros. Que la llama del amor de Cristo nunca se apague en vuestros corazones.

Saludo en francés

Chers jeunes francophones, vous avez répondu nombreux à l'appel du Seigneur à venir le rencontrer à Madrid. Je vous en félicite ! Bienvenue aux Journées Mondiales de la Jeunesse ! Vous portez en vous des questions et vous cherchez des réponses. Il est bon de chercher toujours. Recherchez surtout la Vérité qui n'est pas une idée, une idéologie ou un slogan, mais une Personne, le Christ, Dieu Lui-même venu parmi les hommes ! Vous avez raison de vouloir enraciner votre foi en Lui, de vouloir fonder votre vie dans le Christ. Il vous aime depuis toujours et vous connaît mieux que quiconque. Puissent ces journées riches de prière, d'enseignement et de rencontres vous aider à le découvrir encore pour mieux l'aimer. Que le Christ vous accompagne durant ce temps fort où, tous ensemble, nous allons le célébrer et le prier!

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua francesa. Os felicito porque habéis venido en gran número a este encuentro de Madrid. Sed bienvenidos a las Jornadas Mundiales de la Juventud. Tenéis interrogantes y buscáis

respuestas. Es bueno buscar siempre. Buscar sobre todo la Verdad que no es una idea, una ideología o un eslogan, sino una Persona, Cristo, Dios mismo que ha venido entre los hombres. Tenéis razón de querer enraizar vuestra fe en Él, y fundar vuestra vida en Cristo. Él os ama desde siempre y os conoce mejor que nadie. Que estas jornadas llenas de oración, enseñanza y encuentros, os ayuden a descubrirlo para amarlo más. Que Cristo os acompañe durante este tiempo intenso en el que todos juntos lo celebraremos y le rezaremos].

Saludo en inglés

I extend an affectionate greeting to the many English-speaking young people who have come to Madrid. May these days of prayer, friendship and celebration bring us closer to each other and to the Lord Jesus. Make trust in Christ's word the foundation of your lives! Planted and built up in him, firm in the faith and open to the power of the Spirit, you will find your place in God's plan and enrich the Church with your gifts. Let us pray for one another, so that we may be joyful witnesses to Christ, today and always. God bless you all!

[Traducción española : Dirijo un saludo afectuoso a los numerosos jóvenes de lengua inglesa que han venido a Madrid. Que estos días de oración, amistad y celebración os acerquen entre vosotros y al Señor Jesús. Poned en Cristo el fundamento de vuestras vidas. Arraigados y edificados en él, firmes en la fe y abier-

tos al poder del Espíritu, encontraréis vuestro puesto en el plan de Dios y enriqueceréis a la Iglesia con vuestros dones. Recemos unos por otros, para que hoy y siempre seamos testigos gozosos de Cristo. Que Dios os bendiga].

Saludo en alemán

Liebe Freunde deutscher Sprache! Sehr herzlich grüße ich euch alle. Ich freue mich, daß ihr so zahlreich gekommen seid. Gemeinsam wollen wir in diesen Tagen unseren Glauben an Jesus Christus bekennen, vertiefen und weitergeben. Immer wieder erfahren wir: Er ist es, der unserem Leben wirklich Sinn gibt. Öffnen wir Christus unser Herz. Er schenke uns allen eine frohe und gesegnete Zeit hier in Madrid.

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua alemana. Os saludo con afecto y me alegra que hayáis venido en tan gran número. En estos días, juntos confesaremos, profundizaremos y transmitiremos nuestra fe en Cristo. Tendremos nuevamente esta experiencia: es Él quien da verdadero sentido a nuestra vida. Abramos nuestro corazón a Cristo. Que aquí en Madrid Él nos conceda un tiempo colmado de gozo y bendición].

Saludo en italiano

Cari giovani italiani! Vi saluto con grande affetto e mi rallegro per la vostra partecipazione così numerosa, animata dalla gioia della fede. Vivete queste giornate con spirito di intensa

preghiera e di fraternità, testimoniando la vitalità della Chiesa in Italia, delle parrocchie, delle associazioni, dei movimenti. Condividete con tutti questa ricchezza. Grazie!

[Traducción española: Queridos jóvenes italianos. Os saludo con gran afecto y me alegro por vuestra participación tan numerosa, animada por el gozo de la fe. Vivid estos días con espíritu de oración intensa y de fraternidad, dando testimonio de la vitalidad de la Iglesia en Italia, de las parroquias, asociaciones, movimientos. Compartid con todos esta riqueza. Gracias].

Saludo en portugués

Queridos jovens dos diversos países de língua oficial portuguesa e quantos vos acompanham, bem-vindos a Madrid! A todos saúdo com grande amizade e convido a subir até à fonte eterna da vossa juventude e conhecer o protagonista absoluto desta Jornada Mundial e – espero – da vossa vida: Cristo Senhor. Nestes dias ouvireis pessoalmente ressoar a sua Palavra. Deixai que esta Palavra penetre e crie raízes nos vossos corações, e sobre ela edificai a vossa vida. Firmes na fé, sereis um elo na grande cadeia dos fiéis. Não se pode crer sem ser amparado pela fé dos outros, e pela minha fé contribuo também para amparar os outros na fé. A Igreja precisa de vós, e vós precisais da Igreja.

[Traducción española: Queridos jóvenes de los diversos países de len-

gua oficial portuguesa, y todos cuantos os acompañan, sed bienvenidos a Madrid. Os saludo con gran amistad y os invito a subir hasta la fuente eterna de vuestra juventud y conocer al protagonista absoluto de esta Jornada Mundial y, espero, de vuestra vida: Cristo Señor. En estos días, escucharéis resonar personalmente su Palabra. Dejad que esta Palabra entre y eche raíces en vuestros corazones y, sobre ella, edificad vuestra vida. Firmes en la fe, seréis un eslabón en la gran cadena de los fieles. No se puede creer sin estar amparado por la fe de los demás, y con mi fe contribuyo también a ayudar la fe de los demás. La Iglesia necesita de vosotros y vosotros tenéis necesidad de la Iglesia].

Saludo en polaco

Pozdrawiam młodzież z Polski, rodaków błogosławionego Jana Pawła II, inicjatora Światowych Dni Młodzieży. Cieszę się waszą obecnością tu w Madrycie! Życzę wam dobrych dni, dni modlitwy i umocnienia wiary z Jezusem. Niech Boży Duch was prowadzi.

[Traducción española: Saludo a los jóvenes procedentes de Polonia, compatriotas del Beato Juan Pablo II, el iniciador de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Me alegra que estéis aquí en Madrid. Os deseo unos días felices, días de oración y de fortalecimiento de vuestros lazos con Jesús. Que os guíe el Espíritu de Dios].

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la fiesta de acogida de los jóvenes***

*Plaza de Cibeles, Madrid. Jueves, 18
de agosto de 2011*

Queridos amigos:

Agradezco las cariñosas palabras que me han dirigido los jóvenes representantes de los cinco continentes. Y saludo con afecto a todos los que estáis aquí congregados, jóvenes de Oceanía, África, América, Asia y Europa; y también a los que no pudieron venir. Siempre os tengo muy presentes y rezo por vosotros. Dios me ha concedido la gracia de poder veros y oíros más de cerca, y de ponernos juntos a la escucha de su Palabra.

En la lectura que se ha proclamado antes, hemos oído un pasaje del Evangelio en que se habla de acoger las palabras de Jesús y de ponerlas en práctica. Hay palabras que solamente sirven para entretener, y pasan como el viento; otras instruyen la mente en algunos aspectos; las de Jesús, en cambio, han de llegar al corazón, arraigar en él y fraguar toda la vida. Sin esto, se quedan vacías y se vuelven efímeras. No nos acercan a Él. Y, de este modo, Cristo sigue siendo lejano, como una voz entre otras muchas que nos rodean y a las que estamos tan acostumbrados. El Maestro que habla, además, no enseña lo que ha aprendido de otros, sino lo que Él mismo es, el único que conoce de verdad el camino del hombre hacia

Dios, porque es Él quien lo ha abierto para nosotros, lo ha creado para que podamos alcanzar la vida auténtica, la que siempre vale la pena vivir en toda circunstancia y que ni siquiera la muerte puede destruir. El Evangelio prosigue explicando estas cosas con la sugestiva imagen de quien construye sobre roca firme, resistente a las embestidas de las adversidades, contrariamente a quien edifica sobre arena, tal vez en un paraje paradisiaco, podríamos decir hoy, pero que se desmorona con el primer azote de los vientos y se convierte en ruinas.

Queridos jóvenes, escuchad de verdad las palabras del Señor para que sean en vosotros «espíritu y vida» (*Jn 6,63*), raíces que alimentan vuestro ser, pautas de conducta que nos asemejen a la persona de Cristo, siendo pobres de espíritu, hambrientos de justicia, misericordiosos, limpios de corazón, amantes de la paz. Hacedlo cada día con frecuencia, como se hace con el único Amigo que no defrauda y con el que queremos compartir el camino de la vida. Bien sabéis que, cuando no se camina al lado de Cristo, que nos guía, nos dispersamos por otras sendas, como la de nuestros propios impulsos ciegos y egoístas, la de propuestas halagadoras pero interesadas, engañosas y volubles, que dejan el vacío y la frustración tras de sí.

Aprovechad estos días para conocer mejor a Cristo y cercioraros de que, enraizados en Él, vuestro entusiasmo y alegría, vuestros deseos de ir a más,

de llegar a lo más alto, hasta Dios, tienen siempre futuro cierto, porque la vida en plenitud ya se ha aposentado dentro de vuestro ser. Hacedla crecer con la gracia divina, generosamente y sin mediocridad, planteándoos seriamente la meta de la santidad. Y, ante nuestras flaquezas, que, a veces, nos abruma, contamos también con la misericordia del Señor, siempre dispuesto a darnos de nuevo la mano y que nos ofrece el perdón en el sacramento de la Penitencia.

Al edificar sobre la roca firme, no solamente vuestra vida será sólida y estable, sino que contribuirá a proyectar la luz de Cristo sobre vuestros coetáneos y sobre toda la humanidad, mostrando una alternativa válida a tantos como se han venido abajo en la vida, porque los fundamentos de su existencia eran inconsistentes. A tantos que se contentan con seguir las corrientes de moda, se cobijan en el interés inmediato, olvidando la justicia verdadera, o se refugian en pareceres propios en vez de buscar la verdad sin adjetivos.

Sí, hay muchos que, creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces ni cimientos que ellos mismos. Desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no, lo que es bueno o malo, lo justo o lo injusto; decidir quién es digno de vivir o puede ser sacrificado en aras de otras preferencias; dar en cada instante un paso al azar, sin rumbo fijo, dejándose llevar por el impulso de cada momento. Estas tentaciones

siempre están al acecho. Es importante no sucumbir a ellas, porque, en realidad, conducen a algo tan evanescente como una existencia sin horizontes, una libertad sin Dios. Nosotros, en cambio, sabemos bien que hemos sido creados libres, a imagen de Dios, precisamente para que seamos protagonistas de la búsqueda de la verdad y del bien, responsables de nuestras acciones, y no meros ejecutores ciegos, colaboradores creativos en la tarea de cultivar y embellecer la obra de la creación. Dios quiere un interlocutor responsable, alguien que pueda dialogar con Él y amarle. Por Cristo, lo podemos conseguir verdaderamente y, arraigados en Él, damos alas a nuestra libertad. ¿No es éste el gran motivo de nuestra alegría? ¿No es este un suelo firme para edificar la civilización del amor y de la vida, capaz de humanizar a todo hombre?

Queridos amigos: sed prudentes y sabios, edificad vuestras vidas sobre el cimiento firme que es Cristo. Esta sabiduría y prudencia guiará vuestros pasos, nada os hará temblar y en vuestro corazón reinará la paz. Entonces seréis bienaventurados, dichosos, y vuestra alegría contagiará a los demás. Se preguntarán por el secreto de vuestra vida y descubrirán que la roca que sostiene todo el edificio y sobre la que se asienta toda vuestra existencia es la persona misma de Cristo, vuestro amigo, hermano y Señor, el Hijo de Dios hecho hombre, que da consistencia a todo el universo. Él murió por nosotros y resucitó para que tuviéramos vida, y ahora,

desde el trono del Padre, sigue vivo y cercano a todos los hombres, velando continuamente con amor por cada uno de nosotros.

Encomiendo los frutos de esta Jornada Mundial de la Juventud a la Santísima Virgen María, que supo decir «sí» a la voluntad de Dios, y nos enseña como nadie la fidelidad a su divino Hijo, al que siguió hasta su muerte en la cruz. Meditaremos todo esto más detenidamente en las diversas estaciones del Via crucis. Y pidamos que, como Ella, nuestro «sí» de hoy a Cristo sea también un «sí» incondicional a su amistad, al final de esta Jornada y durante toda nuestra vida. Muchas gracias.

***Saludo del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con religiosas jóvenes***

Patio de los Reyes de El Escorial. Viernes, 19 de agosto de 2011

Queridas jóvenes religiosas:

Dentro de la Jornada Mundial de la Juventud que estamos celebrando en Madrid, es un gozo grande poder encontrarme con vosotras, que habéis consagrado vuestra juventud al Señor, y os doy las gracias por el amable saludo que me habéis dirigido. Agradezco al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid que haya previsto este encuentro en un marco tan evocador como es el Monasterio de San

Lorenzo de El Escorial. Si su célebre Biblioteca custodia importantes ediciones de la Sagrada Escritura y de Reglas monásticas de varias familias religiosas, vuestra vida de fidelidad a la llamada recibida es también una preciosa manera de guardar la Palabra del Señor que resuena en vuestras formas de espiritualidad.

Queridas hermanas, cada carisma es una palabra evangélica que el Espíritu Santo recuerda a su Iglesia (cf. *Jn 14, 26*). No en vano, la Vida Consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. En este sentido, el vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en “exégesis” viva de la Palabra de Dios... De ella, ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla, dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica» (*Exh. apostólica Verbum Domini*, 83).

La radicalidad evangélica es estar “arraigados y edificados en Cristo, y firmes en la fe” (cf. *Col, 2,7*), que, en la Vida Consagrada significa ir a la raíz del amor a Jesucristo con un corazón indiviso, sin anteponer nada a ese amor (cf. *San Benito, Regla, IV, 21*), con una pertenencia esponsal como la han vivido los santos, al estilo de Rosa de Lima y Rafael Arnáiz, jóvenes patronos de esta Jornada Mundial de la Juventud. El encuentro personal con Cristo que nutre vuestra consagración debe testimoniarse con toda su fuerza transformadora en vuestras vidas; y cobra una especial relevancia hoy, cuando «se constata una especie

de “eclipse de Dios”, una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza» (*Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud 2011*, 1). Frente al relativismo y la mediocridad, surge la necesidad de esta radicalidad que testimonia la consagración como una pertenencia a Dios sumamente amado.

Dicha radicalidad evangélica de la Vida Consagrada se expresa en la comunión filial con la Iglesia, hogar de los hijos de Dios que Cristo ha edificado. La comunión con los Pastores, que en nombre del Señor proponen el depósito de la fe recibido a través de los Apóstoles, del Magisterio de la Iglesia y de la tradición cristiana. La comunión con vuestra familia religiosa, custodiando su genuino patrimonio espiritual con gratitud, y apreciando también los otros carismas. La comunión con otros miembros de la Iglesia como los laicos, llamados a testimoniar desde su vocación específica el mismo evangelio del Señor.

Finalmente, la radicalidad evangélica se expresa en la misión que Dios ha querido confiaros. Desde la vida contemplativa que acoge en sus claustros la Palabra de Dios en silencio elocuente y adora su belleza en la soledad por Él habitada, hasta los diversos caminos de vida apostólica, en cuyos surcos germina la semilla evangélica en la educación de niños y jóvenes, el cuidado de los enfermos y ancianos, el acompañamiento de las fa-

milias, el compromiso a favor de la vida, el testimonio de la verdad, el anuncio de la paz y la caridad, la labor misionera y la nueva evangelización, y tantos otros campos del apostolado eclesial.

Queridas hermanas, éste es el testimonio de la santidad a la que Dios os llama, siguiendo muy de cerca y sin condiciones a Jesucristo en la consagración, la comunión y la misión. La Iglesia necesita de vuestra fidelidad joven arraigada y edificada en Cristo. Gracias por vuestro “sí” generoso, total y perpetuo a la llamada del Amado. Que la Virgen María sostenga y acompañe vuestra juventud consagrada, con el vivo deseo de que interpele, aliente e ilumine a todos los jóvenes.

Con estos sentimientos, pido a Dios que recompense copiosamente la generosa contribución de la Vida Consagrada a esta Jornada Mundial de la Juventud, y en su nombre os bendigo de todo corazón. Muchas gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con profesores
universitarios jóvenes***

Basilica de San Lorenzo de El Escorial. Viernes, 19 de agosto de 2011

Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Queridos Hermanos en el Episcopado, Queridos Padres Agustinos, Queridos Profesores y Profesoras, Distinguidas Autoridades,

Amigos todos

Esperaba con ilusión este encuentro con vosotros, jóvenes profesores de las universidades españolas, que prestáis una espléndida colaboración en la difusión de la verdad, en circunstancias no siempre fáciles. Os saludo cordialmente y agradezco las amables palabras de bienvenida, así como la música interpretada, que ha resonado de forma maravillosa en este monasterio de gran belleza artística, testimonio elocuente durante siglos de una vida de oración y estudio. En este emblemático lugar, razón y fe se han fundido armónicamente en la austera piedra para modelar uno de los monumentos más renombrados de España.

Saludo también con particular afecto a aquéllos que, en estos días habéis, participado en Ávila en el Congreso Mundial de Universidades Católicas, bajo el lema: “Identidad y misión de la Universidad Católica”.

Al estar entre vosotros, me vienen a la mente mis primeros pasos como profesor en la Universidad de Bonn. Cuando todavía se apreciaban las heridas de la guerra y eran muchas las carencias materiales, todo lo suplía la ilusión por una actividad apasionante, el trato con colegas de las diversas disciplinas y el deseo de responder a las inquietudes últimas y fundamentales de los alumnos. Esta “universitas” que entonces viví, de profesores y estudiantes que buscan juntos la verdad

en todos los saberes, o como diría Alfonso X el Sabio, ese “ayuntamiento de maestros y escolares con voluntad y entendimiento de aprender los saberes” (*Siete Partidas, partida II, tít. XXXI*), clarifica el sentido y hasta la definición de la Universidad.

En el lema de la presente Jornada Mundial de la Juventud: “Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe” (cf. *Col 2, 7*), podéis también encontrar luz para comprender mejor vuestro ser y quehacer. En este sentido, y como ya escribí en el Mensaje a los jóvenes como preparación para estos días, los términos “arraigados, edificados y firmes” apuntan a fundamentos sólidos para la vida (cf. n. 2).

Pero, ¿dónde encontrarán los jóvenes esos puntos de referencia en una sociedad quebradiza e inestable? A veces, se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también la universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitarios. Sin embargo, vosotros que habéis vivido como yo la Universidad, y que la vivís ahora como docentes, sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que

constituyen al hombre. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano.

En efecto, la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana. Por ello, no es casualidad que fuera la Iglesia quien promoviera la institución universitaria, pues la fe cristiana nos habla de Cristo como el Logos por quien todo fue hecho (cf. *Jn* 1,3), y del ser humano creado a imagen y semejanza de Dios. Esta buena noticia descubre una racionalidad en todo lo creado y contempla al hombre como una criatura que participa y puede llegar a reconocer esa racionalidad. La Universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor.

He ahí vuestra importante y vital misión. Sois vosotros quienes tenéis el honor y la responsabilidad de transmitir ese ideal universitario: un ideal que habéis recibido de vuestros mayores,

muchos de ellos humildes seguidores del Evangelio y que, en cuanto tales, se han convertido en gigantes del espíritu. Debemos sentirnos sus continuadores en una historia bien distinta de la suya, pero en la que las cuestiones esenciales del ser humano siguen reclamando nuestra atención e impulsándonos hacia adelante. Con ellos, nos sentimos unidos a esa cadena de hombres y mujeres que se han entregado a proponer y acreditar la fe ante la inteligencia de los hombres. Y el modo de hacerlo no sólo es enseñarlo, sino vivirlo, encarnarlo, como también el Logos se encarnó para poner su morada entre nosotros. En este sentido, los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinar; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar en el camino hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad. Como ya dijo Platón: “Busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapará de entre las manos” (*Parménides*, 135d). Esta alta aspiración es la más valiosa que podéis transmitir personal y vitalmente a vuestros estudiantes, y no simplemente unas técnicas instrumentales y anónimas, o unos datos fríos, usados sólo funcionalmente.

Por tanto, os animo encarecidamente a no perder nunca dicha sensibilidad e ilusión por la verdad; a no olvidar

que la enseñanza no es una escueta comunicación de contenidos, sino una formación de jóvenes a quienes habéis de comprender y querer, en quienes debéis suscitar esa sed de verdad que poseen en lo profundo y ese afán de superación. Sed para ellos estímulo y fortaleza.

Para esto, es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe. No podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor; ni tampoco amar algo en lo que no vemos racionalidad: pues “no existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor” (*Caritas in veritate*, n. 30). Si verdad y bien están unidos, también lo están conocimiento y amor. De esta unidad deriva la coherencia de vida y pensamiento, la ejemplaridad que se exige a todo buen educador.

En segundo lugar, hay que considerar que la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero no podemos poseerla del todo: más bien, es ella la que nos posee a nosotros y la que nos motiva. En el ejercicio intelectual y docente, la humildad es asimismo una virtud indispensable, que protege de la vanidad que cierra el acceso a la verdad. No debemos atraer a los estudiantes a nosotros mismos,

sino encaminarlos hacia esa verdad que todos buscamos. A esto, os ayudará el Señor, que os propone ser sencillos y eficaces como la sal, o como la lámpara, que da luz sin hacer ruido (cf. *Mt* 5,13-15).

Todo esto nos invita a volver siempre la mirada a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad que nos ilumina, pero que también es el Camino que lleva a la plenitud perdurable, siendo Caminante junto a nosotros y sosteniéndonos con su amor. Arraigados en Él, seréis buenos guías de nuestros jóvenes. Con esa esperanza, os pongo bajo el amparo de la Virgen María, Trono de la Sabiduría, para que Ella os haga colaboradores de su Hijo con una vida colmada de sentido para vosotros mismos y fecunda en frutos, tanto de conocimiento como de fe, para vuestros alumnos. Muchas gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el Vía Crucis con los jóvenes***

*Plaza de Cibeles, Madrid. Viernes, 19
de agosto de 2011*

Queridos jóvenes:

Con piedad y fervor hemos celebrado este Vía Crucis, acompañando a Cristo en su Pasión y Muerte. Los comentarios de las Hermanitas de la Cruz, que sirven a los más pobres y menesterosos, nos han facilitado adentrarnos en

el misterio de la Cruz gloriosa de Cristo, que contiene la verdadera sabiduría de Dios, la que juzga al mundo y a los que se creen sabios (cf. *1 Co* 1,17-19). También nos ha ayudado en este itinerario hacia el Calvario la contemplación de estas extraordinarias imágenes del patrimonio religioso de las diócesis españolas. Son imágenes donde la fe y el arte se armonizan para llegar al corazón del hombre e invitarle a la conversión. Cuando la mirada de la fe es limpia y auténtica, la belleza se pone a su servicio y es capaz de representar los misterios de nuestra salvación hasta conmovernos profundamente y transformar nuestro corazón, como sucedió a Santa Teresa de Jesús al contemplar una imagen de Cristo muy llagado (cf. *Libro de la vida*, 9,1).

Mientras avanzábamos con Jesús, hasta llegar a la cima de su entrega en el Calvario, nos venían a la mente las palabras de san Pablo: «Cristo me amó y se entregó por mí» (*Gál* 2,20). Ante un amor tan desinteresado, llenos de estupor y gratitud, nos preguntamos ahora: ¿Qué haremos nosotros por él? ¿Qué respuesta le daremos? San Juan lo dice claramente: «En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos» (*1 Jn* 3,16). La pasión de Cristo nos impulsa a cargar sobre nuestros hombros el sufrimiento del mundo, con la certeza de que Dios no es alguien distante o lejano del hombre y sus vicisitudes. Al contrario, se hizo uno de nosotros

«para poder compadecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre... Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la con-solatio, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza» (*Spe salvi*, 39).

Queridos jóvenes, que el amor de Cristo por nosotros aumente vuestra alegría y os aliente a estar cerca de los menos favorecidos. Vosotros, que sois muy sensibles a la idea de compartir la vida con los demás, no paséis de largo ante el sufrimiento humano, donde Dios os espera para que entreguéis lo mejor de vosotros mismos: vuestra capacidad de amar y de compadecer. Las diversas formas de sufrimiento que, a lo largo del Vía Crucis, han desfilado ante nuestros ojos son llamadas del Señor para edificar nuestras vidas siguiendo sus huellas y hacer de nosotros signos de su consuelo y salvación. «Sufrir con el otro, por los otros, sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de la humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo» (ibid.).

Que sepamos acoger estas lecciones y llevarlas a la práctica. Miremos para ello a Cristo, colgado en el áspero madero, y pidámosle que nos enseñe esta sabiduría misteriosa de la cruz, gracias a la cual el hombre vive. La cruz no

fue el desenlace de un fracaso, sino el modo de expresar la entrega amorosa que llega hasta la donación más inmensa de la propia vida. El Padre quiso amar a los hombres en el abrazo de su Hijo crucificado por amor. La cruz en su forma y significado representa ese amor del Padre y de Cristo a los hombres. En ella reconocemos el icono del amor supremo, en donde aprendemos a amar lo que Dios ama y como Él lo hace: ésta es la Buena Noticia que devuelve la esperanza al mundo.

Volvamos ahora nuestros ojos a la Virgen María, que en el Calvario nos fue entregada como Madre, y supliquémosle que nos sostenga con su amorosa protección en el camino de la vida, en particular cuando pasemos por la noche del dolor, para que alcancemos a mantenernos como Ella firmes al pie de la cruz. Muchas gracias.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la Santa Misa con los
seminaristas***

Catedral de Santa María la Real de la Almudena de Madrid. Sábado, 20 de agosto de 2011

Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Venerados hermanos en el Episcopado, Queridos sacerdotes y religiosos, Queridos rectores y formadores, Queridos seminaristas,

Amigos todos

Me alegra profundamente celebrar la Santa Misa con todos vosotros, que aspiráis a ser sacerdotes de Cristo para el servicio de la Iglesia y de los hombres, y agradezco las amables palabras de saludo con que me habéis acogido. Esta Santa Iglesia Catedral de Santa María La Real de la Almudena es hoy como un inmenso cenáculo donde el Señor celebra con deseo ardiente su Pascua con quienes un día anheláis presidir en su nombre los misterios de la salvación. Al veros, compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos, permaneciendo así viva la misión de la Iglesia y la oferta del evangelio al mundo. Como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre. Llamados por Él, habéis seguido su voz y atraídos por su mirada amorosa avanzáis hacia el ministerio sagrado. Poned vuestros ojos en Él, que, por su encarnación, es el revelador supremo de Dios al mundo y por su resurrección es el cumplidor fiel de su promesa. Dadle gracias por esta muestra de predilección que tiene con cada uno de vosotros.

La primera lectura que hemos escuchado nos muestra a Cristo como el nuevo y definitivo sacerdote, que hizo de su existencia una ofrenda total. La antífona del salmo se le puede aplicar perfectamente, cuando, al entrar en el mundo, dirigiéndose a su Padre, dijo:

“Aquí estoy para hacer tu voluntad” (cf. *Sal* 39, 8-9). En todo, buscaba agradarle: al hablar y al actuar, recorriendo los caminos o acogiendo a los pecadores. Su vivir fue un servicio y su desvivirse una intercesión perenne, poniéndose en nombre de todos ante el Padre como Primogénito de muchos hermanos. El autor de la carta a los Hebreos afirma que, con esa entrega, perfeccionó para siempre a los que estábamos llamados a compartir su filiación (cf. *Heb* 10,14).

La Eucaristía, de cuya institución nos habla el evangelio proclamado (cf. *Lc* 22,14-20), es la expresión real de esa entrega incondicional de Jesús por todos, también por los que le traicionaban. Entrega de su cuerpo y sangre para la vida de los hombres y para el perdón de sus pecados. La sangre, signo de la vida, nos fue dada por Dios como alianza, a fin de que podamos poner la fuerza de su vida, allí donde reina la muerte a causa de nuestro pecado, y así destruirlo. El cuerpo desgarrado y la sangre vertida de Cristo, es decir, su libertad entregada, se han convertido por los signos eucarísticos en la nueva fuente de la libertad redimida de los hombres. En Él, tenemos la promesa de una redención definitiva y la esperanza cierta de los bienes futuros. Por Cristo, sabemos que no somos caminantes hacia el abismo, hacia el silencio de la nada o de la muerte, sino viajeros hacia una tierra de promisión, hacia Él que es nuestra meta y también nuestro principio.

Queridos amigos, os prepararéis para ser apóstoles con Cristo y como Cristo, para ser compañeros de viaje y servidores de los hombres. ¿Cómo vivir estos años de preparación? Ante todo, deben ser años de silencio interior, de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia. Iglesia que es comunidad e institución, familia y misión, creación de Cristo por su Santo Espíritu y a la vez resultado de quienes la conformamos con nuestra santidad y con nuestros pecados. Así lo ha querido Dios, que no tiene reparo en hacer de pobres y pecadores sus amigos e instrumentos para la redención del género humano. La santidad de la Iglesia es ante todo la santidad objetiva de la misma persona de Cristo, de su evangelio y de sus sacramentos, la santidad de aquella fuerza de lo alto que la anima e impulsa. Nosotros debemos ser santos para no crear una contradicción entre el signo que somos y la realidad que queremos significar.

Meditad bien este misterio de la Iglesia, viviendo los años de vuestra formación con profunda alegría, en actitud de docilidad, de lucidez y de radical fidelidad evangélica, así como en amorosa relación con el tiempo y las personas en medio de las que vivís. Nadie elige el contexto ni a los destinatarios de su misión. Cada época tiene sus problemas, pero Dios da en cada tiempo la gracia oportuna para asumirlos y superarlos con amor y realismo. Por eso, en

cualquier circunstancia en la que se halle, y por dura que ésta sea, el sacerdote ha de fructificar en toda clase de obras buenas, guardando para ello siempre vivas en su interior las palabras del día de su Ordenación, aquéllas con las que se le exhortaba a configurar su vida con el misterio de la cruz del Señor.

Configurarse con Cristo comporta, queridos seminaristas, identificarse cada vez más con Aquél que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima. Configurarse con Él es, en realidad, la tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida. Ya sabemos que nos sobrepasa y no lograremos cumplirla plenamente, pero, como dice san Pablo, corremos hacia la meta esperando alcanzarla (cf. *Flp* 3,12-14).

Pero Cristo, Sumo Sacerdote, es también el Buen Pastor, que cuida de sus ovejas hasta dar la vida por ellas (cf. *Jn* 10,11). Para imitar también en esto al Señor, vuestro corazón ha de ir madurando en el Seminario, estando totalmente a disposición del Maestro. Esta disponibilidad, que es don del Espíritu Santo, es la que inspira la decisión de vivir el celibato por el Reino de los cielos, el desprendimiento de los bienes de la tierra, la austeridad de vida y la obediencia sincera y sin disimulo.

Pedidle, pues, a Él, que os conceda imitarlo en su caridad hasta el extremo para con todos, sin rehuir a los alejados y pecadores, de forma que, con vuestra ayuda, se conviertan y

vuelvan al buen camino. Pedidle que os enseñe a estar muy cerca de los enfermos y de los pobres, con sencillez y generosidad. Afrontad este reto sin complejos ni mediocridad, antes bien, como una bella forma de realizar la vida humana en gratuidad y en servicio, siendo testigos de Dios hecho hombre, mensajeros de la altísima dignidad de la persona humana y, por consiguiente, sus defensores incondicionales. Apoyados en su amor, no os dejéis intimidar por un entorno en el que se pretende excluir a Dios y en el que el poder, el tener o el placer, a menudo, son los principales criterios por los que se rige la existencia. Puede que os menosprecien, como se suele hacer con quienes evocan metas más altas o desenmascaran los ídolos ante los que hoy muchos se postran. Será entonces cuando una vida hondamente enraizada en Cristo se muestre realmente como una novedad y atraiga con fuerza a quienes de veras buscan a Dios, la verdad y la justicia.

Alentados por vuestros formadores, abrid vuestra alma a la luz del Señor para ver si este camino, que requiere valentía y autenticidad, es el vuestro, avanzando hacia el sacerdocio solamente si estáis firmemente persuadidos de que Dios os llama a ser sus ministros y plenamente decididos a ejercerlo obedeciendo las disposiciones de la Iglesia.

Con esa confianza, aprended de Aquél que se definió a sí mismo como

manso y humilde de corazón, despojándoos para ello de todo deseo mundano, de manera que no os busquéis a vosotros mismos, sino que con vuestro comportamiento edificuéis a vuestros hermanos, como hizo el santo patrono del clero secular español, san Juan de Ávila. Animados por su ejemplo, mirad, sobre todo, a la Virgen María, Madre de los sacerdotes. Ella sabrá forjar vuestra alma según el modelo de Cristo, su divino Hijo, y os enseñará siempre a custodiar los bienes que Él adquirió en el Calvario para la salvación del mundo. Amén.

Anuncio de la próxima declaración de San Juan de Ávila, presbítero, Patrono del clero secular español, como Doctor de la Iglesia Universal

Queridos hermanos:

Con gran gozo, quiero anunciar ahora al pueblo de Dios, en este marco de la Santa Iglesia Catedral de Santa María La Real de la Almudena, que, acogiendo los deseos del Señor Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Eminentísimo Cardenal Antonio María Rouco Varela, Arzobispo de Madrid, de los demás Hermanos en el Episcopado de España, así como de un gran número de Arzobispos y Obispos de otras partes del mundo, y de muchos fieles, declararé próximamente a San Juan de Ávila, presbítero, Doctor de la Iglesia universal.

Al hacer pública esta noticia aquí, deseo que la palabra y el ejemplo de este eximio Pastor ilumine a los sacerdotes y a aquéllos que se preparan con ilusión para recibir un día la Sagrada Ordenación.

Invito a todos a que vuelvan la mirada hacia él, y encomiendo a su intercesión a los Obispos de España y de todo el mundo, así como a los presbíteros y seminaristas, para que perseverando en la misma fe de la que él fue maestro, modelen su corazón según los sentimientos de Jesucristo, el Buen Pastor, a quien sea la gloria y el honor por los siglos de los siglos. Amén.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los Comités Organizadores de la XXVI JMJ

Nunciatura apostólica de Madrid. Sábado, 20 de agosto de 2011

Queridos amigos:

Me complace recibirlos en esta Nunciatura Apostólica para agradecerlos vivamente todo lo que habéis llevado a cabo para la organización de esta Jornada Mundial de la Juventud.

Sé muy bien que, desde el momento que se hizo pública la noticia de que la Archidiócesis de Madrid había sido elegida como Sede de esta iniciativa, el Señor Cardenal Antonio María Rouco Varela puso en marcha los trabajos del Comité Organizador Local, en el que, con un profundo

sentido eclesial y extraordinario afecto al Vicario de Cristo, han colaborado los responsables de las diversas áreas que se hallan implicadas en un acontecimiento de esta magnitud, coordinados por Monseñor César Augusto Franco Martínez. Sólo el amor a la Iglesia y el afán por evangelizar a los jóvenes explican este compromiso tan generoso en tiempo y energías, que dará un abundante fruto apostólico. Durante meses habéis entregado lo mejor de vosotros mismos al servicio de la misión de la Iglesia. Dios os lo premiará con el ciento por uno. No sólo a vosotros, sino a vuestras familias e instituciones, que, con abnegación, han sostenido vuestra dedicación y esmero. Si, como dice Jesús, ni un vaso de agua dado en su nombre quedará sin recompensa, ¡cuánto más la entrega diaria y permanente a la organización de un hecho eclesial de tanto relieve como el que estamos viviendo! Gracias a cada uno de vosotros.

De igual modo, quiero manifestar mi gratitud a los miembros de la Comisión Mixta, formada por el Arzobispado de Madrid y las Administraciones del Estado, de la Comunidad de Madrid y del Ayuntamiento de la Villa, que, también, desde el inicio de la preparación de esta Jornada Mundial de la Juventud, se constituyó con la mirada puesta en los cientos de miles de jóvenes peregrinos que han llegado a Madrid, ciudad abierta, hermosa y solidaria. Ciertamente, sin esta colaboración solícita, no se habría podido realizar un evento de tanta complejidad y trascendencia. A este respecto, sé bien que las diversas entidades se han puesto a

disposición del Comité Organizador Local, sin escatimar esfuerzos y en un clima de amable cooperación, que honra a esta noble Nación y al reconocido espíritu de hospitalidad de los españoles.

La eficacia de esta comisión manifiesta que no sólo es posible la colaboración entre la Iglesia y las instituciones civiles, sino que, cuando se orientan al servicio de una iniciativa de tan largo alcance, como es la que nos ocupa, se hace verdad el principio de que el bien integra a todos en la unidad. Por ello, quiero expresar a los representantes de las respectivas Administraciones, que han trabajado denodadamente por el éxito de esta Jornada Mundial, mi más sentido y cordial agradecimiento en nombre de la Iglesia y de los jóvenes que disfrutaron en estos días de vuestra acogida y solicitud.

Para todos vosotros, vuestras familias e instituciones, invoco del Señor la abundancia de sus dones. Muchas gracias.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la visita a la Fundación Instituto
San José***

Sábado, 20 de agosto de 2011

Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Queridos hermanos en el Episcopado, Queridos sacerdotes y religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, Distinguidas Autoridades,

Queridos jóvenes, familiares y voluntarios aquí presentes.

Gracias de corazón por el amable saludo y la cordial acogida que me habéis dispensado.

Esta noche, antes de la vigilia de oración con los jóvenes de todo el mundo que han venido a Madrid para participar en esta Jornada Mundial de la Juventud, tenemos ocasión de pasar algunos momentos juntos y así poder manifestaros la cercanía y el aprecio del Papa por cada uno de vosotros, por vuestras familias y por todas las personas que os acompañan y cuidan en esta Fundación del Instituto San José.

La juventud, lo hemos recordado otras veces, es la edad en la que la vida se desvela a la persona con toda la riqueza y plenitud de sus potencialidades, impulsando la búsqueda de metas más altas que den sentido a la misma. Por eso, cuando el dolor aparece en el horizonte de una vida joven, quedamos desconcertados y quizá nos preguntemos: ¿Puede seguir siendo grande la vida cuando irrumpe en ella el sufrimiento? A este respecto, en mi encíclica sobre la esperanza cristiana, decía: “La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre (...). Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que

el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana” (*Spe salvi*, 38). Estas palabras reflejan una larga tradición de humanidad que brota del ofrecimiento que Cristo hace de sí mismo en la Cruz por nosotros y por nuestra redención. Jesús y, siguiendo sus huellas, su Madre Dolorosa y los santos son los testigos que nos enseñan a vivir el drama del sufrimiento para nuestro bien y la salvación del mundo.

Estos testigos nos hablan, ante todo, de la dignidad de cada vida humana, creada a imagen de Dios. Ninguna aflicción es capaz de borrar esta impronta divina grabada en lo más profundo del hombre. Y no sólo: desde que el Hijo de Dios quiso abrazar libremente el dolor y la muerte, la imagen de Dios se nos ofrece también en el rostro de quien padece. Esta especial predilección del Señor por el que sufre nos lleva a mirar al otro con ojos limpios, para darle, además de las cosas externas que precisa, la mirada de amor que necesita. Pero esto únicamente es posible realizarlo como fruto de un encuentro personal con Cristo. De ello, sois muy conscientes vosotros, religiosos, familiares, profesionales de la salud y voluntarios que vivís y trabajáis cotidianamente con estos jóvenes. Vuestra vida y dedicación proclaman la grandeza a la que está llamado el hombre: compadecerse y acompañar por amor a quien sufre, como ha hecho Dios mismo. Y en vuestra hermosa labor, resue-

nan también las palabras evangélicas: “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25, 40).

Por otro lado, vosotros sois también testigos del bien inmenso que constituye la vida de estos jóvenes para quien está a su lado y para la humanidad entera. De manera misteriosa pero muy real, su presencia suscita en nuestros corazones, frecuentemente endurecidos, una ternura que nos abre a la salvación. Ciertamente, la vida de estos jóvenes cambia el corazón de los hombres y, por ello, estamos agradecidos al Señor por haberlos conocido.

Queridos amigos, nuestra sociedad, en la que demasiado a menudo se pone en duda la dignidad inestimable de la vida, de cada vida, os necesita: vosotros contribuís decididamente a edificar la civilización del amor. Más aún, sois protagonistas de esta civilización. Y como hijos de la Iglesia ofrecéis al Señor vuestras vidas, con sus penas y sus alegrías, colaborando con Él y entrando “a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano” (*Spe salvi*, 40).

Con afecto entrañable, y por intercesión de San José, de San Juan de Dios y de San Benito Menni, os encomiendo de todo corazón a Dios nuestro Señor: que Él sea vuestra fuerza y vuestro premio. De su amor sea signo la Bendición Apostólica que os imparto a vosotros y a todos vuestros familiares y amigos. Muchas gracias.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la Vigilia de Oración con los jóvenes

*Aeropuerto Cuatro Vientos de Madrid
.Sábado, 20 de agosto de 2011*

Queridos amigos:

Os saludo a todos, pero en particular a los jóvenes que me han formulado sus preguntas, y les agradezco la sinceridad con que han planteado sus inquietudes, que expresan en cierto modo el anhelo de todos vosotros por alcanzar algo grande en la vida, algo que os dé plenitud y felicidad.

Pero, ¿cómo puede un joven ser fiel a la fe cristiana y seguir aspirando a grandes ideales en la sociedad actual? En el evangelio que hemos escuchado, Jesús nos da una respuesta a esta importante cuestión: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor» (*Jn* 15, 9).

Sí, queridos amigos, Dios nos ama. Ésta es la gran verdad de nuestra vida y que da sentido a todo lo demás. No somos fruto de la casualidad o la irracionalidad, sino que en el origen de nuestra existencia hay un proyecto de amor de Dios. Permanecer en su amor significa entonces vivir arraigados en la fe, porque la fe no es la simple aceptación de unas verdades abstractas, sino una relación íntima con Cristo que nos lleva a abrir nuestro corazón a este misterio de amor y a vivir como personas que se saben amadas por Dios.

Si permanecéis en el amor de Cristo, arraigados en la fe, encontraréis, aun en medio de contrariedades y sufrimientos, la raíz del gozo y la alegría. La fe no se opone a vuestros ideales más altos, al contrario, los exalta y perfecciona. Queridos jóvenes, no os conforméis con menos que la Verdad y el Amor, no os conforméis con menos que Cristo.

Precisamente ahora, en que la cultura relativista dominante renuncia y desprecia la búsqueda de la verdad, que es la aspiración más alta del espíritu humano, debemos proponer con coraje y humildad el valor universal de Cristo, como salvador de todos los hombres y fuente de esperanza para nuestra vida. Él, que tomó sobre sí nuestras aflicciones, conoce bien el misterio del dolor humano y muestra su presencia amorosa en todos los que sufren. Éstos, a su vez, unidos a la pasión de Cristo, participan muy de cerca en su obra de redención. Además, nuestra atención desinteresada a los enfermos y postergados, siempre será un testimonio humilde y callado del rostro compasivo de Dios.

Queridos amigos, que ninguna adversidad os paralice. No tengáis miedo al mundo, ni al futuro, ni a vuestra debilidad. El Señor os ha otorgado vivir en este momento de la historia, para que gracias a vuestra fe siga resonando su Nombre en toda la tierra.

En esta vigilia de oración, os invito a pedir a Dios que os ayude a descu-

brir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad. Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga.

A muchos, el Señor los llama al matrimonio, en el que un hombre y una mujer, formando una sola carne (cf. *Gn 2, 24*), se realizan en una profunda vida de comunión. Es un horizonte luminoso y exigente a la vez. Un proyecto de amor verdadero que se renueva y ahonda cada día compartiendo alegrías y dificultades, y que se caracteriza por una entrega de la totalidad de la persona. Por eso, reconocer la belleza y bondad del matrimonio, significa ser conscientes de que sólo un ámbito de fidelidad e indisolubilidad, así como de apertura al don divino de la vida, es el adecuado a la grandeza y dignidad del amor matrimonial.

A otros, en cambio, Cristo los llama a seguirlo más de cerca en el sacerdocio o en la vida consagrada. Qué hermoso es saber que Jesús te busca, se fija en ti y con su voz inconfundible te dice también a ti: « ¡Sígueme! » (cf. *Mc 2,14*).

Queridos jóvenes, para descubrir y seguir fielmente la forma de vida a la que el Señor os llame a cada uno, es indispensable permanecer en su amor como amigos. Y, ¿cómo se mantiene la amistad si no es con el trato frecuen-

te, la conversación, el estar juntos y el compartir ilusiones o pesares? Santa Teresa de Jesús decía que la oración es «tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» (cf. *Libro de la vida*, 8).

Os invito, pues, a permanecer ahora en la adoración a Cristo, realmente presente en la Eucaristía. A dialogar con Él, a poner ante Él vuestras preguntas y a escucharlo. Queridos amigos, yo rezo por vosotros con toda el alma. Os suplico que recéis también por mí. Pidámosle al Señor en esta noche que, atraídos por la belleza de su amor, vivamos siempre fielmente como discípulos suyos. Amén.

Queridos amigos: Gracias por vuestra alegría y resistencia. Vuestra fuerza es mayor que la lluvia. Gracias. El Señor con la lluvia nos ha mandado muchas bendiciones. También con esto sois un ejemplo.

Saludo en francés

Chers jeunes francophones, soyez fiers d'avoir reçu le don de la foi, c'est elle qui illuminera votre vie à chaque instant. Appuyez-vous sur la foi de vos proches, sur la foi de l'Église ! Par la foi, nous sommes fondés dans le Christ. Retrouvez-vous avec d'autres pour l'approfondir, fréquentez l'Eucharistie, mystère de la foi par excellence. Le Christ seul peut répondre aux aspirations que vous portez en vous. Laissez-vous saisir par Dieu pour que

votre présence dans l'Église lui donne un élan nouveau!

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua francesa, estad orgullosos por haber recibido el don de la fe, que iluminará vuestra vida en todo momento. Apoyaos en la fe de aquéllos que están cerca de vosotros, en la fe de la Iglesia. Gracias a la fe estamos cimentados en Cristo. Encontraros con otros para profundizar en ella, participad en la Eucaristía, misterio de la fe por excelencia. Solamente Cristo puede responder a vuestras aspiraciones. Dejaros conquistar por Dios para que vuestra presencia dé a la Iglesia un impulso nuevo].

Saludo en inglés

Dear young people, in these moments of silence before the Blessed Sacrament, let us raise our minds and hearts to Jesus Christ, the Lord of our lives and of the future. May he pour out his Spirit upon us and upon the whole Church, that we may be a beacon of freedom, reconciliation and peace for the whole world.

[Traducción española: Queridos jóvenes, en estos momentos de silencio delante del Santísimo Sacramento, elevemos nuestras mentes y corazones a Jesucristo, el Señor de nuestras vidas y del futuro. Que Él derrame su Espíritu sobre nosotros y sobre toda la Iglesia, para que seamos promotores de libertad, reconciliación y paz en todo el mundo].

Saludo en alemán

Liebe junge Christen deutscher Sprache! Tief in unserem Herzen sehnen wir uns nach dem Großen und Schönen im Leben. Laßt eure Wünsche und Sehnsüchte nicht ins Leere laufen, sondern macht sie fest in Jesus Christus. Er selber ist der Grund, der trägt, und der sichere Bezugspunkt für ein erfülltes Leben.

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua alemana. En el fondo, lo que nuestro corazón desea es lo bueno y bello de la vida. No permitáis que vuestros deseos y anhelos caigan en el vacío, antes bien haced que cobren fuerza en Cristo. Él es el cimiento firme, el punto de referencia seguro para una vida plena].

Saludo en italiano

Mi rivolgo ora ai giovani di lingua italiana. Cari amici, questa Veglia rimarrà come un'esperienza indimenticabile della vostra vita. Custodite la fiamma che Dio ha acceso nei vostri cuori in questa notte: fate in modo che non si spenga, alimentatela ogni giorno, condividetela con i vostri coetanei che vivono nel buio e cercano una luce per il loro cammino. Grazie! Arrivederci a domani mattina!

[Traducción española: Me dirijo ahora a los jóvenes de lengua italiana. Queridos amigos, esta Vigilia quedará como una experiencia inolvidable en

vuestra vida. Conservad la llama que Dios ha encendido en vuestros corazones en esta noche: procurad que no se apague, alimentadla cada día, compartidla con vuestros coetáneos que viven en la oscuridad y buscan una luz para su camino. Gracias. Adiós. Hasta mañana].

Saludo en portugués

Meus queridos amigos, convido cada um e cada uma de vós a estabelecer um diálogo pessoal com Cristo, expondo-Lhe as próprias dúvidas e sobretudo escutando-O. O Senhor está aqui e chama-te! Jovens amigos, vale a pena ouvir dentro de nós a Palavra de Jesus e caminhar seguindo os seus passos. Pedi ao Senhor que vos ajude a descobrir a vossa vocação na vida e na Igreja, e a perseverar nela com alegria e fidelidade, sabendo que Ele nunca vos abandona nem atraiçoa! Ele está conosco até ao fim do mundo.

[Traducción española: Mis queridos amigos, os invito a todos a establecer un diálogo personal con Cristo, exponiéndole las propias dudas y sobre todo escuchándolo. El Señor está aquí y os llama. Jóvenes amigos, vale la pena escuchar en nuestro interior la Palabra de Jesús y caminar siguiendo sus pasos. Pedid al Señor que os ayude a descubrir vuestra vocación en la vida y en la Iglesia, y a perseverar en ella con alegría y fidelidad, sabiendo que Él nunca os abandonará ni os traicionará. Él está con nosotros hasta el fin del mundo].

Saludo en polaco

Drodzy młodzi przyjaciele z Polski! To nasze modlitewne czuwanie przenika obecność Chrystusa. Pewni Jego miłości zbliżcie się do Niego płomieniem waszej wiary. On was napełni Swoim życiem. Budujcie wasze życie na Chrystusie i Jego Ewangelii. Z serca wam błogosławię.

[Traducción española: Queridos amigos procedentes de Polonia. Esta vigilia de oración está colmada de la presencia de Cristo. Seguros de su amor, acercaos a Él con la llama de vuestra fe. Él os colmará de su vida. Edificad vuestra vida sobre Cristo y su Evangelio. Os bendigo de corazón].

* * *

Queridos jóvenes:

Hemos vivido una aventura juntos. Firmes en la fe en Cristo habéis resistido la lluvia. Antes de marcharme, deseo daros las buenas noches a todos. Que descanséis bien. Gracias por el sacrificio que estáis haciendo y que no dudo ofreceréis generosamente al Señor. Nos vemos mañana, si Dios quiere, en la celebración eucarística. Os espero a todos. Os doy las gracias por el maravilloso ejemplo que habéis dado. Igual que esta noche, con Cristo podréis siempre afrontar las pruebas de la vida. No lo olvidéis. Gracias a todos.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
al inicio de la celebración
eucarística para la XXVI Jornada
Mundial de la Juventud***

Aeropuerto Cuatro Vientos de Madrid. Domingo, 21 de agosto de 2011

Queridos jóvenes:

He pensado mucho en vosotros en estas horas que no nos hemos visto. Espero que hayáis podido dormir un poco, a pesar de las inclemencias del tiempo. Seguro que en esta madrugada habréis levantado los ojos al cielo más de una vez, y no sólo los ojos, también el corazón, y esto os habrá permitido rezar. Dios saca bienes de todo. Con esta confianza, y sabiendo que el Señor nunca nos abandona, comenzamos nuestra celebración eucarística llenos de entusiasmo y firmes en la fe.

* * *

HOMILÍA

Queridos jóvenes:

Con la celebración de la Eucaristía llegamos al momento culminante de esta Jornada Mundial de la Juventud. Al veros aquí, venidos en gran número de todas partes, mi corazón se llena de gozo pensando en el afecto especial con el que Jesús os mira. Sí, el Señor os quiere y os llama amigos suyos (cf. *Jn* 15,15). Él viene a vuestro encuentro y desea acompañaros en vuestro camino,

para abriros las puertas de una vida plena, y haceros partícipes de su relación íntima con el Padre. Nosotros, por nuestra parte, conscientes de la grandeza de su amor, deseamos corresponder con toda generosidad a esta muestra de predilección con el propósito de compartir también con los demás la alegría que hemos recibido. Ciertamente, son muchos en la actualidad los que se sienten atraídos por la figura de Cristo y desean conocerlo mejor. Perciben que Él es la respuesta a muchas de sus inquietudes personales. Pero, ¿quién es Él realmente? ¿Cómo es posible que alguien que ha vivido sobre la tierra hace tantos años tenga algo que ver conmigo hoy?

En el evangelio que hemos escuchado (cf. *Mt* 16, 13-20), vemos representados como dos modos distintos de conocer a Cristo. El primero consistiría en un conocimiento externo, caracterizado por la opinión corriente. A la pregunta de Jesús: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?», los discípulos responden: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Es decir, se considera a Cristo como un personaje religioso más de los ya conocidos. Después, dirigiéndose personalmente a los discípulos, Jesús les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro responde con lo que es la primera confesión de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». La fe va más allá de los simples datos empíricos o históricos, y es capaz de captar el

misterio de la persona de Cristo en su profundidad.

Pero la fe no es fruto del esfuerzo humano, de su razón, sino que es un don de Dios: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Tiene su origen en la iniciativa de Dios, que nos desvela su intimidad y nos invita a participar de su misma vida divina. La fe no proporciona solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Así, la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», en el fondo está impulsando a los discípulos a tomar una decisión personal en relación a Él. Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él. También Pedro y los demás apóstoles tuvieron que avanzar por este camino, hasta que el encuentro con el Señor resucitado les abrió los ojos a una fe plena.

Queridos jóvenes, también hoy Cristo se dirige a vosotros con la misma pregunta que hizo a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Respondedle con generosidad y valen-

tía, como corresponde a un corazón joven como el vuestro. Decidle: Jesús, yo sé que Tú eres el Hijo de Dios que has dado tu vida por mí. Quiero seguirte con fidelidad y dejarme guiar por tu palabra. Tú me conoces y me amas. Yo me fío de ti y pongo mi vida entera en tus manos. Quiero que seas la fuerza que me sostenga, la alegría que nunca me abandone.

En su respuesta a la confesión de Pedro, Jesús habla de la Iglesia: «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». ¿Qué significa esto? Jesús construye la Iglesia sobre la roca de la fe de Pedro, que confiesa la divinidad de Cristo. Sí, la Iglesia no es una simple institución humana, como otra cualquiera, sino que está estrechamente unida a Dios. El mismo Cristo se refiere a ella como «su» Iglesia. No se puede separar a Cristo de la Iglesia, como no se puede separar la cabeza del cuerpo (cf. *1Co* 12,12). La Iglesia no vive de sí misma, sino del Señor. Él está presente en medio de ella, y le da vida, alimento y fortaleza.

Queridos jóvenes, permitidme que, como Sucesor de Pedro, os invite a fortalecer esta fe que se nos ha transmitido desde los Apóstoles, a poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de vuestra vida. Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de

ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.

Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros. Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor. Para el crecimiento de vuestra amistad con Cristo es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos, así como la participación en la Eucaristía de cada domingo, la recepción frecuente del sacramento del perdón, y el cultivo de la oración y meditación de la Palabra de Dios.

De esta amistad con Jesús, nacerá también el impulso que lleva a dar testimonio de la fe en los más diversos ambientes, incluso allí donde hay rechazo o indiferencia. No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios. Pienso que vuestra presencia aquí, jóvenes venidos de los cinco continentes, es una maravillosa prueba de la fecundidad del mandato de Cristo a la Igle-

sia: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (Mc 16,15). También a vosotros os incumbe la extraordinaria tarea de ser discípulos y misioneros de Cristo en otras tierras y países donde hay multitud de jóvenes que aspiran a cosas más grandes y, vislumbrando en sus corazones la posibilidad de valores más auténticos, no se dejan seducir por las falsas promesas de un estilo de vida sin Dios.

Queridos jóvenes, rezo por vosotros con todo el afecto de mi corazón. Os encomiendo a la Virgen María, para que ella os acompañe siempre con su intercesión maternal y os enseñe la fidelidad a la Palabra de Dios. Os pido también que recéis por el Papa, para que, como Sucesor de Pedro, pueda seguir confirmando a sus hermanos en la fe. Que todos en la Iglesia, pastores y fieles, nos acerquemos cada día más al Señor, para que crezcamos en santidad de vida y demos así un testimonio eficaz de que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador de todos los hombres y la fuente viva de su esperanza. Amén.

ÁNGELUS

Aeropuerto Cuatro Vientos de Madrid. Domingo, 21 de agosto de 2011

Queridos amigos,

Ahora vais a regresar a vuestros lugares de residencia habitual. Vuestros amigos

querrán saber qué es lo que ha cambiado en vosotros después de haber estado en esta noble Villa con el Papa y cientos de miles de jóvenes de todo el orbe: ¿Qué vais a decirles? Os invito a que deis un audaz testimonio de vida cristiana ante los demás. Así seréis fermento de nuevos cristianos y haréis que la Iglesia despunte con pujanza en el corazón de muchos.

¡Cuánto he pensado en estos días en aquellos jóvenes que aguardan vuestro regreso! Transmitidles mi afecto, en particular a los más desfavorecidos, y también a vuestras familias y a las comunidades de vida cristiana a las que pertenecéis.

No puedo dejar de confesaros que estoy realmente impresionado por el número tan significativo de Obispos y sacerdotes presentes en esta Jornada. A todos ellos, doy las gracias muy desde el fondo del alma, animándolos al mismo tiempo a seguir cultivando la pastoral juvenil con entusiasmo y dedicación.

Saludo con afecto al Señor Arzobispo castrense y agradezco vivamente al Ejército del Aire el haber cedido con tanta generosidad la Base Aérea de Cuatro Vientos, precisamente en el centenario de la creación de la aviación militar española. Pongo a todos los que la integran y a sus familias bajo el materno amparo de María Santísima, en su advocación de Nuestra Señora de Loreto.

Asimismo, y al conmemorarse ayer el tercer aniversario del grave accidente aéreo

ocurrido en el aeropuerto de Barajas, que ocasionó numerosas víctimas y heridos, deseo hacer llegar mi cercanía espiritual y mi afecto entrañable a todos los afectados por ese lamentable suceso, así como a los familiares de los fallecidos, cuyas almas encomendamos a la misericordia de Dios.

Me complace anunciar ahora que la sede de la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en el dos mil trece, será Río de Janeiro. Pidamos al Señor ya desde este instante que asista con su fuerza a cuantos han de ponerla en marcha y allane el camino a los jóvenes de todo el mundo para que puedan reunirse nuevamente con el Papa en esa bella ciudad brasileña.

Queridos amigos, antes de despedirnos, y a la vez que los jóvenes de España entregan a los de Brasil la cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud, como Sucesor de Pedro, confío a todos los aquí presentes este gran cometido: Llevad el conocimiento y el amor de Cristo por todo el mundo. Él quiere que seáis sus apóstoles en el siglo veintiuno y los mensajeros de su alegría. ¡No lo defraudéis! Muchas gracias.

Saludo en francés

Chers jeunes de langue française, le Christ vous demande aujourd'hui d'être enracinés en Lui et de bâtir avec Lui votre vie sur le roc qu'il est Lui-même. Il vous envoie pour être des témoins courageux et sans complexes, authentiques et crédibles ! N'ayez pas peur d'être catholiques, d'en témoigner

toujours autour de vous avec simplicité et sincérité ! Que l'Église trouve en vous et en votre jeunesse les missionnaires joyeux de la Bonne Nouvelle!

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua francesa, Cristo os pide hoy que estéis arraigados en Él y construyáis con Él vuestra vida sobre la roca que es Él mismo. Él os envía para que seáis testigos valientes y sin complejos, auténticos y creíbles. No tengáis miedo de ser católicos, dando siempre testimonio de ello a vuestro alrededor, con sencillez y sinceridad. Que la Iglesia halle en vosotros y en vuestra juventud a los misioneros gozosos de la Buena Noticia].

Saludo en inglés

I greet all the English-speaking young people present here today! As you return home, take back with you the good news of Christ's love which we have experienced in these unforgettable days. Fix your eyes upon him, deepen your knowledge of the Gospel and bring forth abundant fruit! God bless all of you until we meet again!

[Traducción española: Saludo a todos los jóvenes de lengua inglesa que están hoy aquí. Al regresar a vuestra casa, llevad con vosotros la Buena Noticia del amor de Cristo, que habéis experimentado en estos días inolvidables. Con los ojos fijos en Él, profundizad en vuestro conocimiento del Evangelio y dad abundantes frutos. Dios os bendiga hasta que nos encontremos nuevamente].

Saludo en alemán

Meine lieben Freunde! Glaube ist keine Theorie. Glauben heißt, in eine persönliche Beziehung zu Jesus zu treten und die Freundschaft mit ihm in Gemeinschaft mit anderen, in der Gemeinschaft der Kirche zu leben. Vertraut Christus euer ganzes Leben an, und helft euren Freunden, daß auch sie zur Quelle des Lebens, zu Gott gelangen. Der Herr mache euch zu frohen Zeugen seiner Liebe.

[Traducción española: Mis queridos amigos. La fe no es una teoría. Creer significa entrar en una relación personal con Jesús y vivir la amistad con Él en comunión con los demás, en la comunidad de la Iglesia. Confiad a Cristo toda vuestra vida, y ayudad a vuestros amigos a alcanzar la fuente de la vida: Dios. Que el Señor haga de vosotros testigos gozosos de su amor].

Saludo en italiano

Cari giovani di lingua italiana! Vi saluto tutti! L'Eucaristia che abbiamo celebrato è Cristo risorto presente e vivo in mezzo a noi: grazie a Lui, la vostra vita è radicata e fondata in Dio, salda nella fede. Con questa certezza, ripartite da Madrid e annunciate a tutti ciò che avete visto e udito. Rispondete con gioia alla chiamata del Signore, seguitelo e rimanete sempre uniti a Lui: porterete molto frutto!

[Traducción española: Queridos jóvenes de lengua italiana. Os saludo a todos. La Eucaristía que hemos celebrado es Cris-

to Resucitado, presente y vivo en medio de nosotros: Gracias a Él, vuestra vida está arraigada y fundada en Dios, firme en la fe. Con esta certeza, marchad de Madrid y anunciad a todos lo que habéis visto y oído. Responded con gozo a la llamada del Señor, seguidlo y permaneced siempre unidos a Él: daréis mucho fruto].

Saludo en português

Queridos jovens e amigos de língua portuguesa, encontrastes Jesus Cristo! Sentir-vos-eis em contra-corrente no meio duma sociedade onde impera a cultura relativista que renuncia a buscar e a possuir a verdade. Mas foi para este momento da história, cheio de grandes desafios e oportunidades, que o Senhor vos mandou: para que, graças à vossa fé, continue a ressoar a Boa Nova de Cristo por toda a terra. Espero poder encontrar-vos daqui a dois anos, na próxima Jornada Mundial da Juventude, no Rio de Janeiro, Brasil. Até lá, rezemos uns pelos outros, dando testemunho da alegria que brota de viver enraizados e edificados em Cristo. Até breve, queridos jovens! Que Deus vos abençoe!

[Traducción española: Queridos jóvenes y amigos de lengua portuguesa, habéis encontrado a Jesucristo. Os sentiréis yendo contra corriente en medio de una sociedad donde impera la cultura relativista que renuncia a buscar y a poseer la verdad. Pero el Señor os ha enviado en este momento de la historia, lleno de grandes desafíos y oportunidades, para que, gracias a vuestra fe, siga resonando por toda la tie-

ra la Buena Nueva de Cristo. Espero poder encontraros dentro de dos años en la próxima Jornada Mundial de la Juventud, en Río de Janeiro, Brasil. Hasta entonces, recemos unos por otros, dando testimonio de la alegría que brota de vivir enraizados y edificados en Cristo. Hasta pronto, queridos jóvenes. Que Dios os bendiga].

Saludo en polaco:

Drodzy młodzi Polacy, silni wiarą, zakorzenieni w Chrystusie! Niech owocują w was otrzymane w tych dniach od Boga talenty. Bądźcie Jego świadkami. Nieście innym orędzie Ewangelii. Waszą modlitwą i przykładem życia pomagajcie Europie odnaleźć jej chrześcijańskie korzenie.

[Traducción española: Queridos jóvenes polacos, firmes en la fe, arraigados en Cristo. Los talentos recibidos de Dios en estos días produzcan en vosotros abundantes frutos. Sed sus testigos. Llevad a los demás el mensaje del Evangelio. Con vuestra oración y con el ejemplo de la vida, ayudad a Europa a encontrar sus raíces cristianas].

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante el encuentro con los
voluntarios de la XXVI JMJ***

Pabellón 9 de la Feria de Madrid-IFEMA. Domingo. 21 de agosto de 2011

Queridos voluntarios

Al concluir los actos de esta inolvidable Jornada Mundial de la Juventud,

he querido detenerme aquí, antes de regresar a Roma, para daros las gracias muy vivamente por vuestro inestimable servicio. Es un deber de justicia y una necesidad del corazón. Deber de justicia, porque, gracias a vuestra colaboración, los jóvenes peregrinos han podido encontrar una amable acogida y una ayuda en todas sus necesidades. Con vuestro servicio habéis dado a la Jornada Mundial el rostro de la amabilidad, la simpatía y la entrega a los demás.

Mi gratitud es también una necesidad del corazón, porque no sólo habéis estado atentos a los peregrinos, sino también al Papa, a mí. En todos los actos en los que he participado, allí estabais vosotros: unos visiblemente y otros en un segundo plano, haciendo posible el orden requerido para que todo fuera bien. No puedo tampoco olvidar el esfuerzo de la preparación de estos días. Cuántos sacrificios, cuánto cariño. Todos, cada uno como sabía y podía, puntada a puntada, habéis ido tejiendo con vuestro trabajo y oración el maravilloso cuadro multicolor de esta Jornada. Muchas gracias por vuestra dedicación. Os agradezco este gesto entrañable de amor.

Muchos de vosotros habéis debido renunciar a participar de un modo directo en los actos, al tener que ocuparos de otras tareas de la organización. Sin embargo, esa renuncia ha sido un modo hermoso y evangélico de participar en la Jornada: el de la entrega a los demás de la que habla Jesús. En cierto sentido, habéis hecho realidad las palabras del

Señor: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35). Tengo la certeza de que esta experiencia como voluntarios os ha enriquecido a todos en vuestra vida cristiana, que es fundamentalmente un servicio de amor. El Señor transformará vuestro cansancio acumulado, las preocupaciones y el agobio de muchos momentos en frutos de virtudes cristianas: paciencia, mansedumbre, alegría en el darse a los demás, disponibilidad para cumplir la voluntad de Dios. Amar es servir y el servicio acrecienta el amor. Pienso que es éste uno de los frutos más bellos de vuestra contribución a la Jornada Mundial de la Juventud. Pero esta cosecha no la recogéis solo vosotros, sino la Iglesia entera que, como misterio de comunión, se enriquece con la aportación de cada uno de sus miembros.

Al volver ahora a vuestra vida ordinaria, os animo a que guardéis en vuestro corazón esta gozosa experiencia y a que crezcáis cada día más en la entrega de vosotros mismos a Dios y a los hombres. Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esa inquietud, dejaos llevar por el Señor y ofreceos como voluntarios al servicio de Aquél que «no ha venido a ser servido

sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mc 10,45). Vuestra vida alcanzará una plenitud insospechada. Quizás alguno esté pensando: el Papa ha venido a darnos las gracias y se va pidiendo. Sí, así es. Ésta es la misión del Papa, Sucesor de Pedro. Y no olvidéis que Pedro, en su primera carta, recuerda a los cristianos el precio con que han sido rescatados: el de la sangre de Cristo (cf. *1P* 1, 18-19). Quien valora su vida desde esta perspectiva sabe que al amor de Cristo sólo se puede responder con amor, y eso es lo que os pide el Papa en esta despedida: que respondáis con amor a quien por amor se ha entregado por vosotros. Gracias de nuevo y que Dios vaya siempre con vosotros.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en la ceremonia de despedida***

Aeropuerto internacional Barajas de Madrid. Domingo, 21 de agosto de 2011

Majestades, Distinguidas Autoridades nacionales, autonómicas y locales, Señor Cardenal Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Señores Cardenales y Hermanos en el Episcopado,

Amigos todos:

Ha llegado el momento de despedirnos. Estos días pasados en Madrid, con una representación tan numerosa

de jóvenes de España y todo el mundo, quedarán hondamente grabados en mi memoria y en mi corazón.

Majestad, el Papa se ha sentido muy bien en España. También los jóvenes protagonistas de esta Jornada Mundial de la Juventud han sido muy bien acogidos aquí y en tantas ciudades y localidades españolas, que han podido visitar en los días previos a la Jornada.

Gracias a Vuestra Majestad por sus cordiales palabras y por haber querido acompañarme tanto en el recibimiento como, ahora, al despedirme. Gracias a las Autoridades nacionales, autonómicas y locales, que han mostrado con su cooperación fina sensibilidad por este acontecimiento internacional. Gracias a los miles de voluntarios, que han hecho posible el buen desarrollo de todas las actividades de este encuentro: los diversos actos literarios, musicales, culturales y religiosos del «Festival joven», las catequesis de los Obispos y los actos centrales celebrados con el Sucesor de Pedro. Gracias a las fuerzas de seguridad y del orden, así como a los que han colaborado prestando los más variados servicios: desde el cuidado de la música y de la liturgia, hasta el transporte, la atención sanitaria y los avituallamientos.

España es una gran Nación que, en una convivencia sanamente abierta, plural y respetuosa, sabe y puede progresar sin renunciar a su alma profundamente religiosa y católica. Lo ha manifestado una vez más en estos días, al desplegar su capa-

cidad técnica y humana en una empresa de tanta trascendencia y de tanto futuro, como es el facilitar que la juventud hunda sus raíces en Jesucristo, el Salvador.

Una palabra de especial gratitud se debe a los organizadores de la Jornada: al Cardenal Presidente del Pontificio Consejo para los Laicos y a todo el personal de ese Dicasterio; al Señor Cardenal Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, junto con sus Obispos auxiliares y toda la archidiócesis; en particular, al Coordinador General de la Jornada, Monseñor César Augusto Franco Martínez, y a sus colaboradores, tantos y tan generosos. Los Obispos han trabajado con solicitud y abnegación en sus diócesis para la esmerada preparación de la Jornada, junto con los sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos. A todos, mi reconocimiento, junto con mi súplica al Señor para que bendiga sus afanes apostólicos.

Y no puedo dejar de dar las gracias de todo corazón a los jóvenes por haber venido a esta Jornada, por su participación alegre, entusiasta e intensa. A ellos les digo: Gracias y enhorabuena por el testimonio que habéis dado en Madrid y en el resto de ciudades españolas en las que habéis estado. Os invito ahora a difundir por todos los rincones del mundo la gozosa y profunda experiencia de fe vivida en este noble País. Transmitid vuestra alegría especialmente a los que hubieran querido venir y no han podido hacerlo por las más diversas circunstancias, a tantos como han rezado por vosotros y a

quienes la celebración misma de la Jornada les ha tocado el corazón. Con vuestra cercanía y testimonio, ayudad a vuestros amigos y compañeros a descubrir que amar a Cristo es vivir en plenitud.

Dejo España contento y agradecido a todos. Pero sobre todo a Dios, Nuestro Señor, que me ha permitido celebrar esta Jornada, tan llena de gracia y emoción, tan cargada de dinamismo y esperanza. Sí, la fiesta de la fe que hemos compartido nos permite mirar hacia adelante con mucha confianza en la providencia, que guía a la Iglesia por los mares de la historia. Por eso, permanece joven y con vitalidad, aun afrontando arduas situaciones. Esto es obra del Espíritu Santo, que hace presente a Jesucristo en los corazones de los jóvenes de cada época y les muestra así la grandeza de la vocación divina de todo ser humano. Hemos podido comprobar también cómo la gracia de Cristo derrumba los muros y franquea las fronteras que el pecado levanta entre los pueblos y las generaciones, para hacer de todos los hombres una sola familia que se reconoce unida en el único Padre común, y que cultiva con su trabajo y respeto todo lo que Él nos ha dado en la Creación.

Los jóvenes responden con diligencia cuando se les propone con sinceridad y verdad el encuentro con Jesucristo, único redentor de la humanidad. Ellos regresan ahora a sus casas como misioneros del Evangelio, «arraigados y cimentados en Cristo, firmes en la fe», y necesitarán ayuda en su camino. Encomiendo,

pues, de modo particular a los Obispos, sacerdotes, religiosos y educadores cristianos, el cuidado de la juventud, que desea responder con ilusión a la llamada del Señor. No hay que desanimarse ante las contrariedades que, de diversos modos, se presentan en algunos países. Más fuerte que todas ellas es el anhelo de Dios, que el Creador ha puesto en el corazón de los jóvenes, y el poder de lo alto, que otorga fortaleza divina a los que siguen al Maestro y a los que buscan en Él alimento para la vida. No temáis presentar a los jóvenes el mensaje de Jesucristo en toda su integridad e invitarlos a los sacramentos, por los cuales nos hace partícipes de su propia vida.

Majestad, antes de volver a Roma, quisiera asegurar a los españoles que los tengo muy presentes en mi oración, rezando especialmente por los matrimonios y las familias que afrontan dificultades de diversa naturaleza, por los necesitados y enfermos, por los mayores y los niños, y también por los que no encuentran trabajo. Rezo igualmente por los jóvenes de España. Estoy convencido de que, animados por la fe en Cristo, aportarán lo mejor de sí mismos, para que este gran País afronte los desafíos de la hora presente y continúe avanzando por los caminos de la concordia, la solidaridad, la justicia y la libertad. Con estos deseos, confío a todos los hijos de esta noble tierra a la intercesión de la Virgen María, nuestra Madre del Cielo, y los bendigo con afecto. Que la alegría del Señor colme siempre vuestros corazones. Muchas gracias.

SANTA SEDE

SECRETARÍA DE ESTADO

Homilía del Card. Tarcisio Bertone, con ocasión del 150 Aniversario de fundación de «L'OSSERVATORE ROMANO»

Capilla Paulina del palacio apostólico. Viernes, 1 de julio de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

En esta importante fiesta litúrgica de la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, tengo la alegría de celebrar esta mañana la Eucaristía para vosotros, que formáis la comunidad de trabajo de «L' Osservatore Romano». Saludo cordialmente al director responsable, profesor Vian, y al subdirector, doctor Carlo Di Cicco, así como al director general, mi hermano don Pietro Migliasso; saludo a la redacción, a los encargados de las ediciones semanales, a todos los periodistas, a los fotógrafos, a los técnicos, a toda vuestra gran familia, que este año está de fiesta por el 150º aniversario del diario. Por eso, el sentimiento con el que hoy celebramos esta santa misa es precisamente el de acción de gracias a Dios por todo el bien que ha querido difundir en la Iglesia y en la sociedad a través de «L' Osservatore Romano». Y ese reconocimiento profundo del espíritu se extiende, naturalmente, a los tipógrafos, se dirige a las personas que, desde los orígenes hasta hoy, han dirigido y realizado a diario el periódico. Por los difuntos, ofrezco con gusto este sacrificio eucarístico recordando su camino en la tierra al ser-

vicio de esta gran empresa editorial. Yo mismo puedo decir que «L' Osservatore Romano» me ha acompañado durante toda mi vida. Antes de que yo naciera, ya llegaba a mi casa, en Romano Canavese, «L' Osservatore Romano», una única copia remitida a Pietro Bertone, organista, el único suscriptor del pueblo. Tras algunos años se añadió un sacerdote, don Paolo Bellono, y «L' Osservatore Romano» me acompañó a través de los años. Después pasé a ser colaborador de «L' Osservatore Romano» - podríamos reunir mis artículos-; y más adelante «L' Osservatore Romano» marcó un poco las etapas de mi vida hasta la actual como secretario de Estado de Su Santidad. Así que he caminado en mi historia personal, en la historia de la Iglesia, junto a «L' Osservatore Romano».

Considerando las lecturas bíblicas de esta solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, quiero tomar un punto de reflexión por los 150 años del periódico. Está el gran mensaje del Papa; además tendrá lugar la visita, durante la cual volverá a dirigiros su palabra. La primera lectura está tomada del capítulo 7 del *Deuteronomio*, en el que el Señor, por boca de Moisés, declara a Israel su amor preferencial y explica también el motivo de esa elección. Podríamos decir que los Papas han tenido un amor preferencial por «L' Osservatore

Romano» y lo han expresado varias veces. El Señor dice así: «Tú eres un pueblo consagrado al Señor tu Dios; él os ha elegido, no porque seáis el más numeroso de todos los pueblos, pues sois el menos numeroso -también, entre los periódicos, tal vez el más pequeño; no sé si exactamente el más pequeño de los diarios del mundo-, sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres».

Esta Palabra del Señor ilumina el misterio de la Iglesia. Guardadas las debidas proporciones, ilumina también la realidad de un periódico como «*L'Osservatore Romano*», que nació y vive dentro de la realidad eclesial; es más, cerca del Sucesor de Pedro y a su servicio. Así que es consecuente que este periódico «singularísimo», como lo definió el siervo de Dios, Pablo VI, por una parte esté «en el mundo», esto es, que sea un periódico como los demás, pero que por otra parte sea diferente del resto de periódicos, que sea único, singular. Esta singularidad no deriva de aspectos técnicos o materiales, sino de su misión específica, de contemplar el mundo desde el punto de vista de la Santa Sede, como dice justamente su nombre: «*L'Osservatore Romano*». Quien lo lea, en cualquier lugar del mundo, puede hallar la perspectiva del Papa y de la Sede apostólica en cada país, en cada región, incluso la más lejana. Ayer recibí a los representantes de las islas Maldivas, de Malawi y de otros países. Y en cualquier parte se puede tener la perspectiva del Papa y de la Sede apostólica, perspectiva pastoral, que se convierte también en cultural, moral, política en sentido alto y amplio.

Esta singular concepción exige, de quien lo dirige y de cuantos en él trabajan, una constante vigilancia espiritual y moral para poder estar en el mundo -como diría Jesús- sin ser del mundo. Al respecto, podemos referirnos a la exhortación del apóstol san Pablo a los cristianos de Roma, y vosotros estáis en Roma, trabajáis aquí, en Roma, aunque no todos seáis romanos; pero podemos decir que todos somos romanos: «No os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto» (*Rm* 12, 2). Considero que éste es, para los fieles laicos y para todos, el desafío más entusiasmante, pero también el más comprometedor. De hecho, creo que para vosotros es una motivación siempre renovada la que os viene de tener que elaborar cada día un periódico como «*L'Osservatore Romano*». Y cuando digo esto pienso en todos: desde el director hasta quien hace una fotografía, o quien escribe un artículo o una crónica.

«*L'Osservatore Romano*» no es un periódico grande y poderoso según los criterios del mundo, pero es importante a los ojos de Dios y de gran parte de la opinión pública, porque contempla las cosas según la perspectiva del Sucesor de Pedro. Por ello, os exhorto también yo a renovar siempre vuestra mentalidad según los criterios evangélicos y eclesiales, a partir de una vida personal intensa, conforme a los criterios evangélicos y eclesiales. En este campo, de hecho, nunca hay que dar por descontada nuestra fidelidad a la ver-

dad. Es más, precisamente estar cerca del centro de la cristiandad requiere mayor vigilancia y compromiso de coherencia.

El Santo Padre, Benedicto XVI, es para todos nosotros un modelo de lo que significa comunicar de manera clara y profunda, razonable y fiel, el misterio, porque ante todo vive este misterio. Habéis oído y leído al menos algún pasaje de la bellísima homilía que pronunció el 29 de junio sobre la amistad, amistad con Dios antes que nada, amistad con el Señor, y amistad

entre nosotros. Para todos, su ejemplo es verdaderamente atrayente y preciosísimo.

Queridos amigos, permanezcamos en el Corazón de Cristo, ¡permanezcamos en su amor! Él nos ha asegurado que si permanecemos unidos a él podemos dar mucho fruto. Con el constante apoyo de la Virgen María, os deseo que viváis vuestro trabajo cotidiano como servicio concreto a la difusión de la verdad y de la caridad de Cristo, con la humilde conciencia de que, actuando así, trabajáis eficazmente para el advenimiento del reino de Dios.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Carta del cardenal Levada, prefecto para Doctrina de la Fe

Hacia el encuentro del 27 de octubre en Asís.

Ciudad del Vaticano, viernes 6 de julio de 2011

El anuncio de que el próximo 27 de octubre Benedicto XVI peregrinará hacia Asís para una “Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo”, muestra que la experiencia religiosa en sus distintas formas es objeto de la atención de la Iglesia en el tercer milenio. Frente a la actual difusión del ateísmo y del agnosticismo, es necesario ayudar al hombre a salvaguardar o a reencontrar la conciencia de su vínculo elemental (re-ligio) con el origen del que proviene. Esta conciencia, que se hace naturalmente orante, es una condición de la paz y de la justicia en el mundo.

En su libro-entrevista de 1994, el beato Juan Pablo II recordaba el encuentro de Asís de 1986, afirmando que éste, junto a las numerosas visitas a países de Extremo Oriente, lo había convencido, más que nunca, de que “el Espíritu Santo trabaja eficazmente, incluso, fuera del organismo visible de la Iglesia”. Sin embargo, consciente de la delicadeza del argumento, poco después de aquel encuentro, el 7 de diciembre de 1990, enseñaba en su encíclica *Redemptoris missio*, que el Espíritu “se manifiesta de modo particular en la Iglesia y en sus miembros; sin embargo, su presencia y acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo”. Refiriéndose al Concilio Vaticano II, recordaba que “la acción del Espíritu

en el corazón del hombre, mediante las ‘semillas de la Palabra’, incluso, en las iniciativas religiosas, en los esfuerzos de la actividad humana encaminados a la verdad, al bien y a Dios” que prepara “a madurar en Cristo” (nº28). En la misma encíclica, después, no sólo reafirmaba la necesidad y la urgencia del anuncio de la Buena Noticia de Jesús, sino la que comparaba con una “mentalidad indiferentista, ampliamente difundida, por desgracia, incluso entre los cristianos, enraizada a menudo en concepciones teológicas no correctas y marcada por un relativismo religioso que termina por pensar que ‘una religión vale la otra’” (nº36).

En plena sintonía con esta preocupación, está también la reflexión teológica y pastoral de Joseph Ratzinger: ya en 1964 manifestó el intento de “definir con mayor precisión la posición del cristianismo en la historia de las religiones y así conferir de nuevo un sentido más concreto a las enunciaciones teológicas sobre la unicidad y lo absoluto del cristianismo” (J. Ratzinger, *Fe, Verdad, Tolerancia. El Cristianismo y las religiones del mundo*, 17).

La Congregación para la Doctrina de la Fe, por él dirigida, retomará este tema con la declaración *Dominus Iesus* sobre la unicidad y la universalidad de Jesucristo y de la Iglesia. El documento, publicado el 6 de agosto de 2000, no pretendía sólo refutar la idea de una coexistencia interreligiosa en la que varias “creencias” serían reconocidas como vías complementarias a la fundamental que es Jesucristo (cfr. Juan 14, 6); pretendía, más profundamente,

establecer las bases doctrinales de una reflexión sobre la relación entre el cristianismo y las religiones. Por su relación única con el Padre, la persona del Verbo encarnado es absolutamente única; la obra salvífica de Jesucristo que se prolonga en su Cuerpo, la Iglesia, y también ésta es única con respecto a la salvación de todos los hombres. Para ejercitar esta obra, tanto en los cristianos como en los no cristianos, está siempre y sólo el Espíritu de Cristo que el Padre da a la Iglesia “sacramento de salvación”: por esto, no hay, en orden a la salvación, vías complementarias a la única economía universal del Hijo hecho carne, aunque fuera de la Iglesia de Cristo se encuentran elementos de verdad y de bondad (*Nostra aetate*, 2; *Ad gentes*, 9).

El encuentro de Asís tuvo una segunda edición el 24 de enero de 2002. En aquella ocasión, el cardenal Ratzinger sintió la necesidad de aclarar ulteriormente el significado, haciéndose intérprete de los que se interrogan seriamente a este propósito: “Se puede hacer esto? ¿No será que se le da a la mayoría de la gente la ilusión de una comunión que en realidad no existe? ¿No se favorece así el relativismo, la opinión de que en el fondo sólo están las diferencias penúltimas que se interponen entre las religiones? ¿No se debilita así la seriedad de la fe y, de este modo, se aleja a Dios de nosotros? ¿no se refuerza el sentimiento de haber sido abandonados?” (*Fe, Verdad, Tolerancia*, 111). El lector podrá hacerse sus propias puntualizaciones, que no han perdido actualidad. Aquí queremos, sobre todo, preguntarnos: ¿por qué, si estaba tan atento a las posibles interpretaciones erró-

neas de su beato predecesor, Benedicto XVI ha considerado oportuno peregrinar a Asís en ocasión de un nuevo encuentro por la paz y la justicia en el mundo?.

Una primera indicación la encontramos en el recuerdo del cardenal Ratzinger con respecto al encuentro de 2002. a raíz de la manifestación, él evocaba la figura del hombre vestido de blanco, ya anciano, sentado junto a los demás en el tren hacia Asís: “Hombres y mujeres, que en la vida cotidiana, a menudo se enfrentan los unos a los otros con hostilidad y parecen divididos por barreras infranqueables, saludaban al Papa, que, con la fuerza de su personalidad, la profundidad de su fe, la pasión que destilaba por la paz y la reconciliación, logró lo imposible gracias al carisma de su oficio: convocar, unidos en una peregrinación por la paz, a representantes de la cristiandad dividida y representantes de diversas religiones” (*30 Giorni*, 1/2002). La religión está muy lejos de distraer de la edificación de la ciudad terrena, sino que empuja al compromiso por ella. Para nosotros los cristianos, esto significa, sobre todo, interceder a Dios, dejando que los demás, a pesar de su diversidad -creyentes y no creyentes, también invitados al próximo encuentro en Asís- se unan a nosotros en la búsqueda de la paz y de la justicia en el mundo. Y, añadía el entonces cardenal, “si nosotros como cristianos emprendemos el camino hacia la paz al ejemplo de San Francisco, no debemos temer el perder nuestra identidad: es entonces cuando la encontramos” (ibidem). No se trata, en resumen, de esconder la fe para encontrar la ventaja de una unidad superficial, sino

de confesar -como entonces hizo Juan Pablo II y el Patriarca ecuménico- que nuestra paz es Cristo, y que por esto el camino de la paz es el camino de la Iglesia. El rostro del “Dios de la paz” (*Rm* 15,33), dice el entonces Joseph Ratzinger, “se ha hecho visible a nosotros cristianos por la fe en Cristo” (ibidem). Y esta paz es una plenitud no sólo ofrecida y transmitida (cfr. Juan 20,19), sino desde siempre acogida por la “Ecclesia sancta et immaculata” (*Ef* 5,27), como don y como deber con respecto del mundo, que “es teatro de la historia del género humano” (*Gaudium et spes*, 2). Nos lo recuerda el Concilio Vaticano II: “obediente al mandato de Cristo y movida por la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos para conducirlos a la fe, la libertad y a la paz de Cristo” (*Ad gentes*, 5). Ya que “todos los hombres están llamados a la unidad con Cristo” (*Lumen gentium*, 3), la Iglesia debe ser fermento de esta unidad para la humanidad entera: no sólo con el anuncio de la Palabra de Dios, sino con el testimonio vivido de la íntima unión de los cristianos con Dios. Y esta es la auténtica vía de la paz.

El eslogan elegido para la próxima Jornada de Asís -Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz- nos ofrece una segunda indicación: para que se pueda esperar realmente, construir, unidos, la paz, es necesario poner los criterios en la verdad. “El ethos sin el logos no existe” (J. Ratzinger, *Os he llamado amigos. La compañía en el camino de la fe*, 71). Instruido por las dolorosas experiencias de las ideologías totalitarias, el Papa aborrece toda forma de

subordinación de la razón a la praxis. Pero hay más. El vínculo original entre el ethos y el logos, y entre religión y razón, tiene su raíz fundamental en Cristo, el Logos divino: Exactamente por esto, el cristianismo es capaz de restituir al mundo este vínculo, participando como signo veraz y eficaz de Jesucristo, en su única misión de salvación (cfr. *Lumen gentium*, 9). Y por tanto, hay que rechazar decididamente “este relativismo que afecta en mayor o menor grado a la doctrina de la fe y a la profesión de fe” (*Os he llamado amigos*, 71). Pero esto, lejos de constituir un desprecio de las diversas

expresiones religiosas o de la dimensión ética, es una apreciación: “Debemos intentar encontrar una nueva paciencia -sin indiferencia- los unos con los otros y por los otros; una nueva capacidad de dejar de ser lo que es el otro y la otra persona; una nueva disponibilidad para diferenciar los planos de la unidad y, por tanto, llevar a cabo los elementos de unidad que, en este momento, son posibles” (ibidem). No es posible la paz sin la verdad y viceversa: la actitud hacia la paz constituye un auténtico “criterio de verdad” (J.Ratzinger, *Europa. Sus fundamentos hoy y mañana*, 79).

CONSEJO PONTIFICIO PARA LA PASTORAL DE MIGRANTES E ITINERANTES

Mensaje para la Jornada Mundial del Turismo 2011

Ciudad del Vaticano, miércoles 6 de julio de 2011.

El 27 de septiembre se celebra la Jornada Mundial del Turismo, promovida por la Organización Mundial del Turismo (OMT), y contando ya desde su primera edición en 1980 con la adhesión de la Santa Sede.

El tema de este año, Turismo y acercamiento de las culturas, quiere subrayar la importancia que los viajes tienen en el encuentro entre las diversas culturas del mundo, especialmente en estos tiempos en los que más de novecientos millones de personas realizan desplazamientos internacionales, favorecidos por los modernos medios de comunicación y el abaratamiento de los costes.

De este modo, el turismo se nos presenta como «actividad que derriba las barreras que separan a las culturas y fomenta la tolerancia, el respeto y la mutua comprensión. En nuestro mundo, a menudo dividido, estos valores representan los cimientos de un futuro más pacífico».1

Partiendo de un concepto amplio de cultura que abarca, además de la historia o del patrimonio artístico y etnográfico, los estilos de vida, las relaciones, las creencias y los valores, afirmamos no sólo la existencia de la diversidad cultural, sino que, en la línea del Magisterio de la Iglesia, la valoramos como un hecho positivo. Por ello, «es necesario hacer que las personas no sólo acepten la existencia de la cultu-

ra del otro - como afirma Benedicto XVI -, sino que también deseen enriquecerse gracias a ella»,² acogiendo lo que ésta tiene de bueno, de verdadero y de bello.

Y para alcanzar este objetivo, el turismo nos brinda todas sus posibilidades. El Código Ético Mundial para el Turismo afirma al respecto que «si se lleva a cabo con la apertura de espíritu necesaria, es un factor insustituible de autoeducación, tolerancia mutua y aprendizaje de las legítimas diferencias entre pueblos y culturas y de su diversidad».³ Éste, por su misma naturaleza, puede favorecer tanto el encuentro como el diálogo, ya que pone en contacto con otros lugares, otras tradiciones, otras maneras de vivir, otras formas de ver el mundo y de concebir su historia. Por todo ello, el turismo es ciertamente una ocasión privilegiada.

Pero para dialogar, la primera condición que se exige es la de saber escuchar, querer ser interpelados por el otro, querer descubrir el mensaje que encierra cada monumento, cada manifestación cultural, desde el respeto, sin prejuicios ni exclusiones, evitando lecturas superficiales o sesgadas. Así, es tan importante el «saber acoger» como el «saber viajar». Ello implica que las actividades turísticas se deben organizar desde el respeto a las peculiaridades, leyes y costumbres de los países receptores, por lo que los turistas deberán recabar información, desde antes de su salida, sobre las características del lugar que van a visitar. Pero también las comunidades receptoras y los agentes profesionales deberán conocer las formas de vida y las expectativas de los turistas que los visitan.⁴

Partiendo del hecho de que toda cultura encierra en sí misma ciertos límites, el encuentro con culturas diferentes permite un enriquecimiento de la propia realidad. En este sentido se manifestaba el beato Juan Pablo II cuando afirmaba que «la ‘diferencia’, que algunos consideran tan amenazadora, puede llegar a ser, mediante un diálogo respetuoso, la fuente de una comprensión más profunda del misterio de la existencia humana». ⁵

Un objetivo de nuestra pastoral del turismo será ciertamente educar y preparar a los cristianos de modo que ese encuentro de culturas que se puede producir en sus viajes no sea una oportunidad perdida, sino que sirva ciertamente como un enriquecimiento personal, que le ayude a conocer al otro, al tiempo que se conoce a sí mismo.

En este diálogo que se produce fruto, del acercamiento de las culturas, la Iglesia tiene mucho que aportar. «También en el campo cultural - señala Benedicto XVI - el cristianismo ha de ofrecer a todos la fuerza de renovación y de elevación más poderosa, es decir, el amor de Dios que se hace amor humano». ⁶ Es inmenso el patrimonio cultural, entendido en el sentido amplio al que anteriormente hemos hecho referencia, que surge de la experiencia de fe, del encuentro entre la cultura y el Evangelio, fruto de la profunda vivencia religiosa de la comunidad cristiana. Ciertamente, estas obras de arte y de memoria histórica tienen un enorme potencial evangelizador, en cuanto que se insertan en la vía pulchritudinis, el camino de la belleza, que es «una senda privilegiada y fascinante para acercarse al misterio de Dios». ⁷

Debe ser un objetivo prioritario de nuestra pastoral del turismo, mostrar el verdadero significado de todo este acervo cultural, nacido al calor de la fe y para gloria de Dios. En esta línea, aún resuenan las palabras del beato Juan Pablo II dirigidas a los agentes de pastoral del turismo: «Ayudando a los visitantes a remontarse hasta las fuentes de la fe que hizo surgir estos edificios, contribuí a que formen la mirada - que es también un despertar del alma frente a las realidades del espíritu -, a la vez que hacéis visible la Iglesia de piedras vivas que forman las comunidades cristianas».8 Es por ello importante que presentemos este patrimonio en su autenticidad, mostrándolo en su verdadera naturaleza religiosa, insertándolo en el contexto litúrgico en el que nació y para el que nació.

Porque somos conscientes de que la Iglesia «existe para evangelizar»,9 debemos preguntarnos constantemente: ¿cómo acoger a las personas en los lugares sagrados de modo que esto les ayude a conocer y amar más al Señor?, ¿cómo facilitar un encuentro entre Dios y cada una de las personas que allí acuden? Hay que subrayar, en primer lugar, la importancia de una acogida adecuada, «que tenga en cuenta lo específico de cada grupo y de cada persona, las expectativas de los corazones y sus auténticas necesidades espirituales»,10 y que se manifiesta en diversidad de elementos: desde los sencillos detalles hasta la disponibilidad personal a la escucha, pasando por el acompañamiento durante el tiempo que dure la presencia.

Al respecto, y con el objetivo de favorecer este diálogo intercultural y aprovechar nuestro patrimonio cultural al servicio de la evangelización, es conveniente adoptar una serie de iniciativas pastorales concretas. Todas ellas deben integrarse en un programa amplio de interpretación que, junto a información de tipo histórico-cultural, muestre de forma clara y accesible el original y profundo significado religioso de dichas manifestaciones culturales, usando para ello medios actuales y atractivos, y aprovechando los recursos personales y tecnológicos que están a nuestra disposición.

Entre dichas propuestas concretas, se encuentra la elaboración de recorridos turísticos que ofrezcan la visita a los lugares más importantes del patrimonio religioso-cultural de la diócesis. Junto a ello se debe favorecer un amplio horario de apertura, al tiempo que disponer de una estructura de acogida adecuada. En esta línea, aparece importante la formación espiritual y cultural de las guías turísticas, al tiempo que se puede valorar la posibilidad de crear organizaciones de guías católicas. Y junto a ello, la elaboración de «publicaciones locales en forma de folletos turísticos, de páginas web o de revistas especializadas en el patrimonio, con el intento pedagógico de evidenciar el alma, la inspiración y el mensaje de las obras, y con un análisis científico dirigido a la comprensión profunda de la obra».11

No podemos conformarnos con concebir la visita turística como una simple pre-evangelización, sino que debe servir-

nos de plataforma para realizar el anuncio claro y explícito de Jesucristo.

Aprovecho la ocasión para anunciar oficialmente la celebración del VII Congreso Mundial de Pastoral del Turismo, que tendrá lugar, D.m., en Cancún (México) la semana del 23 al 27 de abril de 2012.

+ *Antonio Maria Vegliò*
Presidente

+ *Joseph Kalathiparambil*
Secretario

Dicho evento, organizado por nuestro Pontificio Consejo en colaboración con la Conferencia Episcopal Mexicana y la prelatura de Cancún-Chetumal, será ciertamente una importante oportunidad para seguir profundizando en las propuestas concretas que la pastoral del turismo requiere para los tiempos presentes.

NOTAS:

- 1 Taleb Rifai, Secretario General de la OMT, Mensaje del Día Mundial del Turismo de 2011.
- 2 Benedicto XVI, Mensaje con ocasión de una jornada de estudio sobre el diálogo entre culturas y religiones organizada por el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso y por el Pontificio Consejo para la Cultura, 3 de diciembre de 2008.
- 3 Organización Mundial del Turismo, Código Ético Mundial para el Turismo, 1 de octubre de 1999, art. 2 § 1.
- 4 Cfr. Organización Mundial del Turismo, Código Ético Mundial para el Turismo, 1 de octubre de 1999, art. 1.
- 5 Juan Pablo II, Discurso a la L Asamblea General de las Naciones Unidas, 5 de octubre de 1995, n. 10.
- 6 Benedicto XVI, La apertura recíproca entre las culturas es un terreno privilegiado para el diálogo. Discurso al Pontificio Consejo de la Cultura, 15 de junio de 2007.
- 7 Benedicto XVI, Audiencia general, 18 de noviembre de 2009.
- 8 Juan Pablo II, Discurso a los participantes en el IV Congreso Mundial de pastoral del turismo, 17 de noviembre de 1990, n. 4.
- 9 Pablo VI, Exhortación apostólica Evangelii nuntiandi sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, 8 de diciembre de 1975, n. 14.
- 10 Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes, El Santuario. Memoria, presencia y profecía del Dios vivo, 8 de mayo de 1999, n. 12.
- 11 Pontificio Consejo de la Cultura, Documento final de la asamblea plenaria «La Via pulchritudinis. Camino privilegiado de evangelización y de diálogo», 27-28 de marzo de 2006.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

JULIO

- Día 13-19: Campamento de Monaguillos en Porto de Son.
- Día 21-31: Campamento de Verano de los Seminaristas en el Seminario de Verano que la Diócesis posee en Porto do Son, ría de Noia-Muros en A Coruña.
- Día 26: Encuentro, en el Santuario de los Milagros, de los jóvenes diocesanos que participarán en la próxima JMJ de Madrid.
- Día 30: Encuentro, organizado por la Delegación de Misiones, con los misioneros diocesanos en la Gudiña y O Tameirón.

AGOSTO

- Del 16 al 21: Jornadas Mundial de la Juventud en Madrid.
- Del 17 al 27: Peregrinación diocesana, “Siguiendo las huellas de San Pablo”, por Grecia, las islas del Egeo y Asia Menor.



DIÓCESIS
DE OURENSE
